

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: La orilla del río (1/12)

Topo había estado trabajando muy duro toda la mañana, haciendo la limpieza de primavera de su casita. Primero con la escoba, luego con el plumero; después en escaleras, peldaños y sillas, con un cepillo y un cubo de blanqueador; hasta que le entró polvo en la garganta y en los ojos, se salpicó de cal por todo su negro pelaje, tenía la espalda dolorida y los brazos cansados. La primavera estaba moviéndose en el aire por encima, por debajo, y alrededor de él, entrando incluso en su oscura y humilde casita, con su espíritu de divino descontento y anhelo. No es de extrañar, por lo tanto, que de repente tirara el cepillo al suelo diciendo:

—¡Maldita sea! ¡Oh, sopla! ¡Al cuerno la limpieza de primavera! —y salió de casa corriendo sin siquiera ponerse el abrigo.

Algo arriba lo llamaba imperiosamente, y se dirigió al pequeño túnel empinado que en su caso respondía al camino de grava de los animales cuyas residencias están más cerca del sol y del aire. Así que raspó, arañó, escarbó, escarbó y luego escarbó de nuevo; escarbó, arañó y escarbó, trabajando afanosamente con sus pequeñas patas y murmurando para sí mismo:

—¡Vamos arriba! ¡Arriba vamos! —hasta que, por fin, ¡pum! Su hocico salió a la luz del sol y se encontró revolcándose en la cálida hierba de un gran prado.

—Esto está bien —se dijo—. ¡Esto es mejor que limpiar! El sol le calentaba el pelaje, la suave brisa le acariciaba la acalorada frente, y después del aislamiento del sótano en el que había vivido tanto tiempo, el villancico de los pájaros felices llegó a su embotado oído casi como un grito. Saltando con sus cuatro patas a la vez, en la alegría de vivir y el deleite de la primavera sin su limpieza, siguió su camino a través del prado hasta llegar al vallado del otro lado.

—¡Alto! —dijo un conejo anciano en la encrucijada—. ¡Seis peniques por el privilegio de pasar por el camino privado!

En un instante fue derribado por el impaciente y desdeñoso Topo, que trotaba a lo largo del vallado regañando a los demás conejos que se asomaban apresuradamente desde sus agujeros para ver de qué se trataba el alboroto.

—¡Salsa de cebolla! ¡Salsa de cebolla! —comentó burlonamente, y se marchó antes de que pudieran pensar en una respuesta satisfactoria. Entonces todos empezaron a refunfuñar entre sí:

—¡Que tonto eres! ¿Por qué no le dijiste...?

—Pero, ¿por qué no le dijiste tú?

—Podrías habérselo recordado... —y así sucesivamente, de la manera habitual; pero, por supuesto, ya era demasiado tarde, como pasa siempre.

Todo parecía demasiado bueno para ser verdad. Se paseaba animadamente de un lado a otro de los prados, a lo largo de los arbustos, a través de los bosquecitos, encontrando por todas partes pájaros construyendo, flores brotando, hojas creciendo... todo feliz, progresivo y ocupado. Y en vez de sentir que la conciencia le remordía y le susurraba "limpieza", de alguna manera solo podía sentir la alegría de ser el único animal ocioso entre todos esos ciudadanos ocupados. Después de todo, lo mejor de las vacaciones tal vez no es descansar, sino ver a todos los demás ocupados trabajando.

Pensó que su felicidad era completa cuando, mientras deambulaba sin rumbo, se detuvo de pronto junto a la orilla de un río caudaloso. Nunca en su vida había visto un río: aquel animal liso, sinuoso y corpulento, persiguiendo y riendo, agarrando cosas con un gorgoteo y dejándolas con una carcajada, para lanzarse sobre nuevos compañeros de juego que se liberaban, eran atrapados y retenidos nuevamente. Todo era agitación y escalofrío; destellos, destellos y destellos; susurros y remolinos, parloteos y burbujas. Topo estaba hechizado, embelesado, fascinado. Por la orilla del río trotaba como uno trota cuando es muy pequeño, al lado de un hombre que lo tiene hechizado con historias emocionantes; y cuando por fin se cansó, se sentó en la orilla, mientras el río seguía parloteando a su lado, una procesión balbuceante de las mejores historias del mundo, enviadas desde el corazón de la tierra para ser contadas por fin al insaciable mar.

Cuando se sentó en la hierba y miró al otro lado del río, le llamó la atención un oscuro agujero en la orilla de enfrente, justo por encima del borde del agua, y soñadoramente se puso a pensar en el agradable y acogedor que sería para un animal con pocas necesidades tener una pequeña residencia a orillas del río, por encima del nivel de inundación, lejos del ruido y del polvo. Mientras miraba, algo brillante y pequeño pareció centellear en el corazón del lugar, se desvaneció y volvió a centellear como una pequeña estrella. Pero difícilmente podía ser una estrella en una situación tan poco probable; y era demasiado brillante y pequeña para ser una luciérnaga. Entonces, mientras miraba, le hizo un guiño, declarando así que era un ojo, y una pequeña cara empezó a crecer gradualmente a su alrededor, como un marco alrededor de un cuadro.

Una carita morena, con bigotes.

Una cara redonda y grave, con el mismo brillo en los ojos que le había llamado la atención por primera vez.

Orejas pequeñas y cuidadas y pelo espeso y sedoso.

¡Era una Rata de Agua!

Ambos animales se quedaron quietos, mirándose con cautela.

—¡Hola, Topo! —dijo Rata de Agua.

—¡Hola, Rata! —dijo Topo.

—¿Te gustaría venir? —preguntó Rata.

—Oh, vamos, no digas tonterías —dijo Topo, de forma más bien petulante, pues era nuevo en el río y en la vida ribereña y sus costumbres.

Rata no dijo nada, pero se agachó, desató una cuerda y tiró de ella; luego se metió rápidamente en un botecito que Topo no había visto. Estaba pintado de azul por fuera y blanco por dentro, y tenía el tamaño justo para dos animales; y Topo se enamoró de él de inmediato, aunque todavía no comprendía del todo para qué servía. Rata cruzó inteligentemente y se afianzó. Luego levantó la pata delantera mientras Topo bajaba cautelosamente. —¡Apóyate en ella! ¡Ahora entonces, paso ligero! —le dijo. Y Topo, para su sorpresa y éxtasis, se encontró realmente sentado en la popa de un barco de verdad. —¡Este ha sido un día maravilloso! —dijo, mientras Rata empujaba y tomaba los remos otra vez—. ¿Sabes? Nunca había estado en un bote antes en toda mi vida. —¿Qué? —gritó Rata, con la boca abierta—. Nunca has estado en... nunca... bueno, yo... entonces, ¿qué has estado haciendo?

—¿Es tan bonito como todo eso? —preguntó Topo tímidamente, aunque estaba bastante dispuesto a creerlo mientras se recostaba en su asiento, contemplaba los cojines, los remos, las roldanas y todos los fascinantes accesorios y sentía el barco balancearse bajo él.

—¿Bonito? Es lo único —dijo Rata de Agua solemnemente, mientras se inclinaba para dar su brazada—. Créeme, mi joven amigo, no hay nada, absolutamente nada, que merezca tanto la pena como



simplemente perder el tiempo en los botes. Simplemente perder el tiempo. Perder el tiempo en los botes; perder el tiempo...

—¡Mira al frente, Rata! —gritó Topo de repente.

Era demasiado tarde. El bote chocó de lleno contra la orilla. El soñador, el alegre remero, yacía de espaldas en el fondo de la barca, con los talones en el aire.

—...en los botes... o con los botes —Rata continuó serenamente, levantándose con una risa agradable—.

Dentro o fuera de ellos, no importa. Nada parece importar realmente, ese es su encanto. Tanto si te escapas como si no; tanto si llegas a tu destino como si llegas a otra parte, o si nunca llegas a ninguna parte, siempre estás ocupado, y nunca haces nada en particular; y cuando has terminado, siempre hay algo más por hacer, y si quieres puedes hacerlo, pero es mucho mejor que no lo hagas. Fíjate. Si no tienes nada más que hacer esta mañana, ¿qué te parece si bajamos juntos al río y pasamos un largo día?

Topo movió los dedos de los pies de pura felicidad, abrió el pecho con un suspiro de plena satisfacción, y se recostó felizmente en los mullidos cojines.

—¡Qué día estoy teniendo! —dijo—. ¡Empecemos de una vez!

—Espera un momento! —dijo Rata. Pasó el cabo por una arandela de su embarcación, subió a su agujero de arriba, y tras un breve intervalo, reapareció tambaleándose bajo una gorda cesta de mimbre para el almuerzo.

—Coloca eso bajo tus pies —dijo al Topo, mientras la bajaba del bote. Entonces desató el cabo y volvió a tomar los remos.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Topo, retorciéndose de curiosidad.

—Hay pollo frío —respondió Rata brevemente—. Lengua-fría-jamón-frío-carne-de-vaca-fría-pepinillos-encurtidos-ensalada-rollos-franceses-berros-sandwiches-cerveza-de-jengibre-limonada-agua-soda...

—¡Oh, basta, detente! —gritó Topo extasiado—. ¡Es demasiado!

—¿De verdad lo crees? —preguntó Rata con seriedad—. Es sólo lo que siempre llevo en estas pequeñas excursiones; y los otros animales siempre me dicen que soy una mala bestia y que lo corto muy fino.

Topo no oyó ni una palabra de lo que decía. Absorto en la nueva vida que iniciaba, encandilado por el brillo, la ondulación, los olores, los sonidos y la luz del sol, arrastraba una pata en el agua y soñaba largos sueños despierto. Rata de Agua, como buen compañero que era, siguió remando con firmeza sin molestarlo.

—Me gusta mucho tu ropa, viejo amigo —comentó después de media hora más o menos—. Algún día me compraré un traje de terciopelo negro, en cuanto pueda costearlo.

—Te ruego me disculpes —dijo Topo, recuperando la compostura con esfuerzo—, debes pensar que soy muy grosero; pero todo esto es tan nuevo para mí. Así que esto es un río.

—El río —corrigió Rata.

—¿Y tú realmente vives junto al río? ¡Qué vida tan alegre!

—Junto a él, con él, sobre él y en él —dijo Rata—. Es como mi hermano y hermana; y tíos, compañía, comida y bebida, y (naturalmente) lavado. Es mi mundo, y no quiero ningún otro. Lo que no tiene no vale la pena tenerlo, y lo que no conoce no vale la pena conocerlo. ¡Señor! ¡Los momentos que hemos pasado juntos! Ya sea en invierno, verano, primavera u otoño, siempre tiene su diversión y emociones. Cuando hay inundaciones en febrero, mis bodegas y sótanos rebosan de líquido que no me sirve para nada, y el agua turbia corre junto a la ventana de mi mejor dormitorio; o también cuando todo se desvanece y muestra manchas de barro que huelen a tarta de ciruelas, y los juncos y las malezas obstruyen los canales, y yo puedo andar sin zapatos por la mayor parte del lecho y encontrar alimentos frescos para comer, ¡y las cosas que la gente descuidada ha dejado caer de los botes!

—¿Pero no es un poco aburrido a veces? —se aventuró a preguntar Topo—. ¿Sólo tú y el río, y nadie más con quien cruzar unas palabras?

—Nadie más con quien... bueno, no debo ser duro contigo —dijo Rata con indulgencia—. Eres nuevo en esto, claro que no sabes. El banco está tan abarrotado hoy en día que mucha gente se está marchando; no, ya no es lo que solía ser, en absoluto. Nutrias, martines pescadores, patos, gallinas de agua, todos ellos todo el día, queriendo que hagas algo, ¡como si no tuviera asuntos propios que atender!

—¿Qué hay allí? —preguntó Topo, moviendo una pata hacia un fondo de bosque que enmarcaba oscuramente las praderas acuáticas a un lado del río.

—¿Eso? Oh, eso es sólo el Bosque Salvaje —dijo Rata brevemente—. Los ribereños no vamos mucho por allí.

—¿No son... no son gente muy agradable ahí dentro? —dijo Topo, un poco nervioso.

—Bu-e-no —respondió Rata—, déjame ver. Las ardillas están bien. Y los conejos, algunos de ellos, pero los conejos son un lío. Y luego está Tejón, por supuesto. Vive justo en el centro de todo; tampoco viviría en otro sitio, aunque le pagaras por ello. ¡Querido viejo Tejón! Nadie se mete con él. Mejor que no lo hagan.

—¿Por qué? ¿Quién debería meterse con él? —preguntó Topo.

—Bueno, por supuesto... hay... otros —explicó Rata de manera vacilante.

—Comadreja, hurones, zorros, y demás. En cierto modo están bien; soy buen amigo de ellos, pasamos la hora cuando nos encontramos, y todo eso... pero a veces se pasan, no se puede negar, y entonces... bueno, no te puedes fiar de ellos, es un hecho.

Topo sabía muy bien que va en contra de la etiqueta animal hablar de posibles problemas futuros, o incluso aludir a ellos, por lo que abandonó el tema.

—¿Y más allá del Bosque Salvaje? —preguntó—. Donde todo es azul y tenue, y uno ve lo que pueden ser colinas o tal vez no, y algo como el humo de las ciudades, ¿o es sólo niebla?

—Más allá del Bosque Salvaje está el Gran Mundo —dijo Rata—. Y eso es algo que no importa, ni a ti ni a mí. Nunca he estado allí, y nunca iré, ni tú tampoco, si tienes algo de sentido común. No vuelvas a referirte a ello, por favor. ¡Ahora sí! Aquí está nuestro remanso por fin, donde vamos a almorzar.

Abandonaron la corriente principal y se adentraron en lo que a primera vista parecía un pequeño lago sin salida al mar. El verde césped se inclinaba hacia ambas orillas, las raíces de los árboles brillaban bajo la superficie del agua tranquila, mientras que delante de ellos el hombro plateado y la caída espumosa de una presa, junto a una rueda de molino que goteaba inquieta y sostenía a su vez una casa de molino de dos aguas grises, llenaban el aire con un murmullo de sonido relajante, sordo y sofocante, pero con pequeñas voces claras que hablaban alegremente a intervalos. Era tan hermoso que Topo sólo podía levantar las dos patas delanteras y jadear:

—¡Oh, Dios mío! ¡Madre mía! ¡Madre mía!

Rata llevó el bote a la orilla rápidamente, ayudó al torpe Topo a desembarcar con seguridad, y sacó la canasta del almuerzo. Topo suplicó como favor que se le permitiera desempaquetarlo todo él solo; y Rata estuvo muy complacida de consentirlo, y de tumbarse sobre la hierba y descansar; mientras su excitado amigo sacudía el mantel y lo extendía, sacaba todos los misteriosos paquetes uno a uno y disponía su contenido en el orden debido, todavía jadeando “madre mía” ante cada revelación. Cuando todo estuvo listo, Rata dijo:

—Ahora, ¡manos a la obra, viejo amigo! —y Topo se alegró mucho de obedecer, pues había comenzado su limpieza primaveral muy temprano aquella mañana, como suele hacer la gente, y no se había detenido a comer ni a cenar; y había pasado por muchas cosas desde aquella época, que ahora le parecía tan lejana.

—¿Qué estás mirando? —dijo Rata en ese momento, cuando su hambre se había calmado un poco, y los ojos de Topo pudieron apartarse un poco del mantel.

—Estoy mirando —dijo Topo—, una estela de burbujas desplazándose por la superficie del agua. Es algo que me hace gracia.

—¿Burbujas? ¡Oh! —dijo Rata, y gorjeó alegremente de manera contagiosa.

Un ancho y reluciente hocico asomó por encima del borde de la orilla, y Nutria se levantó y se sacudió el agua del pelaje.

—¡Mendigos codiciosos! —observó, dirigiéndose a la provisión—. ¿Por qué no me invitaste, Ratita?

—Esto fue un asunto improvisado —explicó Rata—. Por cierto, mi amigo el Sr. Topo.

—Orgullosos, seguro —dijo Nutria, y los dos animales se hicieron amigos de inmediato.

—¡Qué alboroto por todas partes! —continuó Nutria—.

Hoy todo el mundo parece estar en el río. Subí por este remanso para intentar tener un momento de paz, y entonces me tropecé con ustedes... al menos, pido disculpas, no quise decir eso exactamente.

Hubo un susurro detrás de ellos, que venía de un arbusto donde las hojas del año pasado todavía se

aferraban gruesas; y una cabeza rayada, con altos hombros detrás de ella, se asomó sobre ellos.

—¡Vamos, viejo Tejón! —gritó Rata.

El Tejón trotó hacia adelante uno o dos pasos; entonces gruñó_

—Mmm, compañía... —y le dio la espalda y desapareció de la vista.

—¡Eso es justo la clase de tipo que es! —observó Rata decepcionada—. ¡Simplemente odia la Sociedad! Ya no lo veremos más hoy. Bueno, dinos, ¿quién está en el río?

—Sapo está fuera, por empezar —respondió Nutria—. En su flamante barco de apuestas, con ropa nueva, ¡todo nuevo!

Los dos animales se miraron y echaron a reír.

—Una vez, no era nada más que navegar a vela —dijo Rata—. Entonces se cansó de eso y comenzó a remar. Nada le complacía más que remar todo el día y todos los días, y se hizo un buen lío con ello. El año pasado se dedicó a navegar en casa flotante, y todos tuvimos que ir a quedarnos con él en su casa flotante y fingir que nos gustaba. Iba a pasar el resto de su vida en una casa flotante. Es siempre lo mismo, sea lo que sea a lo que se dedique; se cansa de ello y empieza con algo nuevo.

—También es un buen tipo —comentó Nutria reflexivamente—. Pero sin estabilidad, ¡especialmente en un bote!

Desde donde estaban sentados podían vislumbrar la corriente principal a través de la isla que los separaba; y justo en ese momento apareció un bote de apuestas, cuyo remero, una figura baja y robusta, chapoteaba mal

y rodaba bastante, pero se esforzaba al máximo. Rata se levantó y lo saludó, pero Sapo —porque era él—, sacudió la cabeza y se dedicó con severidad a su trabajo.

—Estará fuera del bote en un minuto si se balancea así —dijo Rata, sentándose otra vez.

—Por supuesto que lo hará —rió Nutria—. ¿Alguna vez te conté esa buena historia sobre Sapo y el cerrajero?

Sucedió así. Sapo...

Una Efímera errante se desvió inestablemente a contracorriente con la embriaguez que afecta a las Efímeras de sangre joven que descubren la vida. Un remolino de agua y un "¡clup!" y la Efímera ya no fue visible.

Tampoco Nutria.

Topo miró hacia abajo. La voz seguía resonando en sus oídos, pero el césped sobre el que se había extendido estaba claramente vacío. No se veía ni una Nutria hasta el lejano horizonte.

Pero de nuevo hubo una estela de burbujas en la superficie del río.

Rata tarareó una melodía, y Topo recordó que la etiqueta animal prohibía cualquier tipo de comentario sobre la repentina desaparición de los amigos en cualquier momento, por cualquier motivo o sin motivo alguno.

—Bueno, bueno —dijo Rata—, supongo que debemos irnos. Me pregunto quién de nosotros debería preparar la cesta del almuerzo —no hablaba como si estuviera terriblemente ansioso por el manjar.

—Oh, por favor, déjame —dijo Topo. Así que, por supuesto, Rata lo dejó.

Empaquetar la cesta no fue un trabajo tan agradable como desempaquetarla. Nunca lo es. Pero Topo estaba empeñado en disfrutarlo todo, y aunque justo cuando había empaquetado y atado bien la cesta vio un plato que le miraba desde el césped, y cuando el trabajo había terminado de nuevo Rata señaló un tenedor que cualquiera debería haber visto, y por último, ¡he aquí! el tarro de mostaza, sobre el que había estado sentado sin saberlo; aun así, de alguna manera, la cosa se terminó al final, sin mucha pérdida de temperamento.

El sol de la tarde estaba bajando mientras Rata remaba suavemente hacia casa en un estado de ánimo soñador, murmurando cosas poéticas para sí mismo, y no prestando mucha atención al Topo. Pero Topo estaba muy lleno de comida, autosatisfacción, orgullo y ya muy a gusto en un bote (así creía) y además estaba poniéndose un poco inquieto; y pronto dijo:

—¡Ratita! Por favor, quiero remar, ¡ahora!

Rata sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Todavía no, mi joven amigo —dijo—, espera hasta que hayas tenido unas cuantas lecciones. No es tan fácil como parece.

Topo se quedó callado durante un minuto o dos. Pero comenzó a sentirse más y más celoso de Rata, que remaba tan fuerte y tan fácilmente adelante, y su orgullo comenzó a susurrar que él podría hacerlo perfectamente también. Saltó y tomó los remos, tan repentinamente, que Rata, que estaba mirando hacia el

agua y diciendo más cosas poéticas para sí mismo, fue tomada por sorpresa y cayó hacia atrás de su asiento con las piernas en el aire por segunda vez, mientras que el triunfante Topo tomaba su lugar y agarraba los remos con toda confianza.

—¡Para, tonto del culo! —gritó Rata, desde el fondo del bote—. ¡No puedes hacerlo! Nos harás volcar.

Topo lanzó sus remos hacia atrás con elegancia, e hizo una gran excavación en el agua. No llegó a la superficie, sus piernas volaron por encima de su cabeza y se encontró tumbado encima de Rata postrada. Muy alarmado, se agarró a la borda y, al momento siguiente, ¡splash!

La barca volcó y él se encontró luchando en el río.

Qué fría estaba el agua y qué húmeda se sentía. ¡Cómo cantaba en sus oídos mientras bajaba, bajaba, bajaba!

¡Cuán brillante y bienvenido se veía el sol cuando subió a la superficie tosiendo y balbuceando! Qué negra fue su desesperación cuando sintió que volvía a hundirse.

Entonces una pata firme lo agarró por la nuca. Era Rata, y evidentemente se estaba riendo; Topo podía sentirla reír, bajando por su brazo y a través de su pata, y así hasta su cuello, el cuello de Topo.

Rata agarró un remo y lo metió bajo el brazo de Topo; luego hizo lo mismo por el otro lado de él y, nadando detrás, impulsó al indefenso animal hasta la orilla, lo sacó, y lo depositó en la orilla, un bulto blando y pulposo de miseria.

Cuando Rata lo hubo frotado un poco, y escurrido algo de la humedad, dijo:

—¡Ahora, entonces, viejo amigo! Trota arriba y abajo por el camino de tierra tan fuerte como puedas, hasta que estés caliente y seco de nuevo, mientras yo me zambullo por la cesta del almuerzo.

Así que el lúgubre Topo, mojado por fuera y avergonzado por dentro, trotó hasta secarse del todo, mientras que Rata se zambulló de nuevo en el agua, recuperó la barca, la enderezó y la amarró; trajo su propiedad flotante a la orilla poco a poco, y finalmente se zambulló con éxito en la cesta del almuerzo y luchó por llegar a tierra con ella.

Cuando todo estuvo listo para partir una vez más, Topo, flácido y abatido, tomó asiento en la popa del bote; y mientras partían, dijo en voz baja, quebrada por la emoción:

—¡Ratita, mi generosa amiga! Siento mucho mi conducta tonta e ingrata. El corazón me falla cuando pienso en cómo podría haber perdido esta hermosa cesta para el almuerzo. De hecho, he sido un completo imbécil, y lo sé. ¿Lo pasarías por alto esta vez, me perdonarías y dejarías que las cosas sigan como antes?

—Eso está bien, ¡bendito seas! —respondió Rata alegremente—. ¿Qué es un poco de humedad para una Rata de Agua? Estoy más en el agua que fuera de ella la mayoría de los días. No pienses más en ello; y, ¡mira aquí! Creo que es mejor que vengas y te quedes conmigo un tiempo. Es muy sencilla y tosca, ya sabes; no se parece en nada a la casa de Sapo, pero eso aún no lo has visto; aun así, puedo hacer que te sientas cómodo. Y

te enseñaré a remar y a nadar, y pronto serás tan hábil en el agua como cualquiera de nosotros.

Topo estaba tan conmovido por su amable manera de hablar que no pudo encontrar voz para contestarle; y tuvo que quitarse una o dos lágrimas con el dorso de la pata. Pero Rata amablemente miró en otra dirección, y en seguida los espíritus de Topo revivieron de nuevo, e incluso fue capaz de dar un poco de charla a un par de gallinas de agua que se estaban riendo entre ellos por su desaliñado aspecto.

Cuando llegaron a casa, Rata encendió una hoguera en el salón y sentó al Topo en un sillón frente a ella, después de traerle una bata y unas zapatillas; y le contó historias del río hasta la hora de cenar. Eran historias muy emocionantes para un animal terrestre como Topo. Historias sobre presas, crecidas repentinas, peces que saltaban y barcos de vapor que arrojaban botellas duras (por lo menos las botellas eran arrojadas, y desde barcos de vapor, como era de suponer), sobre garzas y sobre lo exigentes que eran al hablar, sobre aventuras en los desagües, sobre pescas nocturnas con Nutria o excursiones lejanas con Tejón. La cena fue de lo más alegre; pero muy poco después, un Topo terriblemente soñoliento tuvo que ser escoltado escaleras arriba por su considerado anfitrión, hasta el mejor dormitorio, donde pronto recostó la cabeza en la almohada con gran paz y satisfacción, sabiendo que su recién encontrado amigo el río estaba lamiendo el umbral de su ventana.

Aquel día fue sólo el primero de muchos similares para el emancipado Topo, cada uno de ellos más largo y lleno de interés a medida que avanzaba el maduro verano. Aprendió a nadar y a remar, y se aficionó al agua corriente; y con el oído pegado a los tallos de las cañas captaba, a intervalos, algo de lo que el viento susurraba tan constantemente entre ellas.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: La carretera abierta (2/12)

—Ratita —dijo de pronto Topo una brillante mañana de verano—, si te parece, quiero pedirte un favor.

Rata estaba sentada en la orilla del río, cantando una pequeña canción. Acababa de componerla él mismo, por lo que estaba muy absorto en ella y no prestaba atención al Topo ni a ninguna otra cosa. Desde temprano en la mañana había estado nadando en el río, en compañía de sus amigos los patos. Y cuando los patos se ponían de cabeza de repente, como hacen los patos, él se zambullía y les hacía cosquillas en el cuello, justo por debajo de donde tendrían la barbilla si los patos las tuvieran, hasta que se veían obligados a salir a la superficie a toda prisa, salpicando, enfadados y sacudiendo las alas, pues es imposible decir todo lo que se siente cuando se tiene la cabeza bajo el agua.

Finalmente le imploraron que se fuera y atendiera sus propios asuntos y los dejara a ellos ocuparse de los suyos. Entonces Rata se marchó, y se sentó en la orilla del río bajo el sol, e inventó una canción sobre ellos a la que llamó:

“PEQUEÑA CANCIÓN DE LOS PATOS”

A lo largo del remanso,
entre juncos dando saltos,

los patos se zambullen,
¡todos con la cola en alto!
Colas de pato, colas de pato,
amarillos pies temblando,
Picos amarillos ocultos,
¡en el río buceando!

Verde maleza fangosa
donde nadan cucarachas,
aquí guardamos nuestra despensa
fresca, llena y ancha.
¡A cada uno lo que le gusta!
Disfrutamos de estar
cabeza abajo, cola arriba,
¡zambullirnos sin cesar!

En lo alto del cielo azul
colibríes a los saltos,
Todos nos zambullimos
¡todos con la cola en alto!

—No sé si me gusta mucho esa cancioncilla, Rata —
observó Topo con cautela. Él no era poeta y no le
importaba quién lo supiera; y tenía un carácter sincero.

—Tampoco a los patos —replicó Rata alegremente—.
Dicen, “¿por qué no se les permite a los compañeros
hacer lo que quieran cuando quieran y como quieran, en
lugar de que otros compañeros se sienten en la orilla, los
miren todo el tiempo y hagan comentarios y poesía y
cosas sobre ellos?”.

—Así es, así es —dijo Topo, con gran efusividad.

—¡No, no lo es! —gritó Rata indignada.

—Bueno, entonces no lo es, no lo es —respondió Topo, tranquilizador—. Pero lo que quería preguntarte era si me llevarías a visitar al Sr. Sapo. He oído hablar tanto sobre él que tengo muchas ganas de conocerlo.

—Claro que sí —dijo Rata tranquilizadamente, poniéndose de pie de un salto y olvidándose de la poesía por ese día—. Saca el bote y remaremos hasta allí de inmediato. Nunca es mal momento para llamar a Sapo. Tarde o temprano, siempre es el mismo. Siempre de buen humor, contento de verte y apenado cuanto te vas.

—Debe ser un animal muy simpático —observó Topo, mientras subía al bote y tomaba los remos y Rata se acomodaba en la popa.

—De hecho, es el mejor de los animales —respondió Rata—. Tan sencillito, bondadoso y afectuoso. Tal vez no sea muy inteligente, no todos podemos ser genios, y puede que sea presumido y engreído. Pero Sapito tiene grandes cualidades.

Al doblar en un brazo del río, llegaron a la vista de una hermosa y digna casa vieja de ladrillo rojo suavizado, con césped bien cuidado que llegaba hasta la orilla del agua.

—Allí está el Salón de Sapo —dijo Rata—; y ese arroyo a la izquierda donde el tablón de anuncios dice “Privado. No se permite desembarcar”, conduce a su cobertizo para botes, donde dejaremos el bote. Los establos están allí a la derecha. Ese que estás viendo ahora es el salón de banquetes, muy antiguo. Sapo es bastante rico, ¿sabes?, y ésta es realmente una de las casas más

bonitas de esta parte, aunque nunca se lo admitimos a Sapo.

Remontaron el arroyo, y Topo movió sus remos al pasar a la sombra de un gran cobertizo para botes. Aquí vieron muchos hermosos barcos, amarrados de las vigas cruzadas o levantados en una amarra, pero ninguno en el agua; y el lugar tenía un aire desierto de desuso.

Rata miró a su alrededor:

—Entiendo. Navegar ya no es lo que le gusta. Está cansado y ya ha terminado con eso. Me pregunto qué nueva moda habrá adoptado ahora. Vamos a buscarlo. Pronto nos enteraremos de todo.

Desembarcaron y pasearon por el alegre césped adornado de flores en busca de Sapo, a quien encontraron descansando en una silla de jardín de mimbre, con una expresión de preocupación en el rostro y un gran mapa extendido sobre las rodillas.

—¡Hurra! ¡Esto es espléndido! —gritó, saltando al verlos. Estrechó calurosamente las patas de ambos, sin esperar que le presentaran a Topo—. ¡Qué amables son! Estaba a punto de enviar un bote río abajo a buscarte, Ratita, con órdenes estrictas de que te trajeran aquí de inmediato, sea lo que sea que estuvieran haciendo. Los quiero mucho, a los dos. ¿Qué van a tomar? ¡Entren y tomen algo! No saben la suerte que tienen de aparecer justo ahora.

—Vamos a sentarnos un ratito, Sapito —dijo Rata, arrojándose en un sillón, mientras Topo tomaba otro lugar a su lado y hacía algún comentario cortés sobre la “encantadora residencia” de Sapo.

—La mejor casa de todo el río —gritó Sapo alborotadamente—. O de cualquier lado —no pudo evitar añadir.

Aquí Rata le dio un codazo al Topo. Desgraciadamente lo vio y se puso muy colorado. Hubo un momento de silencio incómodo. Entonces sapo se echó a reír:

—Está bien, Ratita —dijo—, es sólo mi estilo, ya sabes. Y no es una casa tan mala, ¿verdad? Sabes que a ti también te gusta. Ahora, mira. Seamos sensatos. Ustedes son los animales que yo quería. Tienen que ayudarme. ¡Es muy importante!

—Es sobre tu forma de remar, supongo —dijo Rata, con aire inocente—. Lo estás haciendo bastante bien, aunque todavía chapoteas un poco. Con mucha paciencia, y cualquier cantidad de entrenamiento, puedes...

—¡Oh, caca! ¡Remar! —interrumpió sapo, muy disgustado—. Tonta diversión infantil. Hace tiempo dejé eso. Pura pérdida de tiempo, eso es lo que es. Me da mucha pena verlos a ustedes, que deberían saberlo, gastando todas sus energías de esa manera sin sentido. No, he descubierto lo verdadero, la única ocupación genuina para toda la vida. Me propongo dedicarle el resto de la mía, y sólo puedo lamentar los años desperdiciados detrás de mí, malgastados en trivialidades. Ven conmigo, Ratita, y tu amable amigo también, si es tan amable, sólo hasta el establo, ¡y verás lo que verás!

Se dirigió al establo, y Rata lo siguió con expresión de desconfianza; y allí, al salir de la cochera, vieron una caravana gitana, reluciente de novedad, pintada de amarillo canario con reflejos verdes y ruedas rojas.

—¡Ahí estás! —gritó sapo, poniéndose a horcajadas y expandiéndose—. Ahí está la vida real para ti, personificada en ese pequeño carro. El camino abierto, la carretera polvorienta, el páramo, la pradera, los arbustos, las colinas ondulantes. ¡Campamentos, aldeas, pueblos, ciudades! Hoy aquí, mañana en otro lugar. ¡Viajes, cambios, interés, emoción! El mundo entero ante ti, y un horizonte siempre cambiante. Y fíjate, ese es el mejor carro de su clase que se haya fabricado jamás, sin excepción. Entren a ver los arreglos. Los planeé todos yo mismo.

Topo estaba tremendamente interesado y excitado, y lo siguió ansiosamente escaleras arriba hasta el interior de la caravana. Rata sólo resopló y se metió las manos en los bolsillos, quedándose donde estaba.

Era, en efecto, muy compacta y cómoda. Pequeñas literas para dormir, una mesita que se plegaba contra la pared, una cocina, armarios, estanterías, una jaula con un pájaro dentro, y ollas, sartenes, jarras y teteras de todos los tamaños y variedades.

—Todo completo —dijo triunfante sapo, abriendo un armario—. Ya ves: galletas, langosta en conserva, sardinas; todo lo que puedas desear. Agua con gas por aquí, panecillos por allá, papel de cartas, tocino,



mermelada, cartas y dominó... ya verán —continuó, mientras bajaban de nuevo los escalones—, ya verán que nada ha quedado olvidado cuando nos pongamos en marcha esta tarde.

—Disculpa —dijo Rata muy despacio, mientras masticaba una pajita—, pero, ¿te he oído decir algo sobre “nosotros”, “en marcha” y “esta tarde”?

—Ahora, querida Ratita —dijo Sapo, implorante—, no empieces a hablar de esa manera rígida y sarcástica, porque sabes que tienes que venir. No puedo arreglármelas sin ti, así que, por favor, considéralo resuelto y no discutas; es lo único que no soporto. ¿No pretenderás quedarte en tu viejo y aburrido río toda la vida y vivir en un agujero en un banco, y remar? ¡Quiero mostrarte el mundo! Voy a convertirte en un animal, muchacho.

—No me importa —dijo Rata tenazmente—. No iré, está decidido. Y sí, voy a quedarme en mi viejo río, viviré en un agujero y remaré como siempre lo he hecho. Es más, Topo me acompañará y hará lo que yo haga, ¿verdad, Topo?

—Por supuesto —dijo Topo, lealmente—. Siempre estaré a tu lado, Rata, y lo que tú digas tiene que ser... tiene que ser. De todos modos, parece que podría haber sido... bueno, bastante divertido, ¿sabes? —añadió con melancolía.

¡Pobre Topo! La Vida Aventurera era algo tan nuevo para él, y tan emocionante; y este nuevo aspecto era tan tentador; y se había enamorado a primera vista del carro color canario y de todos sus pequeños accesorios.

Rata vio lo que pasaba por su mente y vaciló. Odiaba defraudar a la gente, y quería mucho al Topo, y haría casi cualquier cosa por complacerlo. Sapo los observaba atentamente a ambos.

—Entremos, vamos a almorzar —dijo diplomáticamente—, y hablaremos de ello. No hace falta que decidamos nada precipitadamente. Por supuesto, no me importa. Solo quiero complacerlos a ustedes. “¡Vivir para los demás!”. Ese es mi lema en la vida.

Durante el almuerzo, que por supuesto fue excelente, como lo era todo en el Salón de Sapo, sapo simplemente se dejó llevar. Haciendo caso omiso a Rata, procedió a tocar al inexperto Topo como un arpa. Naturalmente un animal voluble, y siempre dominado por su imaginación, pintó las perspectivas del viaje y las alegrías de la vida al aire libre y el borde del camino con colores tan brillantes que Topo apenas podía sentarse en su silla por la emoción. De alguna manera, pronto pareció darse por sentado entre los tres que el viaje era cosa hecha; y Rata, aunque todavía no estaba convencida en su mente, permitió que su buen carácter se impusiera a sus objeciones personales. No podía soportar decepcionar a sus dos amigos, que ya estaban inmersos en planes y anticipaciones, planeando la ocupación de cada día durante varias semanas.

Cuando estuvieron completamente listos, el ahora triunfante Sapo condujo a sus compañeros al prado y los puso a capturar al viejo caballo gris quien, sin haber sido consultado, y para su extrema molestia, había sido reprendido por Sapo para el trabajo más polvoriento de

esta polvorienta expedición. Francamente, prefería el prado y le gustaba que lo atraparan. Mientras tanto, Sapo llenaba aún más los armarios con artículos de primera necesidad, y en el fondo del carro colgaba morrales, redes para cebollas, manojos de heno y cestas. Finalmente pusieron los arreos y ensillaron al caballo, y se pusieron en marcha hablando todos a la vez, cada animal caminando a duras penas junto al carro o sentado en el eje, según su humor. Era una tarde dorada. El olor del polvo que levantaban era rico y satisfactorio; de los espesos huertos que había a ambos lados del camino, los pájaros los llamaban y silbaban alegremente; los caminantes de buen carácter que pasaban junto a ellos les daban los "buenos días" o se detenían para decirles cosas agradables sobre su hermoso carro; y los conejos, sentados a sus puertas en los arbustos, levantaban las patas delanteras y decían: "¡Por Dios! ¡Por Dios! ¡Por Dios!".

A última hora de la tarde, cansados, felices y a kilómetros de casa, se detuvieron en un remoto lugar lejos de las viviendas; soltaron al caballo para que pastara y comieron su sencilla cena sentados en el césped junto al carro. Sapo hablaba fuerte sobre todo lo que iba a hacer en los días venideros, mientras las estrellas crecían más y más a su alrededor, y la luna amarilla, que aparecía repentina y silenciosamente de ningún lado en particular, venía a hacerles compañía y escuchar su charla. Por fin se acostaron en sus literas del carro; y Sapo, estirando sus piernas, decía:

—¡Buenas noches, amigos! Esta es la verdadera vida para un caballero. ¡Hablen de su río!

—Yo no hablo de mi río —respondió la paciente Rata—.

Sabes que no, Sapo. Pero pienso en él —añadió patéticamente, en un tono más bajo—. ¡Pienso en él todo el tiempo!

Topo sacó la mano de debajo de la manta, palpó la pata de Rata en la oscuridad y le dio un apretón.

—Haré lo que quieras, Ratita —susurró—. ¿Nos escapamos mañana por la mañana, muy temprano, y volvemos a nuestro viejo y amado agujero en el río?

—No, no, veremos —susurró Rata—. Muchas gracias, pero debo quedarme con Sapo hasta que termine este viaje. No sería seguro para él que lo dejemos solo. No durará mucho. Sus caprichos nunca lo hacen. Buenas noches. El final estaba más cerca de lo que Rata sospechaba. Después de tanto aire libre y excitación, sapo durmió muy profundamente, y ninguna sacudida pudo sacarlo de la cama a la mañana siguiente. Así que Topo y Rata se pusieron manos a la obra, en silencio y con determinación, y mientras Rata se ocupaba del caballo, encendía el fuego, limpiaba las tazas y fuentes de la noche anterior y preparaba el desayuno, Topo se dirigía al pueblo más cercano, muy lejos de allí, en busca de leche, huevos y otras necesidades que sapo, por supuesto, se había olvidado de proporcionar. El duro trabajo había terminado y los dos animales estaban descansando, completamente exhaustos, cuando Sapo apareció en escena, fresco y alegre, comentando lo agradable y fácil que era la vida que llevaban ahora,

después de los cuidados, preocupaciones y fatigas de las tareas domésticas en casa.

Aquel día dieron un agradable paseo por praderas y estrechas sendas, y acamparon como antes, en un lugar común, sólo que esta vez los dos huéspedes se encargaron de que Sapo hiciera su parte de trabajo. En consecuencia, cuando llegó el momento de partir a la mañana siguiente, Sapo no estaba tan entusiasmado con la simplicidad de la vida primitiva, y de hecho intentó volver a su litera, de donde fue arrastrado a la fuerza. Su camino pasaba, como antes, a través del campo por estrechos senderos, y no fue hasta la tarde que salieron a la carretera, su primera carretera; y allí les sobrevino un desastre, rápido e imprevisto, un desastre trascendental para su expedición, pero simplemente abrumador en su efecto sobre la carrera posterior de Sapo.

Iban paseando tranquilamente por la carretera, Topo junto a la cabeza del caballo, hablándole, pues el caballo se había quejado de que lo dejaban terriblemente de lado, y nadie le hacía el menor caso; sapo y Rata de Agua caminaban detrás del carro hablando juntos, al menos sapo hablaba, y Rata decía a intervalos: "Sí, precisamente; ¿y qué le has dicho?", y pensando todo el tiempo en algo muy distinto, cuando a lo lejos, detrás de ellos, oyeron un débil zumbido de advertencia; como el zumbido de una abeja lejano. Mirando hacia atrás, vieron una pequeña nube de polvo, con un oscuro centro de energía, avanzando hacia ellos a una velocidad increíble, mientras desde el polvo un

débil "¡Tuut-tuut!" gemía como un animal inquieto y dolorido. Apenas le prestaron atención y se volvieron para reanudar su conversación, cuando en un instante (según parecía) la pacífica escena cambió, y con una ráfaga de viento y un torbellino de sonido que les hizo saltar hacia la zanja más cercana, ¡estaba sobre ellos! El "Tuut-tuut" sonó con un grito descarado en sus oídos, tuvieron una visión momentánea de un interior de relucientes y ricos cristales marruecos, y el magnífico coche a motor, inmenso, que cortaba la respiración, apasionado, con su piloto tenso y abrazando su rueda, poseyó toda la tierra y el aire durante una fracción de segundo, arrojó una envolvente nube de polvo que los cegó y envolvió por completo, y luego se redujo a una mota en la lejanía, convirtiéndose de nuevo en una abeja zumbadora.

El viejo caballo gris, soñando, mientras avanzaba a paso lento en su tranquilo prado, con una nueva y cruda situación como esta, simplemente se abandonó a sus emociones naturales. Encabritándose, hundiéndose, retorciéndose constantemente; a pesar de todos los esfuerzos de Topo en su cabeza, y de todo su lenguaje vivaz dirigido a sus mejores sentimientos, condujo el carro hacia atrás, hacia la profunda zanja al lado del camino. Se tambaleó un instante, luego hubo un choque desgarrador, y el carro color canario, su orgullo y su alegría, yacía de lado en la zanja, una ruina irremediable.

Rata bailaba arriba y abajo en el camino, simplemente transportada por la pasión:

—¡Villanos! —gritó agitando ambos puños—.

¡Sinvergüenzas, salteadores de caminos! ¡Los denunciaré!
¡Los llevaré ante todos los tribunales!

Su nostalgia se le había ido de las manos, y por el momento era el capitán de un barco color canario que se hundía en un banco de arena por el temerario juego de los marineros rivales, y trataba de recordar todas las cosas bonitas y crueles que solía decir a los capitanes de las lanchas de vapor cuando sus aguas, al acercarse demasiado a la orilla, inundaban la alfombra del salón de su casa.

Sapo se sentó derecho en medio del polvoriento camino, con las piernas estiradas hacia delante, y miró fijamente en dirección al coche que desaparecía. Respiraba entrecortadamente, su rostro mostraba una plácida expresión de satisfacción, y a intervalos murmuraba débilmente "¡Tuut-tuut!".

Topo estaba ocupado intentando calmar al caballo, cosa que consiguió al cabo de un rato. Luego fue a ver el carro, de lado en la zanja. Era un espectáculo lamentable. Paneles y ventanas destrozados, ejes doblados sin remedio, una rueda fuera, latas de sardinas esparcidas por el ancho mundo, y el pájaro en la jaula sollozando lastimosamente y pidiendo que lo dejaran salir.

Rata vino a ayudarlo, pero sus esfuerzos unidos no fueron suficientes para enderezar el carro.

—¡Hola! ¡Sapo! —gritaron—. Ven y echa una mano, ¿puedes?

Sapo no contestó ni una palabra, ni se movió de su asiento en el camino; así que fueron a ver qué le pasaba. Lo encontraron en una especie de trance, con una sonrisa de felicidad en el rostro y los ojos fijos en la estela polvorienta de su destructor. A intervalos todavía se le oía murmurar "¡Tuut-tuut!".

Rata lo sacudió por el hombro.

—¿Vienes a ayudarnos, Sapo? —le preguntó con severidad.

—¡Gloriosa y conmovedora vista! —murmuró Sapo, sin atinar a moverse—. ¡La poesía del movimiento! La verdadera forma de viajar. La única forma de viajar. Hoy aquí, mañana en la próxima semana. Pueblos salteados, pueblos y ciudades pasados, ¡siempre el horizonte de otro! ¡Oh, dicha! ¡Oh, Tuut-tuut! ¡Oh, cielos! ¡Oh, madre mía!

—¡Oh, deja de hacerte el imbécil, Sapo! —gritó Topo con desesperación.

—¡Y pensar que nunca lo supe! —continuó sapo en un sueño monótono—. Todos esos años perdidos que quedaron atrás, nunca supe, ni siquiera lo soñé. Pero ahora que lo sé, ¡ahora que me doy cuenta! Qué camino florido se extiende ante mí, de ahora en adelante. ¡Qué nubes de polvo se levantarán detrás de mí cuando siga mi temerario camino! ¡Qué de carros arrojaré descuidadamente a la zanja al paso de mi magnífico ataque! Horribles carretas, carretas comunes, carretas de color canario.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó Topo a Rata de Agua.

—Nada en absoluto —respondió Rata firmemente—. Porque en realidad no hay nada que hacer. Verás, lo conozco hace mucho tiempo. Ahora está poseído. Tiene una nueva manía, y siempre lo lleva por ese camino, en su primera etapa. Seguirá así durante días, como un animal que camina un sueño feliz, completamente inútil a todos los efectos prácticos. No te preocupes por él. Vamos a ver qué se puede hacer con el carro.

Una cuidadosa inspección les mostró que, incluso si lograban enderezarlo ellos mismos, el carro ya no viajaría. Los ejes estaban en un estado calamitoso, y la rueda que faltaba estaba hecha pedazos.

Rata anudó las riendas del caballo sobre su lomo y lo tomó por la cabeza, llevando en la otra mano la jaula de pájaros y su histérico ocupante.

—¡Vamos! —le dijo sombríamente al Topo—. Hay cinco o seis millas hasta el pueblo más cercano, y tendremos que caminarlas. Cuanto antes nos pongamos en marcha, mejor.

—Pero ¿qué pasa con Sapo? —preguntó Topo ansiosamente, mientras partían juntos—. No podemos dejarlo aquí, sentado solo en medio del camino, en el estado de distracción en que se encuentra. No es seguro. ¿Y si viniera otra cosa?

—Oh, Sapo molesto —dijo Rata salvajemente—, ¡he terminado con él!

No habían avanzado mucho en su camino, sin embargo, cuando hubo un golpeteo de pies detrás de ellos, y Sapo los alcanzó y metió una pata dentro del codo de cada

uno de ellos; todavía respirando entrecortadamente y mirando fijamente al vacío.

—¡Mira, Sapo! —dijo bruscamente Rata—. En cuanto lleguemos al pueblo, tendrás que ir directamente a la comisaría y ver si saben algo sobre ese coche, a quién pertenece, y presentar una denuncia en su contra. Y luego tendrás que ir a un herrero o a un carretero y arreglar el carro. Llevará tiempo, pero no será imposible. Mientras tanto Topo y yo iremos a una posada y encontraremos habitaciones cómodas donde podamos quedarnos hasta que el carro esté listo, y hasta que tus nervios se hayan recuperado de la conmoción.

—¡Policía! ¡Denuncia! —murmuró sapo somnoliento—. Yo denunciar esa hermosa, esa celestial visión que me ha sido concedida. ¡Arregla el carro! He terminado con los carros para siempre. No quiero volver a ver el carro ni oír hablar de él. ¡Oh, Ratita! ¡No sabes cuanto te agradezco que hayas aceptado venir a este viaje! No habría ido sin ti, y entonces nunca habría visto ese... ¡ese cisne, ese rayo de sol, ese relámpago! Nunca habría oído ese fascinante sonido, ni olido ese aroma hechizante. Te lo debo todo a ti, mi mejor amigo. Rata se apartó de él, desesperada.

—¿Ves lo que es? —le dijo al Topo, dirigiéndose a él por sobre de la cabeza de Sapo—. No tiene remedio. Me rindo; cuando lleguemos a la ciudad iremos a la estación de ferrocarril y, con suerte, tomaremos un tren que nos lleve a la orilla del río esta noche. Y si alguna vez vuelves a encontrarme jugueteando con este animal provocador... —resopló, y durante el resto de aquel

fatigoso camino, dirigió sus comentarios exclusivamente al Topo.

Al llegar a la ciudad fueron directamente a la estación y depositaron a Sapo en la sala de espera de segunda clase, dando a un mozo dos peniques para que lo vigilara estrictamente. Luego dejaron el caballo en el establo de una posada y dieron las indicaciones que pudieron sobre el carro y su contenido. Finalmente, un lento tren los condujo a una estación no muy lejana de Salón de Sapo, escoltaron al hechizado y sonámbulo Sapo hasta su puerta, lo metieron dentro y le ordenaron a su ama de llaves que le diera de comer, lo desvistiera y lo metiera en la cama. Luego sacaron su barca del cobertizo, remaron río abajo hasta llegar a casa, y a una hora muy tardía se sentaron a cenar en su acogedora sala ribereña, para gran alegría y satisfacción de Rata.

A la tarde siguiente, Topo, que se había levantado tarde y se había tomado las cosas con calma durante todo el día, estaba sentado en la orilla pescando cuando Rata, que había estado buscando a sus amigos y chismeando, vino paseando a buscarlo.

—¿Has oído las noticias? —dijo—. No se habla de otra cosa a lo largo de toda la orilla del río. Sapo subió al pueblo en un tren temprano esta mañana. Y ha encargado un coche grande y muy caro.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: El bosque salvaje (3/12)

Hacía tiempo que Topo quería conocer al Tejón. Según todos los indicios, parecía ser un personaje importante y, aunque rara vez visible, hacía sentir su invisible influencia en todos los rincones del lugar. Pero cada vez que Topo mencionaba su deseo a Rata de Agua, siempre trataba de disuadirlo.

—Está bien —decía Rata—, Tejón aparecerá un día u otro (siempre aparece), y te lo presentaré. El mejor de los compañeros. Pero debes tomarlo como es, y además, cuando él quiera.

—¿No puedes invitarlo a cenar aquí o algo? —preguntó Topo.

—No vendría —respondió Rata simplemente—. El Tejón odia la sociedad, las invitaciones, la cena y todo tipo de cosas.

—Bueno, entonces, ¿y si vamos a visitarlo? —sugirió Topo.

—Estoy seguro que no le gustaría nada —dijo Rata, bastante alarmada—. Es muy tímido, seguramente se ofendería. Ni siquiera yo me he atrevido nunca a visitarlo en su propia casa, aunque lo conozco bien. Además, no podemos. Es imposible porque vive en medio del Bosque Salvaje.

—Bueno, suponiendo que lo haga —dijo Topo—. Tú me dijiste que el Bosque Salvaje estaba bien, ¿sabes?

—Lo sé, lo sé, así es —respondió Rata evasivamente—. Pero no creo que vayamos allí ahora. No todavía. Es un largo camino, y él no estaría en casa en esta época del año, de todas maneras, y vendrá aquí algún día, así que ten paciencia.

Topo tuvo que contentarse con eso. Pero Tejón nunca llegaba, y cada día traía sus diversiones; y no fue hasta que el verano hubo terminado, el frío, la escarcha y los caminos pantanosos los mantuvieron encerrados y el río crecido pasaba frente a sus ventanas con una velocidad que se burlaba de cualquier tipo de navegación, que sus pensamientos volvieron a detenerse con mucha persistencia en el solitario Tejón gris, que vivía su propia vida, solo, en su madriguera en medio del Bosque Salvaje.

En invierno Rata dormía mucho, se retiraba temprano y se levantaba tarde. Durante su corto día a veces garabateaba poesía o hacía pequeños trabajos domésticos en casa; y, por supuesto, siempre había animales que se dejaban caer por allí para charlar, y en consecuencia había una buena cantidad de historias contadas y notas comparadas sobre el verano pasado y todos sus hechos.

¡Qué capítulo tan rico había sido, cuando uno echaba la vista atrás! Con ilustraciones tan numerosas y tan bien coloreadas. El desfile de la orilla del río había marchado con paso firme, desplegándose en escenas que se sucedían en majestuosa procesión. La salicaria morada llegó pronto, agitando exuberantes mechones enmarañados a lo largo del borde del espejo desde el

que su propio rostro le devolvía la risa. El sauce, tierno y melancólico como una nube rosa del atardecer, no tardó en seguirla. La consuela, mano a mano la púrpura con la blanca, avanzó sigilosamente para ocupar su lugar en la fila; y por fin, una mañana, la tímida y tardía rosa canina entró delicadamente en escena, y uno supo, como si una música de cuerdas lo hubiera anunciado con majestuosos acordes que conformaban una gavota, que por fin había llegado junio. Aún se esperaba un miembro de la compañía; el niño pastor al que las ninfas cortejarían, el caballero al que las damas esperaban en la ventana, el príncipe que besaría al verano dormido para devolverle la vida y el amor. Pero cuando el dulce de los prados, apuesto y oloroso con su jerga de ámbar, se dirigió graciosamente a su lugar en el grupo, la obra estaba lista para comenzar.

¡Y qué obra había sido! Los animales somnolientos, acurrucados en sus agujeros mientras el viento y la lluvia azotaban a sus puertas, recordaban mañanas todavía entusiastas, una hora antes de la salida del sol, cuando la niebla blanca, todavía sin dispersar, se aferraba a la superficie del agua; luego el salto de la zambullida temprana, el correteo por la orilla y la radiante transformación de la tierra, el aire y el agua, cuando de repente el sol estaba de nuevo con ellos, y el gris era oro y el color nacía y brotaba de la tierra una vez más. Recordaron la lánguida siesta del caluroso mediodía, en lo profundo de la verde maleza, con el sol brillando en pequeños rayos y manchas doradas; los paseos en barca y los baños de la tarde, los paseos por

polvorientas callejuelas y a través de amarillos maizales; y la larga y fresca noche al final, cuando tantas amistades se reunían y tantas aventuras se planeaban para el día siguiente. Había mucho de qué hablar en estos cortos días de invierno en el que los animales se reunían alrededor del fuego; sin embargo, Topo tenía mucho tiempo libre, y así una tarde, cuando Rata dormitaba en su sillón frente al fuego y ensayaba rimas que no encajaban, tomó la resolución de salir solo y explorar el Bosque Salvaje, y tal vez entablar amistad con el Señor Tejón.

Era una tarde fría y tranquila, con un cielo duro y acerado, cuando salió del cálido salón al aire libre. El campo yacía desnudo y sin hojas a su alrededor, y pensó que nunca había visto tan lejos y tan íntimamente en el interior de las cosas como aquel día de invierno en que la Naturaleza estaba sumida en su sueño anual y parecía haberse quitado la ropa a patadas. Los bosquecillos, las cañadas, las canteras y todos los lugares ocultos, que habían sido misteriosas minas para la exploración en el frondoso verano, ahora se exponían patéticamente a sí mismos y a sus secretos, y parecían pedirle que pasara por alto su miserable pobreza por un tiempo, hasta que pudieran alborotarse en rica fachada como antes, y engañarlo y atraerlo con los viejos engaños. En cierto modo era lamentable, pero a la vez alentador, incluso estimulante. Se alegraba de que le gustase el campo sin adornos, duro y despojado de sus encantos. Se había quedado con los huesos desnudos, que eran finos, fuertes y sencillos. No quería el cálido

trébol ni el juego de las hierbas sembradas; las cortinas de mimbre, las ondulantes cortinas de hayas y olmos parecían estar mejor lejos; y con gran alegría de espíritu avanzó hacia el Bosque Salvaje, que se extendía ante él bajo y amenazador, como un negro arrecife en algún mar meridional en calma.

No había nada que lo alarmara al entrar por primera vez. Las ramas crujían bajo sus pies, los troncos lo hacían tropezar, los hongos en los troncos parecían caricaturas y lo sobresaltaban por su semejanza con algo familiar y lejano; pero todo era divertido y excitante. Lo hizo seguir adelante, y penetró hasta donde la luz era menos intensa, y los árboles se agazapaban cada vez más cerca, y los agujeros les hacían bocas feas a ambos lados.

Todo estaba muy tranquilo. El crepúsculo avanzaba hacia él de forma constante y rápida, acumulándose detrás y delante; y la luz parecía escurrirse como el agua de la inundación.

Entonces empezaron las caras.

La primera vez creyó ver una cara por encima de su hombro, indistintamente; una pequeña cara maligna con forma de cuña que lo miraba desde un agujero. Cuando se giró y la enfrentó, había desaparecido.

Aceleró el paso, diciéndose alegremente que no empezara a imaginarse cosas, o no tendría fin. Pasó otro agujero, y otro, y otro; y entonces... ¡sí!... ¡no!... ¡sí!

Ciertamente una pequeña cara estrecha, con ojos duros, había aparecido por un instante desde un agujero, y había desaparecido. Dudó, se dio ánimos y siguió

adelante. Entonces, de repente, y como si hubiera sido así todo el tiempo, todos los agujeros, lejanos y cercanos —y había cientos de ellos—, parecían tener un rostro, yendo y viniendo rápidamente, todos mirándolo fijo con malicia y odio: todos ojos duros, malvados y agudos.

Si tan sólo pudiera alejarse de los agujeros en los troncos, pensó, no habría más rostros. Salió del sendero y se adentró en los parajes vírgenes del bosque.

Entonces empezaron los silbidos. Cuando lo oyó por primera vez, era muy débil y chillón, y estaba muy por detrás de él; pero, de algún modo, lo hizo apresurarse a avanzar. Luego, todavía muy débil y estridente, sonó muy por delante de él, y lo hizo dudar y querer retroceder. Mientras se detenía en su indecisión, el sonido

estalló a ambos lados, y pareció ser recogido y transmitido a lo largo de todo el bosque hasta su límite más lejano. Evidentemente, quienesquiera que fuesen, estaban despiertos y preparados. Y él... él estaba solo, desarmado y lejos de cualquier ayuda; y la noche se acercaba.

Entonces empezó el repiqueteo.

Al principio pensó que tan sólo eran hojas cayendo, tan leve y delicado era su sonido. Luego, a medida que



crecía, adquirió un ritmo regular, y no lo reconoció más que como el pum-pum-pum de unos piecitos que aún estaba muy lejos. ¿Estaba detrás o delante? Parecía primero una cosa, luego otra y después las dos. Crecía y se multiplicaba, hasta que, mientras escuchaba ansiosamente, inclinándose a un lado y a otro, parecía que se acercaban a él. Cuando se detuvo para escuchar, un conejo se acercó corriendo entre los árboles. Esperó a que aflojara el paso o a que cambiara de rumbo. En lugar de eso, el animal casi lo rozó al pasar a toda velocidad, con la cara dura y los ojos fijos.

—¡Fuera de aquí, tonto, fuera! —lo oyó murmurar Topo mientras giraba alrededor de un tronco y desaparecía por una simpática madriguera.

El repiqueteo creció hasta sonar como un repentino granizo sobre la alfombra de hojas secas que se extendía a su alrededor. Todo el bosque parecía estar corriendo ahora; corriendo con fuerza, cazando, persiguiendo, cercando algo o... ¿alguien? En pánico, también empezó a correr, sin rumbo, sin saber hacia dónde. Corrió contra las cosas, cayó sobre las cosas y dentro de las cosas, corrió por debajo de las cosas y esquivó las cosas. Por fin se refugió en el hueco profundo y oscuro de una vieja palmera, que le ofrecía cobijo, escondite y tal vez incluso seguridad, pero ¿quién podría decirlo? En cualquier caso, estaba demasiado cansado para seguir corriendo y sólo pudo acurrucarse entre las hojas secas que habían entrado en el hueco y esperar estar a salvo por un tiempo. Y mientras yacía allí jadeante y tembloroso, y escuchaba los silbidos y los

golpeteos afuera, conoció por fin, en toda su plenitud, esa cosa espantosa que otros pequeños habitantes del campo y los arbustos habían encontrado aquí, y conocido como su momento más oscuro, esa cosa de la cual Rata había tratado en vano de protegerlo: ¡el Terror del Bosque Salvaje!

Mientras tanto, Rata, caliente y cómoda, dormitaba junto al fuego. Su papel de versos a medio terminar se deslizó de su rodilla, su cabeza cayó hacia atrás, si boca se abrió y vagó por las orillas verdes de los ríos de sueños. Entonces resbaló un carbón, el fuego crepitó y lanzó un chorro de llamas, y se despertó sobresaltado. Recordando lo que había estado haciendo, buscó sus versos en el suelo, los repasó durante un minuto, y entonces buscó al Topo a su alrededor para preguntarle si conocía una buena rima para algo.

Pero Topo no estaba allí.

Escuchó durante un rato. La cara parecía muy silenciosa.

Entonces gritó: "¡Topito!" reiteradas veces y, sin obtener respuesta, se levantó y salió al salón.

La gorra de Topo no estaba en su sitio. Sus chanclos, que siempre estaban junto al paragüero, tampoco estaban.

Rata salió de la casa y examinó cuidadosamente la superficie fangosa del suelo exterior, esperando encontrar las huellas de Topo. Allí estaban, sin duda. Los chanclos eran nuevos, recién comprados para el invierno, y el relieve de sus suelas estaba fresco y afilado. Podía ver sus huellas en el barro, que corrían rectas y decididas, conduciendo directamente al Bosque Salvaje.

Rata parecía muy seria, y se quedó pensativa durante uno o dos minutos. Entonces volvió a entrar a la casa, se puso un cinturón, metió en él un par de pistolas, tomó un robusto garrote que estaba en un rincón del vestíbulo y partió hacia el Bosque Salvaje a paso ligero. Ya estaba anocheciendo cuando llegó a la primera franja de árboles y se zambulló en el bosque sin vacilar, mirando ansiosamente a ambos lados en busca de alguna señal de su amigo. Aquí y allá asomaban por los agujeros unas caritas malvadas, pero desaparecían inmediatamente al ver al valeroso animal, sus pistolas y el gran garrote que empuñaba; y los silbidos y golpeteos, que había oído claramente en su primera entrada, se apagaron y cesaron, y todo quedó muy quieto. Atravesó con paso firme el bosque hasta su extremo más alejado; luego, abandonando todo camino, se dispuso a atravesarlo, trabajando laboriosamente sobre todo el terreno, y todo el tiempo gritando alegremente: “¡Topito, topito, topito! ¿Dónde estás? Soy yo, la vieja Rata”.

Había vagado pacientemente por el bosque durante una hora o más, cuando por fin, para su alegría, oyó un pequeño grito que respondía. Guiándose por el sonido, se abrió paso a través de la oscuridad creciente hasta el pie de una vieja haya, con un agujero en ella, y desde el agujero salió una débil voz, diciendo:

—¡Ratita! ¿Eres tú, de verdad?

Rata se arrastró hasta el hueco, y allí encontró al Topo, exhausto y todavía temblando.

—¡Oh, Rata! —gritó—. ¡No te imaginas el miedo que he pasado!

—Lo comprendo perfectamente —dijo Rata tranquilizadora—. En realidad, no deberías hacerlo hecho, Topo. Hice lo que pude para que no lo hicieras. Nosotros, los ribereños, casi nunca venimos acá solos. Si tenemos que venir, por lo menos lo hacemos en pareja; entonces solemos estar bien. Además, hay cientos de cosas que uno tiene que saber, que nosotros entendemos y tú todavía no. Me refiero a contraseñas, señales, dichos que tienen poder y efecto, plantas que se llevan en el bolsillo, versos que se repiten y maniobras y trucos que se practican; todo es bastante sencillo cuando se conoce, pero hay que conocerlo si eres pequeño o si te encuentras en problemas. Por supuesto que, si fueras Tejón o Nutria, sería otra cosa.

—Seguro que al valiente Señor Sapo no le importaría venir solo aquí, ¿verdad? —preguntó Topo.

—¿El viejo Sapo? —dijo Rata, riendo a carcajadas—. No asomaría su rostro aquí solo, ni por un sombrero lleno de guineas doradas; Sapo no lo haría.

Topo se sintió animado por el sonido de la risa despreocupada de Rata, así como por la visión de su garrote y sus relucientes pistolas, y dejó de temblar y empezó a sentirse más audaz, y más él mismo de nuevo.

—Ahora bien —dijo Rata en ese momento—, realmente debemos reunirnos y partir hacia casa mientras aún quede un poco de luz. No podemos pasar la noche aquí, ¿entiendes? Mucho frío, para empezar.

—Querida Ratita —dijo el pobre Topo—, lo siento mucho, pero estoy muerto de cansancio y eso es un hecho. Debes dejarme descansar aquí un poco más, y recuperar fuerzas, si es que quiero volver a casa.

—Oh, está bien —dijo Rata de buen humor—, descansa. De todos modos, ya casi ha oscurecido; y más tarde habrá un poco de luna.

Así que Topo se metió bien entre las hojas secas, se tumbó y en seguida se quedó dormido, aunque de manera entrecortada; mientras Rata también se tapaba lo mejor que podía para calentarse, y esperaba pacientemente con una pistola en la pata.

Cuando por fin Topo se despertó, muy refrescado y con su ánimo habitual, Rata dijo:

—¡Bueno! Echaré un vistazo fuera para ver si todo está tranquilo, y entonces nos iremos.

Se dirigió a la entrada de su refugio y sacó la cabeza. Entonces Topo lo escuchó decirse a sí mismo en voz baja “¡Hola! ¡Hola! ¡Aquí vamos!”.

—¿Qué pasa, Ratita? —preguntó Topo.

—Apareció la nieve —respondió Rata brevemente—, mejor dicho, cae. Está nevando mucho.

Topo se acercó y se agazapó a su lado y, mirando hacia afuera, vio el bosque que le había resultado tan espantoso con un aspecto bastante cambiado. Agujeros, huecos, charcos, trampas y otras negras amenazas para el caminante, desaparecían rápidamente; y por todas partes brotaba una reluciente alfombra de hadas, que parecía demasiado delicada para ser pisada por pies ásperos. Un fino polvo llenaba el aire y acariciaba las

mejillas con un cosquilleo en su tacto, y los troncos negros de los árboles se mostraban a una luz que parecía venir de abajo.

—Bueno, bueno, no se puede evitar —dijo Rata después de reflexionar—. Supongo que debemos empezar y arriesgarnos. Lo peor de todo es que no sé exactamente dónde estamos. Y ahora esta nieve hace que todo parezca diferente.

Así era. Topo no habría sabido que se trataba del mismo bosque. Sin embargo, se pusieron en marcha con valentía y tomaron el camino que parecía más prometedor, sosteniéndose el uno al otro y fingiendo con invencible alegría que reconocían a un viejo amigo en cada árbol fresco que los saludaba sombría y silenciosamente, o veían aberturas, huecos o senderos con un giro familiar en la monotonía del espacio blanco y los troncos negros que se negaban a variar.

Una o dos horas más tarde habían perdido toda noción de tiempo. Se detuvieron desanimados, cansados y desesperanzados, y se sentaron en un tronco caído para recuperar el aliento y considerar lo que debían hacer. Estaban doloridos por el cansancio y magullados por las caídas; habían caído en varios agujeros y se habían mojado por completo; la nieve se estaba haciendo tan profunda que apenas podían arrastrar sus pequeñas patas a través de ella, y los árboles eran más gruesos y parecidos entre sí que nunca. Este bosque parecía no tener fin, ni principio, ni diferencias, y, lo peor de todo, no tenía salida.

—No podemos sentarnos aquí mucho tiempo. Tendremos que hacer otro esfuerzo, y hacer algo. El frío es demasiado terrible para cualquier cosa, y la nieve pronto será demasiado profunda para que la atravesemos —dijo Rata. Luego miró a su alrededor y reflexionó—. Mira, esto es lo que se me ocurre. Hay una especie de hondonada aquí abajo, delante de nosotros, donde el suelo parece todo montañoso, jorobado y lleno de montículos. Bajaremos hasta allí e intentaremos encontrar algún tipo de refugio, una cueva o un agujero con el suelo seco, al abrigo de la nieve y el viento, y allí descansaremos bien antes de volver a intentarlo, pues ambos estamos bastante agotados. Además, la nieve puede irse, o puede aparecer algo.

Así que, una vez más, se pusieron en pie y bajaron a duras penas a la hondonada, donde buscaron una cueva o algún rincón seco que los protegiera del fuerte viento y de la nieve arremolinada. Estaban investigando uno de los montículos de los que Rata había hablado, cuando de repente Topo tropezó y cayó de frente con un chillido.

—¡Oh, mi pata! ¡Mi pobre espinilla! —gritó; y se sentó en la nieve y se tomó la pierna con sus dos patas delanteras.

—¡Pobre viejo Topo! —dijo Rata amablemente—. No pareces tener mucha suerte hoy, ¿verdad? Vamos a echarle un vistazo a la pierna. Sí —continuó, poniéndose de rodillas para ver—, te has cortado la espinilla, seguro. Espera a que tome mi pañuelo y te la vendaré.

—Debo haber tropezado con una rama escondida o con un tronco —dijo Topo miserablemente—. ¡Caramba! ¡Vaya!

—Es un corte muy limpio —dijo Rata, examinándolo de nuevo atentamente—. Eso no lo hizo una rama o un tronco. Parece como si hubiera sido hecho por un borde afilado de algo de metal. Curioso —reflexionó un rato, y examinó las jorobas y las pendientes que los rodeaban. —Bueno, no importa qué lo hizo —dijo Topo—. Duele mucho, lo que sea que lo haya hecho.

Pero Rata, después de vendar cuidadosamente la pierna con su pañuelo, lo había dejado y estaba ocupado raspando en la nieve. Rascaba, cavaba y exploraba, con las cuatro patas trabajando afanosamente, mientras Topo esperaba impaciente, comentando a intervalos:

—¡Vamos, Rata!

De repente Rata gritó:

—¡Hurra! ¡Hurra, hurra, hurra, hurra! —y comenzó una pequeña danza en la nieve.

—¿Qué has encontrado, Ratita? —preguntó Topo, todavía tomándose la pierna.

—¡Ven a verlo! —dijo Rata encantada, mientras seguía caminando.

Topo cojeó hasta el lugar y echó un buen vistazo.

—Bueno —dijo al fin, despacio—, lo VEO bastante bien. He visto el mismo tipo de cosa antes, muchas veces. Lo llamo objeto familiar. ¡Un quitabarro! Bueno, ¿y qué? ¿Por qué bailar alrededor de un quitabarro?

—¿Pero no ves lo que significa, tú, animal torpe? —gritó Rata impaciente.

—Claro que entiendo lo que significa —contestó Topo—.

Significa simplemente que una persona MUY descuidada y olvidadiza ha dejado su quitabarro tirado en medio del

Bosque Salvaje, justo donde seguramente hará tropezar a todo el mundo. Muy desconsiderado de su parte, lo llamo. Cuando llegue a casa iré a quejarme con alguien, ¡mira si no lo hago!

—¡Oh, querida, querida! —gritó Rata, desesperada por su estupidez—. Toma, deja de discutir y ven a rascar.

Y se puso de nuevo manos a la obra e hizo volar la nieve en todas direcciones a su alrededor. Después de un poco más de trabajo, sus esfuerzos se vieron recompensados y quedó a la vista un felpudo muy raído.

—Ya está, ¿qué te dije? —exclamó Rata triunfante.

—Absolutamente nada —respondió Topo con total sinceridad—. Pues bien, parece que has encontrado otra pieza de basura doméstica, acabada y desechada, y supongo que estás perfectamente contento. Será mejor que sigas adelante y bailes tu danza alrededor de eso, si tienes que hacerlo, y lo superes, y entonces tal vez podamos seguir adelante y no perder más tiempo en basureros. ¿Podemos COMER un felpudo? ¿O dormir debajo de un felpudo? ¿O sentarnos en un felpudo y deslizarnos a casa sobre la nieve, roedor exasperante?

—¿Quieres decir que este felpudo no te dice nada? —gritó Rata.

—De verdad, Rata —dijo Topo con bastante petulancia—, creo que ya hemos tenido bastante de esta locura.

¿Quién ha oído que un felpudo le diga algo a alguien? Simplemente no lo hacen. No son de esa clase. Los felpudos saben cuál es su sitio.

—Ahora mira aquí, bestia de cabeza hueca —replicó Rata realmente enfadada—, esto debe parar. Ni una palabra

más, pero rasca, rasca y escarba y busca alrededor, especialmente en los lados de los montículos si quieres dormir seco y caliente esta noche, ¡porque es nuestra última oportunidad!

Rata atacó un banco de nieve al lado de ellos con ardor, sondeando con su garrote por todas partes y luego cavando con furia; y Topo raspó afanosamente también, más para complacer a Rata que por cualquier otra razón, pues su opinión era que su amigo se estaba mareando.

Unos diez minutos de duro trabajo, y la punta del garrote de Rata golpeó algo que sonaba hueco. Trabajó hasta que pudo meter una pata y palpar; entonces llamó al Topo para que viniera a ayudarlo. Los dos animales trabajaron duro, hasta que por fin el resultado de sus esfuerzos quedó a la vista del asombrado y hasta entonces incrédulo Topo.

En el lateral de lo que parecía un banco de nieve había una pequeña puerta de aspecto sólido, pintada de verde oscuro. Una campanilla de hierro colgaba a un lado, y debajo de ella, en una pequeña placa de latón, pulcramente grabada en letras mayúsculas cuadradas, podía leerse con la ayuda de la luz de la luna: "SEÑOR TEJÓN".

Topo cayó de espaldas sobre la nieve de pura sorpresa y deleite.

—¡Rata! —gritó arrepentido—. ¡Eres una maravilla! Una auténtica maravilla, eso es lo que eres. Ahora lo veo todo. Lo argumentaste, paso a paso, en esa sabia cabeza tuya, desde el mismo momento en que me caí y me

corté la espinilla, y miraste el corte, y al instante tu majestuosa mente se dijo: "¡quitabarros!". ¡Y entonces te volviste y encontraste al mismo quitabarros que lo hizo! ¿Te detuviste ahí? No. Algunas personas se habrían dado por satisfechas, pero tú no. Tu intelecto siguió trabajando. "Sólo déjame encontrar un felpudo", te dijiste, "y mi teoría estará probada". Y, por supuesto, encontraste el felpudo. Eres tan inteligente que creo que podrías encontrar lo que quisieras. "Ahora", te dices, "esa puerta existe, tan claramente como si yo la hubiera visto. No queda más que encontrarla". Bueno, he leído cosas así en los libros, pero nunca me las había encontrado en la vida real. Deberías ir a donde te aprecien como es debido. Estás simplemente desperdiciado aquí, entre nosotros. Si yo tuviera tu cabeza, Ratita..."

—Pero como no la tienes —interrumpió Rata, de manera poco amable—, supongo que vas a sentarte en la nieve toda la noche a hablar. Levántate de una vez y agárrate a ese llamador de campana que ves allí, y toca fuerte, tan fuerte como puedas, ¡mientras yo martillo!

Mientras Rata atacaba la puerta con su bastón, Topo saltó hacia el llamador de la campana, se agarró a él y se balanceó allí, con ambos pies bien levantados del suelo, y desde bastante lejos pudieron oír débilmente una campana de tono grave responder.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: Sr. Tejón (4/12)

Esperaron pacientemente durante un tiempo que pareció muy largo, pisando la nieve para mantener los pies calientes. Finalmente oyeron el sonido de pasos lentos que se acercaban a la puerta desde el interior. Parecía, como Topo le comentó a Rata, como si alguien caminara con zapatillas de fieltro demasiado grandes para él y con el talón hacia abajo; lo cual era inteligente por parte de Topo porque era exactamente eso.

Se oyó el sonido de un cerrojo girando, y la puerta se abrió unos centímetros, lo suficiente para mostrar un largo hocico y un par de ojos parpadeantes de sueño.

—La próxima vez que ocurra esto —dijo una voz ronca y desconfiada—, me enfadaré muchísimo. ¿Quién es esta vez, molestando a la gente en una noche como ésta? ¡Habla!

—Oh, Tejón —gritó Rata—, déjanos pasar, por favor. Soy yo, Rata, y mi amigo Topo; nos hemos perdido en la nieve.

—¡Ratita, mi querido amigo! —exclamó Tejón, con una voz muy diferente—. Entren los dos de una vez. Deben estar exhaustos. ¡Pero qué barbaridad! ¡Perdidos en la nieve! Y en el Bosque Salvaje, además, ¡y a esta hora de la noche! Pero entren por favor.

Los dos animales tropezaron entre sí en su afán por entrar, y con gran alegría y alivio oyeron que la puerta se cerraba detrás de ellos.

El Tejón, que llevaba una larga bata y las zapatillas en chancleta, llevaba un candelabro en la pata y probablemente ya se había ido a la cama cuando llamaron. Los miró amablemente y les acarició la cabeza.

—Este no es el tipo de noche adecuado para que salgan los animales pequeños —dijo paternalmente—. Me temo que has vuelto a hacer alguna de tus travesuras, Ratita. Pero ven, ven a la cocina. Hay un fuego de primera, cena y todo.

Avanzó arrastrando los pies delante de ellos, llevando la luz, y ellos lo siguieron, dándose codazos en una especie de anticipación, por un pasadizo largo, sombrío y, a decir verdad, decididamente lamentable, hasta llegar a una especie de vestíbulo central, del que podían ver vagamente otros largos pasadizos en forma de túnel que se bifurcaban, pasadizos misteriosos y sin final aparente. Pero también había puertas en el vestíbulo, robustas puertas de roble de aspecto confortable. El Tejón abrió de un tirón una de ellas y de inmediato se encontraron en el resplandor y la calidez de una gran cocina iluminada por el fuego.

El suelo era de ladrillo rojo muy desgastado, y en la amplia chimenea ardía un fuego de leña, entre dos preciosas rinconeras encastradas en la pared, lejos de cualquier mínima corriente de aire. Un par de sillones de respaldo alto, uno frente al otro a ambos lados del

fuego, ofrecían más espacio para sentarse a los más sociables. En el centro de la habitación había una larga mesa de tablas lisas colocada sobre caballetes, con bancos a cada lado. En un extremo de la mesa, donde había un sillón echado hacia atrás, estaban los restos de la sencilla pero abundante cena de Tejón. Filas de platos inmaculados brillaban en los estantes de la cómoda, en el extremo opuesto de la habitación, y de las vigas colgaban jamones, manojos de hierbas secas, redes de cebollas y cestas de huevos. Parecía un lugar donde los héroes podían darse un buen festín después de la victoria, donde los cansados recolectores podían alinearse a lo largo de la mesa y celebrar su cosecha con alegría y canciones, o donde dos o tres amigos de gustos sencillos podían sentarse a su antojo y comer, fumar y charlar con comodidad y satisfacción. El suelo de ladrillos rojizos sonreía al techo ahumado; las sillas de roble, brillantes por el uso, intercambiaban alegres miradas entre sí; los platos de la cómoda sonreían a las ollas de la estantería, y la alegre luz del fuego parpadeaba y jugaba con todo sin distinción.

El bondadoso Tejón los sentó en un banco para que brindaran junto al fuego y les pidió que se quitaran los abrigos y las botas mojadas. Luego les trajo batas y pantuflas, y él mismo bañó la espinilla de Topo con agua tibia y arregló el corte con un apósito hasta que todo quedó como nuevo, si no mejor. En la luz y el calor envolventes, cálidos y secos por fin, con las piernas cansadas apoyadas delante de ellos y un sugestivo tintineo de platos colocados en la mesa de atrás, a los

animales arrastrados por la tormenta les pareció, ahora en la seguridad, que el frío y desolado Bosque Salvaje que acababan de dejar fuera estaba a kilómetros y kilómetros de distancia, y que todo lo que habían sufrido en él era un sueño medio olvidado.

Cuando por fin estuvieron calentitos, Tejón los llamó a la mesa, donde había estado ocupado preparando un banquete. Habían sentido bastante hambre antes, pero cuando vieron por fin la cena que había preparado, en realidad parecía sólo cuestión de qué debían atacar primero cuando todo era tan atractivo, y si las otras cosas esperarían obligatoriamente hasta que tuvieran tiempo de prestarles atención. La conversación fue imposible durante mucho tiempo; y cuando se reanudó lentamente, fue ese lamentable tipo de conversación que resulta de hablar con la boca llena. Al Tejón no le importaban en absoluto ese tipo de cosas, ni hacía caso de los codazos sobre la mesa, ni de que todo el mundo hablara a la vez. Como él mismo no entraba en la Sociedad, tenía la idea de que estas cosas pertenecían a las cosas que realmente no importaban. (Sabemos, por supuesto, que se equivocaba, y que tenía una visión demasiado estrecha; porque sí importan mucho, aunque sería demasiado largo explicar por qué). Se sentó en su sillón, a la cabecera de la mesa, y asintió gravemente a intervalos mientras los animales contaban su historia; y no pareció sorprendido ni escandalizado por nada, y nunca dijo: "Se los dije", o "Justo lo que siempre he dicho", ni comentó que deberían haber hecho tal o cual

cosa, o que no deberían haber hecho otra. Topo empezó a tenerle mucha simpatía.

Cuando por fin terminaron de cenar y cada animal sintió que su panza estaba tan tenso como era decentemente seguro y que ya no le importaba nada ni nadie, se reunieron alrededor de las brasas del gran fuego de leña y pensaron en lo placentero que era estar sentados tan tarde, tan independientes y tan llenos; y después de charlar un rato sobre las cosas en general, Tejón dijo con entusiasmo:

—Ahora cuéntanos las noticias de tu parte del mundo. ¿Cómo le va al viejo Sapo?

—Oh, de mal en peor —dijo Rata seriamente, mientras Topo, recostado en una silla y disfrutando a la luz del fuego, con los talones más altos que la cabeza, trataba de parecer afligido—. La semana pasada hubo otro accidente, y de los malos. Insiste en conducir él mismo, y es incapaz. Si contratara a un animal decente, estable y bien entrenado, le pagara un buen sueldo y dejara todo en sus manos, le iría muy bien. Pero no; está convencido de que es un conductor nato, y nadie puede enseñarle nada; y todo lo demás ya lo sabes.

—¿Cuántos ha tenido? —preguntó Tejón sombríamente.

—¿Accidentes o coches? —preguntó Rata—. Oh, bueno, después de todo es lo mismo... con Sapo. Este es el séptimo. En cuanto a los otros, ¿conoces su cochera? Bueno, está apilada hasta el techo, con fragmentos de motores de coches, ¡ninguno de ellos más grande que tu sombrero! Allí están los otros seis, o lo que queda de ellos.

—Ha estado en el hospital tres veces —añadió Topo—; y en cuanto a las multas que ha tenido que pagar, es simplemente horrible de pensar.

—Si, y eso es parte del problema —continuó Rata—. Todos sabemos que Sapo es rico; pero no es millonario. Y es un conductor irremediablemente malo, y no tiene en cuenta la ley ni el orden. Muerto o arruinado, tarde o temprano será una de las dos cosas. ¡Tejón, somos sus amigos! ¿No deberíamos hacer algo?

El Tejón se quedó pensativo.

—Miren —dijo finalmente, bastante serio—, saben que ahora no puedo hacer nada.

Sus dos amigos asintieron, comprendiendo perfectamente lo que quería decir. Ningún animal, de acuerdo con las reglas de etiqueta animal, se espera que haga nada extenuante, heroico, o incluso moderadamente activo durante la temporada de invierno. Todos tienen sueño, algunos incluso duermen. Todos están limitados por el clima, más o menos; y todos están descansando de arduos días y noches, durante los cuales cada músculo ha sido severamente puesto a prueba, y cada energía mantenida al máximo.

—¡Muy bien, entonces! —continuó Tejón—. Pero cuando haya pasado el invierno y las noches sean más cortas, y uno se despierta y se siente inquieto y con ganas de levantarse y ponerse en marcha al amanecer, si no antes... ¡ya saben!

Ambos animales asintieron con gravedad. Lo sabían.

—Bien, entonces —continuó Tejón—, nosotros... es decir, tú yo y nuestro amigo Topo, nos ocuparemos seriamente de

Sapo. No aguantaremos ninguna tontería. Lo haremos entrar en razón, por la fuerza si es necesario. Haremos que sea un Sapo sensato. Haremos... ¡estás dormido, Rata!

—¡Yo no! —dijo Rata, despertándose de un salto.

—Se ha dormido dos o tres veces desde la cena —dijo Topo riendo. Él mismo se sentía bastante despierto e incluso animado, aunque no sabía por qué. La razón era, por supuesto, que, siendo un animal naturalmente subterráneo por nacimiento y crianza, la situación de la casa de Tejón se adaptaba perfectamente a él y lo hacía sentir como en casa; mientras que Rata, que dormía todas las noches en un dormitorio cuyas ventanas daban a la brisa de un río, naturalmente sentía la atmósfera quieta y opresiva.

—Bueno, ya es hora de que estemos todos en la cama —dijo Tejón, levantándose y tomando candelabros—.

Vengan, ustedes dos, y les mostraré sus habitaciones. Y tómense su tiempo mañana por la mañana, ¡desayunen a la hora que quieran!

Condujo a los dos animales a una larga habitación que parecía mitad dormitorio y mitad desván. Las provisiones de invierno de Tejón, que se veían por todas partes, ocupaban la mitad de la habitación: montones de manzanas, nabos y papas, cestas llenas de nueces y tarros de miel; pero las dos camitas blancas que quedaban en el suelo parecían mullidas y acogedoras, y la ropa de cama, aunque áspera, estaba limpia y olía maravillosamente a lavanda; y Topo y Rata de Agua, quitándose la ropa en unos treinta segundos, se

metieron entre las sábanas con gran alegría y satisfacción.

De acuerdo con las amables órdenes de Tejón, los dos cansados animales bajaron a desayunar muy tarde a la mañana siguiente, y encontraron un brillante fuego ardiendo en la cocina, y dos jóvenes erizos sentados en un banco junto a la mesa, comiendo avena en tazones de madera. Los erizos dejaron caer sus cucharas, se levantaron y agacharon la cabeza respetuosamente cuando entraron los dos.

—Ya está, siéntense, siéntense —dijo Rata agradablemente—, y sigan con sus tazones de avena. ¿De dónde vienen, jóvenes? Supongo que han perdido su camino en la nieve.

—Si, por favor, señor —dijo respetuosamente el mayor de los dos erizos—. Yo y el pequeño Billy tratábamos de encontrar el camino a la escuela, madre quería que fuéramos si el tiempo lo permitía, y por supuesto nos perdimos, señor; y Billy se asustó y lloró, siendo joven y miedoso. Y al final nos topamos con la puerta trasera del Sr. Tejón, y nos atrevimos a llamar, señor, porque el Sr. Tejón es un caballero de buen corazón, como todo el mundo sabe...

—Comprendo —dijo Rata, cortando unos trozos de tocino, mientras Topo volcaba unos huevos en una cacerola—, ¿y qué tiempo hace afuera? No hace falta que me llames "señor".

—Oh, terriblemente malo, señor, terriblemente profunda está la nieve —dijo el erizo—. Nada de salir hoy para gente como ustedes, caballeros.

—¿Dónde está el Sr. Tejón? —preguntó Topo, mientras calentaba la cafetera al fuego.

—El señor se fue a su estudio, señor —respondió el erizo—, y dijo que iba a estar muy ocupado esta mañana, y que por ningún motivo se le molestara.

Por supuesto, todos los presentes comprendieron perfectamente esta explicación. El hecho es que, como ya se ha expuesto, cuando se vive una vida de intensa actividad durante seis meses al año y de somnolencia comparativa o real durante los otros seis, durante el último período no se puede estar continuamente alegando somnolencia cuando hay gente alrededor o cosas que hacer. La excusa se vuelve monótona. Los animales sabían muy bien que Tejón, después de haber tomado un abundante desayuno, se había retirado a su estudio y se había acomodado en un sillón con las piernas apoyadas en otro, con un pañuelo rojo de algodón sobre la cara, y estaba "ocupado" de la manera habitual en esta época del año.

El timbre de la puerta principal sonó con fuerza, y Rata, que estaba muy grasienta de tostadas con mantequilla, envió a Billy, el erizo más pequeño, a ver quién podía ser. Se oyeron muchos pisotones en el vestíbulo, y al poco rato Billy regresó delante de Nutria, que se lanzó sobre Rata con un abrazo y un grito de afectuoso saludo.

—¡Basta! —balbuceó Rata, con la boca llena.

—Pensé que te encontraría bien aquí —dijo Nutria alegremente—. Estaban todos muy alarmados en la Orilla del Río cuando llegué esta mañana. Rata no había

estado en casa en toda la noche, ni tampoco Topo; algo terrible debía haber sucedido, decían; y la nieve había cubierto todas tus huellas, por supuesto. Pero yo sabía que cuando la gente está en apuros acudía a Tejón, o bien Tejón se enteraba de alguna manera, así que vine directamente aquí, a través del Bosque Salvaje y la nieve. ¡Vaya! Fue hermoso atravesar la nieve mientras salía el sol rojo y se reflejaba en los troncos negros de los árboles. A medida que avanzas en la quietud, de vez en cuando masas de nieve se deslizaban de las ramas con un ¡plop! haciéndote saltar y correr para cubrirte. Durante la noche habían surgido de la nada castillos y cavernas de nieve, puentes de nieve, terrazas, murallas... podría haberme quedado jugando con ellos durante horas. Aquí y allá, grandes ramas habían sido arrancadas por el peso de la nieve, y los petirrojos se posaban y saltaban sobre ellas con su arrogancia, como si lo hubieran hecho ellos mismos. Una hilera de gansos salvajes pasó por encima, en lo alto del cielo gris, y unos cuantos cuervos revolotearon sobre los árboles, inspeccionaron y volaron hacia casa con expresión de disgusto; pero no me encontré con ningún ser sensato al que preguntar noticias. Hacia la mitad del camino me topé con un conejo sentado en un tronco, que se limpiaba la cara con las patas. Era un animal bastante asustado cuando me acerqué sigilosamente por detrás y le puse una pesada pata delantera sobre el hombro. Tuve que golpearle la cabeza una o dos veces para que entrara en razón. Al final conseguí sacarle que uno de ellos había visto a Topo en el Bosque Salvaje la noche

anterior. "Era la charla de las madrigueras", dijo, "cómo Topo, el amigo particular del Sr. Rata, estaba en un mal aprieto; cómo había perdido su camino, y 'Ellos' estaban arriba y fuera buscando, y le estaban dando vueltas y vueltas". "Entonces, ¿por qué ninguno de ustedes hizo nada?" pregunté. "Puede que no estén dotados de cerebro, pero son cientos y cientos, grandes y corpulentos, gordos como la mantequilla, y sus madrigueras corren en todas direcciones, y podrían haberle dado cobijo y haberle puesto a salvo y cómodo, o haberlo intentado, en todo caso". "¿Qué, nosotros?", se limitó a decir, "¿hacer algo, nosotros los conejos?". Así que volví a esposarlo y lo dejé. No había nada más que hacer. En cualquier caso, había averiguado algo; y si hubiera tenido la suerte de encontrarme con alguno de "Ellos" habría aprendido algo más... o ellos lo harían.

—¿No estabas nervioso? —preguntó Topo, sintiendo de nuevo algo del terror de ayer al oír hablar del Bosque Salvaje.

—¿Nervioso? —Nutria mostró unos dientes blancos y fuertes mientras se reía—. Les daría nervios si alguno de ellos intentara algo conmigo. Toma, Topo, fríeme unas lonjas de jamón, como el buen chico que eres. Estoy terriblemente hambriento y tengo mucho que decirle a Ratita. Hace siglos que no lo veo.

Así que el bondadoso Topo, después de cortar unas lonjas de jamón, puso a los erizos a freírlo, y volvió a su propio desayuno, mientras Nutria y Rata, con las cabezas juntas, hablaban ávidamente de la orilla del río,

que es bien larga y provoca una charla interminable, que fluye como el propio río.

Un plato de jamón frito acababa de ser recogido y devuelto por más, cuando Tejón entró, bostezando y frotándose los ojos, y los saludó a todos a su manera tranquila y sencilla, con amables preguntas para cada uno.

—Debe estar llegando la hora del almuerzo —le dijo a Nutria—. Será mejor que te quedes y almuerces con nosotros. Debes tener hambre en esta fría mañana.

—¡Sin duda! —respondió Nutria, guiñándole un ojo al Topo—. La vista de estos jóvenes erizos codiciosos atiborrándose de jamón frito me hace sentir positivamente hambriento.

Los erizos, que empezaban a sentir hambre de nuevo después de sus avenas y de haber trabajado tanto para freír, miraron tímidamente al Sr. Tejón, pero eran demasiado tímidos para decir algo.

—Ustedes dos, jóvenes, vayan a casa con su madre —dijo Tejón amablemente—. Enviaré a alguien con ustedes para que les muestre el camino. No querrán cenar hoy, se los aseguro.



Le dio seis peniques a cada uno y una palmadita en la cabeza, y se marcharon entre respetuosas sacudidas de gorros y toques de trenzas.

Luego se sentaron todos juntos a almorzar. Topo se encontró al lado del Sr. Tejón y, como los otros dos seguían inmersos en el chisme de río, del que nada podía distraerlos, aprovechó la oportunidad para decirle al Tejón lo cómodo y hogareño que le parecía todo aquello.

—Una vez bajo tierra —dijo—, sabes exactamente dónde estás. Nada puede pasarte y nada puede alcanzarte. Eres completamente dueño de ti mismo y no tienes que consultar a nadie ni preocuparte por lo que digan. Las cosas siguen igual por arriba, y tú las dejas y no te preocupas por ellas. Cuando quieres, subes, y ahí están las cosas, esperándote.

El Tejón simplemente sonrió.

—Eso es exactamente lo que digo —respondió—. No hay seguridad, ni paz ni tranquilidad, excepto bajo tierra. Y luego, si tus ideas crecen y quieres ampliarlas... ¡una excavación y un rasguño y ya está! Si crees que tu casa es demasiado grande, haces uno o dos agujeros y ya está. Sin albañiles, sin comerciantes, sin comentarios de los que miran por encima de la pared y, sobre todo, sin tiempo. Mira a Rata, ahora. Un par de centímetros de agua de inundación y tiene que mudarse a un alojamiento alquilado, incómodo, mal situado y terriblemente caro. Mira a Sapo. No digo nada en contra del Salón de Sapo; es la mejor casa de estas partes, como casa. Pero supongamos que se produce un incendio,

¿dónde queda Sapo? Supongamos que se vuelan las tejas, o que las paredes se hundan o se agrietan, o que las ventanas se rompen... ¿dónde queda Sapo?

Supongamos que hay corrientes de aire en las habitaciones (yo odio las corrientes de aire), ¿dónde queda Sapo? No, arriba y al aire libre es suficiente para vagabundear y ganarse la vida; pero bajo tierra para volver al fin, ¡esa es mi idea de hogar!

Topo asintió de todo corazón; y, en consecuencia, Tejón se hizo muy amigo suyo.

—Cuando termine el almuerzo —dijo—, te llevaré a conocer este pequeño lugar. Veo que te gustará. Tú entiendes lo que debe ser la arquitectura doméstica. Después del almuerzo, entonces, cuando los otros dos se habían instalado en el rincón de la chimenea y habían comenzado una acalorada discusión sobre el tema de las anguilas, Tejón encendió una linterna e indicó al Topo que lo siguiera. Atravesando el vestíbulo, pasaron por uno de los túneles principales, y la vacilante luz de la linterna dejaba entrever a ambos lados habitaciones grandes y pequeñas, algunas solo armarios, otras casi tan amplias e imponentes como el comedor de Sapo. Un estrecho pasadizo en ángulo recto los condujo a otro corredor, y aquí se repitió lo mismo. Topo se quedó pasmado ante el tamaño, la extensión, las ramificaciones de todo aquello; ante la longitud de los oscuros pasadizos, las sólidas bóvedas de los atiborrados almacenes, la mampostería por doquier, los pilares, los arcos, los pavimentos.

—¿Cómo puede ser, Tejón —dijo al fin—, que hayas encontrado el tiempo y las fuerzas para hacer todo esto? Es asombroso.

—Sería asombroso —dijo simplemente Tejón—, si yo lo hubiera hecho. Pero en realidad no hice nada, sólo limpié los pasadizos y las cámaras en la medida en que los necesité. Hay mucho más, por todas partes. Veo que no lo entiendes, y debo explicártelo. Bueno, hace mucho tiempo, en el lugar donde ahora ondea el Bosque Salvaje, antes de que se hubiera plantado y crecido hasta lo que es ahora, había una ciudad; una ciudad de gente, ya sabes. Aquí, donde estamos, vivían, caminaban, hablaban, dormían y se ocupaban de sus asuntos. Aquí guardaban sus caballos y comían; desde aquí salían a luchar o a comerciar. Era un pueblo poderoso, rico y gran constructor. Construían para durar, porque pensaban que su ciudad duraría para siempre.

—Pero ¿qué ha pasado con todos ellos? —preguntó Topo.

—¿Quién sabe? —dijo Tejón—. La gente viene, se queda un tiempo, florece, construye y se va. Ese es su camino. Pero nosotros nos quedamos. Me han dicho que aquí había tejones mucho antes de que existiera esa ciudad. Y ahora hay tejones aquí de nuevo. Somos un grupo resistente, y podemos irnos por un tiempo, pero esperamos, y somos pacientes, y volvemos. Y así será siempre.

—Bueno, ¿y cuándo se fueron por fin estas personas? —dijo Topo.

—Cuando se fueron —continuó Tejón—, los fuertes vientos y las persistentes lluvias se encargaron del asunto,

paciente e incesantemente, año tras año. Tal vez nosotros, los tejones, también ayudamos un poco, ¿quién sabe? Todo fue bajando, bajando y bajando, poco a poco: la ruina, la nivelación y la desaparición. Luego todo fue hacia arriba, hacia arriba y hacia arriba, poco a poco, a medida que las semillas crecían y se convertían en árboles jóvenes, y los árboles jóvenes en árboles forestales, y las malezas y los helechos se arrastraban para ayudar. El moho de las hojas crecía y desaparecía, los arroyos traían arena y tierra para tapar y cubrir, y con el tiempo nuestra casa estaba lista para nosotros de nuevo, y nos mudamos. Arriba, en la superficie, ocurrió lo mismo. Los animales llegaron, les gustó el lugar, se instalaron, se extendieron y florecieron. No se preocuparon por el pasado, nunca lo hacen, están demasiado ocupados. El lugar era un poco irregular y accidentado, naturalmente, y estaba lleno de agujeros; pero eso era más bien una ventaja. Y tampoco se preocupan por el futuro, el futuro en el que quizá la gente vuelva a instalarse durante un tiempo, como muy bien puede ocurrir. El Bosque Salvaje ya está bastante poblado, con toda la gente habitual, buena, mala e indiferente; no diré nombres. Se necesita de todo para hacer un mundo. Pero supongo que a estas alturas ya sabrás algo de ellos.

—En efecto —dijo Topo, con un ligero escalofrío.

—Bueno, bueno —dijo Tejón, dándole una palmada en el hombro—, fue tu primera experiencia con ellos, ya ves. En realidad, no son tan malos, y todos debemos vivir y dejar vivir. Pero mañana pasaré la voz y creo que no

tendrás más problemas. Cualquier amigo mío camina por donde quiere en este país, ¡o me enteraré!

Cuando volvieron de nuevo a la cocina, encontraron a Rata caminando arriba y abajo, muy inquieto. La atmósfera subterránea lo oprimía, lo ponía nervioso, y parecía temer realmente que el río se escapara si él no estaba allí para cuidarlo. Así que se puso el abrigo y volvió a meterse las pistolas en el cinto.

—Vamos, Topo —dijo ansiosamente en cuanto los vio—, debemos irnos mientras sea de día. No quiero volver a pasar otra noche en el Bosque Salvaje.

—Todo estará bien, buen amigo —dijo Nutria—. Voy contigo, y conozco todos los caminos con los ojos vendados; y si hay alguna cabeza que necesite un puñetazo, puedes confiar en que yo se lo daré.

—No tienes por qué preocuparte, Ratita —añadió plácidamente Tejón—. Mis pasadizos van más lejos de lo que crees, y tengo agujeros para cerrojos al borde del bosque en varias direcciones, aunque no me importa que todo el mundo los conozca. Cuando realmente tengas que irte, lo harás por uno de mis atajos. Mientras tanto, tranquilízate y vuelve a sentarte.

Sin embargo, Rata seguía ansiosa por irse y atender a su río, así que Tejón, tomando de nuevo su linterna, los guió a lo largo de un túnel húmedo y sin aire que serpenteaba y se sumergía, en parte abovedado, en parte tallado a través de roca sólida, por una fatigosa distancia que parecía de kilómetros. Por fin, la luz del día comenzó a aparecer confusamente a través de la enmarañada vegetación que sobresalía de la boca del

pasadizo; y Tejón, despidiéndose rápidamente de ellos, los empujó de prisa a través de la abertura, hizo que todo volviera a parecer lo más natural posible, con enredaderas, maleza y hojas muertas, y se retiró. Se encontraron en el borde mismo del Bosque Salvaje. Rocas, malezas y raíces de árboles detrás de ellos, confusamente amontonados y enmarañados; delante, un gran espacio de campos tranquilos, rodeados por líneas de arbustos negros sobre la nieve, y, más allá, un destello del viejo río familiar, mientras el sol invernal colgaba rojo y bajo en el horizonte. La nutria, conocedora de todos los senderos, se hizo cargo del grupo, que se dirigió en línea recta hacia un poste distante. Deteniéndose allí un momento y mirando hacia atrás, vieron toda la masa del Bosque Salvaje, densa, amenazadora, compacta, sombríamente situada en un vasto entorno blanco; simultáneamente dieron media vuelta y se dirigieron rápidamente a casa, a la luz del fuego y a las cosas familiares sobre las que jugaba, a la voz, que sonaba alegremente fuera de su ventana, del río que conocían y en el que confiaban en todos sus estados de ánimo, que nunca les hizo temer con asombro alguno.

Mientras se apresuraba a avanzar, anticipando ansiosamente el momento en que se encontraría de nuevo en casa, entre las cosas que conocía y le gustaban, Topo vio claramente que era un animal de campo labrado y de arbustos, ligado al surco arado, al pasto frecuentado, al sendero de los paseos nocturnos, al huerto cultivado. Para otros, las asperezas, la terca

resistencia, o el choque del conflicto real, que iban con la Naturaleza en bruto; él debía ser sabio, debía mantenerse en los lugares agradables en los que estaban trazadas sus líneas y que albergaban aventuras suficientes, a su manera, para durar toda la vida.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: Dulce hogar (5/12)

Las ovejas corrían apiñadas contra las vallas, soplando por los finos orificios nasales y dando pisotones con sus delicadas patas delanteras, con las cabezas echadas hacia atrás y un ligero vapor que se elevaba desde el abarrotado corral hacia el aire helado, mientras los dos animales se apresuraban a pasar de buen humor, con mucho parloteo y risas. Volvían a través del campo después de un largo día de excursión con Nutria, cazando y explorando en las amplias tierras altas donde ciertos arroyos afluentes de su propio río tenían sus primeros pequeños comienzos; y las sombras del corto día de invierno se cerraban sobre ellos, y todavía tenían una cierta distancia que recorrer. Avanzando al azar sobre el campo arado, habían oído a las ovejas y se habían dirigido hacia ellas; y ahora, saliendo del corral, encontraron un camino trillado que hacía más ligera la marcha, y respondía, además, a ese pequeño algo inquisitivo que todos los animales llevan dentro, diciendo inequívocamente:

—¡Sí, muy bien; esto nos lleva a casa!

—Parece como si estuviéramos llegando a un pueblo —dijo Topo con cierta duda, aflojando el paso ya que la pista, que con el tiempo se había convertido en un sendero y luego en un carril, los entregaba ahora a una carretera

bien asfaltada. Los animales no se aferraban a los pueblos, y sus propias carreteras, muy frecuentadas como estaban, seguían un punto independiente sin tener en cuenta la iglesia, el correo o la casa pública.

—No importa —dijo Rata—. En esta época del año todos están a salvo en casa, sentados alrededor del fuego; hombres, mujeres y niños, perros y gatos y todo eso. Pasaremos sin problema, sin molestias ni disgustos, y podemos echarles un vistazo a través de sus ventanas si quieres, y ver lo que están haciendo.

La rápida caída de la noche de mediados de diciembre había acosado a la pequeña aldea cuando se acercaron a ella en puntas de pie sobre una fina capa de nieve en polvo. Sólo se veían cuadrados de un rojo anaranjado oscuro a ambos lados de la calle, donde la luz de las chimeneas o de las lámparas de cada casita se desbordaba a través de las ventanas hacia el oscuro mundo exterior. La mayoría de las ventanas bajas enrejadas no tenían persianas, y para los que miraban desde fuera, los habitantes, reunidos alrededor de la mesa de té, absortos en sus tareas o hablando entre risas y gestos, tenían esa gracia feliz que es lo último que el actor experto puede capturar: la gracia natural que acompaña a la perfecta inconsciencia de la observación. Moviéndose a su antojo de un teatro a otro, los dos espectadores, tan lejos de casa, tenían algo de nostalgia en sus ojos cuando veían acariciar a un gato, recoger a un niño somnoliento y llevarlo a la cama, o a un hombre cansado estirarse y apagar su pipa en el extremo de un tronco humeante.

Pero era desde una pequeña ventana, con la persiana baja, una mera transparencia blanca en la noche, desde donde palpitaba más la sensación de hogar y del pequeño mundo encerrado entre paredes (el estresante mundo exterior de la Naturaleza excluido y olvidado). Cerca de la persiana blanca colgaba una jaula de pájaros, con una silueta clara, cada alambre, percha y accesorio distinto y reconocible, incluso para el terrón de azúcar sin brillo de ayer. En la percha del medio, el esponjoso ocupante, con la cabeza bien metida entre las plumas, parecía tan cerca de ellos como para poder acariciarlo fácilmente, si lo hubieran intentado; incluso las delicadas puntas de su plumaje regordete se dibujaban claramente en la pantalla iluminada. Mientras miraban, el dormilón se agitó inquieto, se despertó, se sacudió y levantó la cabeza. Pudieron ver la abertura de su pequeño pico mientras bostezaba aburrido, miraba a su alrededor y luego volvía a acomodar la cabeza en el lomo, mientras las plumas erizadas se calmaban gradualmente hasta quedar en perfecta quietud. Entonces, una ráfaga de viento amargo les dio en la nuca, un pequeño agujonazo de aguanieve helada en la piel los despertó como de un sueño, y supieron que tenían los dedos de los pies fríos y las piernas cansadas, y que para llegar a su propio hogar los esperaba un camino fatigoso.

Una vez pasado el pueblo, donde las casitas cesaban bruscamente, a ambos lados de la carretera podían oler de nuevo a través de la oscuridad los campos amistosos; y se prepararon para el último y largo tramo, el tramo

de vuelta a casa, el tramo que sabemos que está destinado a terminar, en algún momento, con el traqueteo de la cerradura de la puerta, la repentina luz del fuego y la visión de cosas familiares que nos saludan como viajeros ausentes desde hace mucho tiempo procedentes de más allá del mar. Avanzaban con paso firme y silencioso, cada uno con sus propios pensamientos. Topo pensaba mucho en la cena, pues estaba oscuro como boca de lobo y, por lo que sabía, era un país extraño para él, y seguía obedientemente la estela de Rata, dejándose guiar por él. En cuanto a Rata, caminaba un poco más adelante, como era su costumbre, con los hombros encorvados y los ojos fijos en la recta carretera gris que tenía delante; así que no se percató de la presencia del pobre Topo cuando, de repente, la llamada lo alcanzó y lo recibió como una descarga eléctrica.

Nosotros, que hace tiempo que hemos perdido los sentidos físicos más sutiles, ni siquiera tenemos términos adecuados para expresar las intercomunicaciones de un animal con su entorno, vivo o no, y sólo tenemos la palabra "olor", por ejemplo, para incluir toda la gama de delicadas emociones que murmuran en la nariz del animal noche y día, llamando, advirtiendo, incitando, repeliendo. Fue una de estas misteriosas llamadas de hadas procedentes del vacío la que de repente llegó a Topo en la oscuridad, haciéndole estremecerse con su atracción tan familiar, aunque todavía no podía recordar claramente de qué se trataba. Se detuvo en seco, y su nariz buscó de un lado a otro en su esfuerzo por

recuperar el fino filamento, la corriente telegráfica que tanto lo había conmovido. Un momento, y lo había atrapado de nuevo; y con él llegó esta vez el recuerdo en toda su plenitud.

¡A casa! Eso era lo que significaban esas caricias, esos suaves toques que flotaban en el aire, esas pequeñas manos invisibles que tiraban y tiraban, ¡todo en una dirección! Porque debía estar muy cerca de él en ese momento, su antiguo hogar, que había abandonado precipitadamente y que nunca había vuelto a buscar, aquel día en que encontró el río por primera vez. Y ahora estaba enviando a sus exploradores y mensajeros para capturarlo y traerlo. Desde su huida aquella luminosa mañana apenas había pensado en ello, tan absorto había estado en su nueva vida, en todos sus placeres, sus sorpresas, sus experiencias frescas y cautivadoras. Ahora, con una ráfaga de viejos recuerdos, ¡qué claro se presentaba ante él en la oscuridad!

Deteriorada, pequeña y mal amueblada, y sin embargo suya, el hogar que había construido para él mismo, el hogar al que tan feliz se había sentido de volver después de su jornada de trabajo. Y el hogar también había sido feliz con él, evidentemente, y lo echaba de menos, y lo quería de vuelta, y se lo decía a través de su nariz, apenado, con reproches, pero sin amargura o ira; sólo con un lastimero recordatorio de que estaba allí, y lo quería.

La llamada era clara, la convocatoria era clara. Debía obedecerla al instante y partir.

—¡Ratita! —gritó lleno de excitación—, ¡espera! ¡Regresa! Ven aquí, ¡rápido!

—Oh, vamos, Topo, ¡Por favor! —respondió Rata alegremente, todavía avanzando.

—Detente, Ratita, por favor —suplicó el pobre Topo angustiado—. ¡No entiendes! Es mi hogar, ¡mi viejo hogar! Acabo de sentir su olor, y está muy cerca de aquí, realmente muy cerca. Y debo ir, ¡debo hacerlo! ¡Oh, vuelve, Ratita! Por favor, regresa.

Para entonces, Rata estaba muy adelante, demasiado lejos para oír claramente lo que decía Topo, demasiado lejos para captar la aguda nota de dolorosa súplica en su voz. Y estaba muy ocupado con el clima, porque él también podía oler algo; algo sospechosamente parecido a la nieve acercándose.

—Topo, no debemos detenernos ahora, de verdad —volvió a gritar—. Mañana iremos a buscarlo, sea lo que sea que hayas encontrado. Pero no me atrevo a parar ahora, es tarde, la nieve está volviendo y no estoy seguro del camino. Y quiero tu nariz, Topo, así que ven rápido, ¡Sé un buen compañero! —y rata siguió su camino sin esperar respuesta.

El pobre Topo se quedó solo en el camino, con el corazón desgarrado y un gran sollozo acumulándose en algún lugar bajo dentro de él, para saltar a la superficie dentro de poco, él lo sabía, en una huida apasionada. Pero incluso bajo una prueba como ésta, su lealtad hacia su amigo se mantuvo firme. Ni por un momento soñó con abandonarlo. Mientras tanto, los aromas de su antiguo hogar le suplicaban, susurraban, conjuraban y finalmente

le reclamaban imperiosamente. No se atrevió a permanecer más tiempo dentro de su círculo mágico. Con un tirón que le desgarró las fibras del corazón, puso la cara en el camino y siguió sumisamente el rastro de Rata, mientras unos olores débiles y finos, que seguían persiguiendo su nariz en retirada, le reprochaban su nueva amistad y su insensible olvido. Con un esfuerzo alcanzó a la desprevenida Rata, que empezó a parlotear alegremente sobre lo que harían cuando volvieran, y lo agradable que sería un fuego de leños en el salón, y la cena que pensaba comer; sin advertir el silencio y el angustioso estado de ánimo de su compañero. Al fin, sin embargo, cuando habían avanzado un trecho considerable y pasaban junto a unos troncos al borde de un bosquecillo que lindaba con el camino, se detuvo y dijo amablemente:

—Mira, Topo, viejo amigo, pareces muerto de cansancio. Ya no hablas, y arrastras los pies como si fueran de plomo. Nos sentaremos aquí un momento a descansar. La nieve ha resistido hasta ahora, y la mejor parte de nuestro viaje ha terminado.

Topo se recostó en el tronco de un árbol y trató de controlarse, pues lo sentía venir. El sollozo con el que había luchado tanto tiempo se negaba a ser vencido. Subió y subió, se abrió paso en el aire, y luego otro, otro, y otros más espesos y rápidos; hasta que el pobre Topo por fin abandonó la lucha, y lloró libre, impotente y abiertamente, ahora que sabía que todo había terminado y que había perdido lo que difícilmente podía decirse que había encontrado.

Rata, asombrada y consternada por la violencia del dolor de Topo, no se atrevió a hablar durante un rato. Por fin dijo, en voz muy baja y con simpatía:

—¿Qué pasa, viejo amigo? ¿Qué te sucede? Cuéntame tu problema y déjame ver qué puedo hacer.

Al pobre Topo le resultaba difícil pronunciar alguna palabra entre las sacudidas de su pecho que se sucedían tan rápidamente y retenía el habla y la ahogaba a medida que llegaba.

—Ya sé que es un... lugar sucio y en mal estado —sollozó al fin, entrecortadamente—, no es como... tus acogedores aposentos... o el hermoso Salón de Sapo... o la gran casa de Tejón... pero era mi pequeño hogar... y le tenía cariño... y me fui y lo olvidé todo... y de pronto lo olí en el camino, cuando te llamé y no me escuchaste, Rata... y todo volvió a mi como una ráfaga... ¡y lo quería! ¡Vaya! Y cuando no quisiste volverte, Ratita... y tuve que dejarlo, aunque no dejaba de olerlo... pensé que se me rompería el corazón. Podríamos haber ido a echarle un vistazo, Ratita... solo un vistazo... estaba cerca... pero no quisiste volverte, Ratita, ¡no quisiste volverte! ¡Oh, cielos!

El recuerdo le trajo nuevas oleadas de dolor, y los sollozos volvieron a apoderarse de él, impidiéndole seguir hablando.

Rata se quedó mirando fijamente delante de él, sin decir nada, sólo palmeando suavemente a Topo en el hombro.

Al cabo de un rato murmuró sombríamente:

—¡Ahora lo veo todo! ¡Qué cerdo he sido! Un cerdo... eso he sido. Un simple cerdo.

Esperó hasta que los sollozos de Topo se hicieron gradualmente menos tempestuosos y más rítmicos; esperó hasta que por fin los olfateos fueron frecuentes y los sollozos sólo intermitentes. Entonces se levantó de su asiento, comentando despreocupadamente:

—Bueno, ahora será mejor que nos pongamos en marcha, viejo amigo —y emprendió de nuevo el camino por la penosa senda por la que habían venido.

—¿Adónde (hip) vas (hip), Ratita? —gritó Topo lloroso, levantando la vista, alarmado.

—Vamos a encontrar esa casa tuya, viejo amigo —respondió Rata amablemente—, así que será mejor que vengas, porque nos llevará un tiempo encontrarla, y necesitaremos tu olfato.

—¡Oh, vuelve, Ratita! —gritó Topo, levantándose y corriendo tras él—. ¡Te digo que no sirve de nada! Es demasiado tarde, y está muy oscuro, y el lugar está demasiado lejos... ¡y la nieve se acerca! Y... y nunca quise que supieras que me sentía así al respecto... fue un accidente y un error. Y piensa en la Orilla del Río, ¡y en tu cena!

—¡Ya deja la Orilla del Río, y la cena también! —dijo Rata de todo corazón—. Te digo que voy a encontrar este lugar, aunque tenga que quedarme fuera toda la noche. Así que ánimo, viejo amigo, y toma mi brazo; muy pronto estaremos de vuelta allí.

Todavía resoplando, suplicando y reacio, Topo se dejó arrastrar de vuelta por el camino por su imperioso compañero, quien por medio de un flujo de charla alegre y anécdotas se esforzó por tranquilizar sus espíritus y

hacer que el cansador camino pareciera más corto. Cuando por fin le pareció a Rata que debían estar acercándose a esa parte del camino donde Topo había sido "retenido", dijo:

—Ahora, basta de hablar. ¡A trabajar! Usa tu nariz, y entrega tu mente a ello.

Avanzaron en silencio un trecho, cuando de pronto Rata fue consciente, a través de su brazo que estaba enlazado con el de Topo, de una tenue especie de estremecimiento eléctrico que recorría el cuerpo de aquel animal. Instantáneamente se separó, retrocedió un paso, y esperó, con toda atención.

¡Las señales estaban llegando!

Topo permaneció rígido un momento, mientras su nariz levantada, temblando ligeramente, palpaba el aire.

Luego, una corta y rápida carrera hacia delante, un fallo, una comprobación, un intento de retroceso, y después un avance lento, firme y confiado.

Rata, muy excitada, se mantuvo pegada a sus talones mientras Topo, con cierto aire de sonámbulo, cruzaba una zanja seca, trepaba por un arbusto y se abría paso por un campo abierto, sin caminos y desnudo a la débil luz de las estrellas.

De repente, sin previo aviso, se zambulló; pero Rata estaba alerta y lo siguió rápidamente por el túnel al que su olfato infalible lo había guiado fielmente.

Era cerrado y sin aire, y el olor terroso era fuerte, y le pareció mucho tiempo a Rata antes de que el pasaje terminara y él pudiera pararse erguido, estirarse y sacudirse. Topo encendió un fósforo, y por su luz Rata

vio que estaban parados en un espacio abierto, prolijamente barrido y apisonado bajo los pies, y directamente frente a ellos estaba la pequeña puerta principal de Topo, con "Ultimo Topo" pintado, en letras Góticas, sobre el tirador de la campana al costado. Topo bajó un farol de un clavo de la pared y lo encendió... y Rata, mirando a su alrededor, vio que estaban en una especie de patio delantero. A un lado de la puerta había un asiento de jardín, y al otro un rodillo; pues Topo, que era un animal ordenado cuando estaba en casa, no soportaba que otros animales pateasen su suelo hasta convertirlo en pequeños corrales que acababan en montones de tierra. De las paredes colgaban cestas de alambre con helechos, alternadas con soportes que llevaban estatuas de yeso de Garibaldi, el niño Samuel, la reina Victoria y otros héroes de la Italia moderna. A un lado del patio había una zona para jugar a los bolos, con bancos y mesitas de madera marcadas con anillos que indicaban jarras de cerveza. En el centro había un pequeño estanque redondo con peces dorados rodeado de un borde de conchas de berberecho. En el centro del estanque se alzaba una fantasiosa figura vestida con más conchas de berberecho y coronada por una gran bola de cristal plateado que reflejaba todo mal y producía un efecto muy agradable.

La cara de Topo brilló al ver todos aquellos objetos tan queridos para él, y Rata se apresuró a cruzar la puerta, encendió una lámpara en el vestíbulo y echó un vistazo a su antiguo hogar. Vio el polvo que lo cubría todo, vio el aspecto triste y abandonado de la casa descuidada

durante tanto tiempo, sus dimensiones estrechas y escasas, su contenido gastado y destartado, y se desplomó de nuevo en un sillón del vestíbulo, con la nariz pegada a las patas.

—¡Oh, Ratita! —exclamó consternado—, ¿por qué lo hice? ¿Por qué te he traído a este pobre y frío lugar, en una noche como esta, cuando podrías estar en la Orilla del Río a estas horas, tostándote los dedos de los pies ante un fuego acogedor, con todas tus cosas bonitas alrededor?

Rata no prestó atención a sus desdichados autorreproches. Corría de aquí para allá, abriendo puertas, inspeccionando habitaciones y armarios, encendiendo lámparas y velas por todas partes.

—¡Qué casita más bonita! —exclamó alegremente—, ¡tan compacta! Tan bien planeada. Todo aquí y todo en su sitio. Pasaremos una noche estupenda. Lo primero que necesitamos es un buen fuego; yo me ocuparé de eso. Siempre sé dónde encontrar las cosas. ¿Así que éste es el salón? ¡Espléndido! ¿Tu propia idea esos troncos para dormir en la pared? ¡Estupendo! Ahora traeré la leña y el carbón, y tú busca un plumero, Topo (encontrarás uno en el bajón de la mesa de la cocina) e intenta arreglar un poco las cosas. ¡Muévete, viejo amigo!

Animado por su inspirador compañero, Topo se levantó, limpió y abrigó con energía y entusiasmo, mientras Rata, corriendo de un lado a otro con brazadas de combustible, pronto tuvo un alegre fuego rugiendo en la chimenea. Llamó al Topo para que viniera a calentarse; pero Topo enseguida tuvo otro ataque de melancolía,

dejándose caer en un sofá con oscura desesperación y enterrando la cara en su plumero.

—¡Rata! —gimió—, ¿qué hay de tu cena, pobre, frío y hambriento animal? No tengo nada para darte... nada... ni una migaja.

—¡Qué tipo eres, cómo te gusta rendirte! —dijo Rata con reproche—. Pues hace un momento he visto claramente un abridor de sardinas en el aparador de la cocina, y todo el mundo sabe que eso significa que hay sardinas en algún lugar de los alrededores. Levántate, recobra la compostura y ven conmigo a buscarlas.

Fueron y rebuscaron en consecuencia, rebuscando en todos los armarios y revolviendo todos los cajones. El resultado no fue tan deprimente después de todo, aunque por supuesto podría haber sido mejor: una lata de sardinas, una caja de galletas de capitán, casi llena, y una salchicha alemana envuelta en papel plateado.

—¡Hay un banquete para ti! —observó Rata, mientras arreglaba la mesa—. Conozco algunos animales que darían sus orejas por sentarse con nosotros a cenar esta noche.

—¡No hay pan! —gimió dolorosamente Topo—, no hay mantequilla, no...

—Ni paté de foie, ni champán —continuó Rata, sonriendo—. Y eso me recuerda: ¿qué es esa puertecita al final del pasillo? Tu sótano, por supuesto. Todo el lujo de esta casa. Espera un momento.

Se dirigió a la puerta del sótano y reapareció, algo polvoriento, con una botella de cerveza en cada pata y otra bajo el brazo.

—Pareces ser un mendigo autoindulgente, Topo —observó—. No te niegues nada. Este es realmente el lugar más divertido donde he estado. ¿De dónde has sacado esas estampas? Hace que el lugar parezca muy hogareño. No me extraña que te guste tanto, Topo. Cuéntame todo sobre él, y cómo llegaste a convertirlo en lo que es. Entonces, mientras Rata se dedicaba a buscar platos, cuchillos y tenedores, y mostaza que mezclaba en una huevera, Topo, con el pecho aún agitado por la tensión de su reciente emoción, relataba, al principio con cierta timidez, pero con más libertad a medida que se iba animando con el tema, cómo se planeó esto, y cómo se pensó aquello, y cómo se consiguió esto gracias a una herencia inesperada de una tía, y aquello fue un hallazgo maravilloso y una ganga, y esto otro se compró con laboriosos ahorros y una cierta cantidad de "privaciones". Con el ánimo por fin restablecido, tuvo que ir a acariciar sus posesiones, coger una lámpara y mostrar sus detalles a su visitante y explayarse sobre ellos, olvidándose por completo de la cena que tanto necesitaban; Rata, que estaba desesperadamente hambrienta, pero se esforzaba por disimularlo, asentía seriamente, examinando con el ceño fruncido y diciendo "maravilloso" y "muy notable" a intervalos, cuando se le daba la oportunidad de hacer una observación. Por fin Rata consiguió atraerlo a la mesa, y acababa de ponerse a trabajar en serio con el abridor de sardinas cuando se oyeron sonidos procedentes del patio delantero exterior, sonidos como el roce de pequeños

pies en la grava y un murmullo confuso de voces diminutas, mientras les llegaban frases entrecortadas: —Ahora, todos en fila... mantén la linterna un poco levantada, Tommy... despejen sus gargantas primero... nada de toser después que yo diga uno, dos, tres... ¿Dónde está el joven Bill? Aquí, vamos, estamos todos esperando...

—¿Qué pasa? —preguntó Rata, pausando sus tareas.

—Creo que deben ser los ratones de campo —respondió Topo, con un toque de orgullo en sus modales—. En esta época del año suelen cantar villancicos. Son toda una institución por estos lados. Y nunca me pasan por alto; vienen a Último Topo al final de todo; y yo solía darles bebidas calientes, y a veces también la cena, cuando podía permitírmelo. Será como en los viejos tiempos volver a oírlos.

—¡Vamos a verlos! —gritó Rata, saltando y corriendo hacia la puerta.

Cuando abrieron la puerta de par en par, se encontraron con un bonito espectáculo. En el patio delantero, iluminado por los tenues rayos de una linterna de cuerno, había unos ocho o diez ratoncitos de campo en semicírculo, con edredones de estambre rojo alrededor de la garganta, las patas delanteras metidas en los bolsillos y los pies sacudiéndose para entrar en



calor. Con ojos brillantes se miraban tímidamente unos a otros, riéndose un poco, olfateando y aplicándose las mangas del abrigo. Al abrirse la puerta, uno de los más viejos, que llevaba la linterna, dijo: "¡Ahora! ¡Uno, dos, tres!", y de inmediato sus vocecitas chillonas se elevaron en el aire, cantando uno de los viejos villancicos que sus antepasados componían en los campos en descanso y sujetos por la escarcha, o cuando estaban atrapados por la nieve en los rincones de las chimeneas, y que se transmitían para ser cantados en la calle cubierta de nieve hasta las ventanas iluminadas por las lámparas en la época de Navidad.

Villancico

Aldeanos todos, esta marea helada,
dejen que sus puertas se abran de par en par.
Aunque el viento sople, y también la nieve,
llévennos junto al fuego a descansar;
¡La alegría será suya por la mañana!

Aquí estamos, en el frío y la aguanieve,
Soplando los dedos y zapateando los pies,
Venimos de muy lejos a saludarte.
Tú junto al fuego y nosotros en la calle...
¡Diciéndote que te alegres por la mañana!

Porque antes de que pase la medianoche,
De repente una estrella nos ha guiado,
lloviendo felicidad y bendición.

Bienaventuranza mañana y más pronto,
¡Alegría para cada mañana!
El buen José se esforzó a través de la nieve...
Vio la estrella sobre un establo bajo;
María tal vez no vaya más lejos,
Bienvenido el techo de paja y la camada de abajo.
¡La alegría era suya por la mañana!

Y entonces oyeron a los ángeles decir
"¿Quiénes fueron los primeros en gritar Navidad?
Animales todos, como sucedió,
en el establo donde vivían.
¡La alegría será suya por la mañana!
Las voces cesaron, los cantantes, tímidos pero
sonrientes, intercambiaron miradas de reojo, y se hizo el
silencio, pero sólo por un momento. Entonces, desde lo
alto y a lo lejos, por el túnel que habían recorrido tan
recientemente, llegó a sus oídos, en un débil zumbido
musical, el sonido de unas campanas lejanas tocando un
repique alegre y sonoro.
—¡Muy bien cantado, niños! —gritó Rata con entusiasmo—.
¡Y ahora entren, todos, y caliéntense junto al fuego y
tomen algo caliente!
—Si, vamos, ratones de campo —gritó Topo con
entusiasmo—. Esto es como en los viejos tiempos. Cierren
la puerta detrás de ustedes. Acérquense al fuego. Ahora,
esperen un minuto mientras nosotros... ¡Oh, Ratita! —
gritó desesperado, echándose sobre un asiento con
lágrimas inminentes—. ¿Qué estamos haciendo? ¡No
tenemos nada para darles!

—Déjame a mi —dijo Rata maestra—. ¡Tú, el de la linterna! Ven por aquí. Quiero hablarte. Ahora, dime, ¿hay alguna tienda abierta a estas horas de la noche?

—Por supuesto, señor —respondió respetuosamente el ratón de campo—. En esta época del año nuestras tiendas permanecen abiertas a toda hora.

—¡Pues mira! —dijo Rata—, vete de una vez, tú y tu linterna, y tráeme...

Aquí siguió mucha conversación murmurada, y Topo sólo oyó trozos de ella, tales como: "Fresco; ¡cuidado! no; una libra de eso bastará; ve a buscar el de Buggins, porque no tendré ningún otro; no, sólo el mejor... si no puedes conseguirlo allí, intenta en algún otro lugar; sí, por supuesto, hecho en casa, nada de cosas enlatadas; bien entonces, ¡haz lo mejor que puedas!" Finalmente, hubo un tintineo de monedas pasando de pata en pata, el ratón de campo recibió una amplia cesta para sus compras, y se apresuró a salir, él y su linterna.

El resto de los ratones de campo, encaramados en fila sobre el banco, balanceando sus pequeñas patas, se entregaron al disfrute del fuego y tostaron sus sabañones hasta que les hormiguearon; mientras Topo, al no conseguir que entablaran una conversación fácil, se sumergió en la historia familiar e hizo que cada uno de ellos recitara los nombres de sus numerosos hermanos, que eran demasiado jóvenes, al parecer, para que se les permitiera salir a cantar villancicos este año, pero que esperaban ganarse muy pronto el consentimiento paterno.

Rata, mientras tanto, estaba ocupada examinando la etiqueta de una de las botellas de cerveza.

—Percibo que esto es Old Burton —comentó con aprobación—. ¡Sensible Topo! ¡Eso es! Ahora podemos beber un poco de cerveza. Prepara las cosas, Topo, mientras saco los corchos.

No se tardó mucho en preparar el brebaje y meter el calentador de lata en el rojo corazón del fuego; y pronto todos los ratones de campo estaban sorbiendo, tosiendo y ahogándose (porque un poco de cerveza caliente hace mucho) y secándose los ojos y riendo y olvidando que habían tenido frío en toda su vida.

—Estos chicos también actúan —le explicó Topo a Rata—. Se inventan obras ellos solos y luego las representan. Y lo hacen muy bien. El año pasado nos representaron una muy buena, sobre un ratón de campo que fue capturado en el mar por un corsario bárbaro y obligado a remar en una galera; y cuando escapó y volvió a casa, su amada se había metido en un convento. ¡Aquí, tú! Tú estuviste en él, lo recuerdo. Levántate y recita un poco. El ratón de campo aludido se levantó sobre sus patas, soltó una risita tímida, miró alrededor de la habitación y se quedó absolutamente mudo. Sus compañeros le animaron, Topo lo alentó y Rata llegó a cogerlo por los hombros y sacudirlo, pero nada pudo vencer su miedo escénico. Estaban todos muy ocupados con él, como aguateros que aplican las normas de la Real Sociedad Humanitaria a un caso de inmersión prolongada, cuando sonó el pestillo, se abrió la puerta y reapareció el ratón

de campo con la linterna, tambaleándose bajo el peso de su cesta.

Una vez que el contenido real y sólido de la cesta se había volcado sobre la mesa, ya no se hablaba más de juegos. Bajo la dirección de Rata, todo el mundo se puso a hacer algo o a buscar algo. En pocos minutos la cena estuvo lista, y Topo, mientras se sentaba a la cabecera de la mesa en una especie de sueño, vio un tablón hasta entonces vacío, repleto de sabrosos manjares; vio las caras de sus amiguitos iluminarse y sonreír mientras se sentaban a la mesa sin demora; y luego se soltó (porque estaba realmente hambriento) sobre la comida tan mágicamente provista, pensando en lo feliz que había resultado, después de todo, su llegada a casa. Mientras comían, hablaron de los viejos tiempos, y los ratones de campo lo pusieron al día con los chismes locales, y respondieron tan bien como pudieron a los cientos de preguntas que tenía para hacerles. Rata dijo poco o nada, sólo se preocupó de que cada invitado tuviera lo que quisiera, y en abundancia, y de que Topo no tuviera problemas ni ansiedad por nada.

Se marcharon al fin, muy agradecidos, con los bolsillos de las chaquetas llenos de recuerdos para sus hermanos pequeños. Cuando la puerta se cerró para el último de ellos y el tintineo de las linternas se apagó, Topo y Rata encendieron el fuego, acercaron sus sillas, se prepararon una última copa de cerveza caliente y comentaron los acontecimientos del largo día. Por fin Rata, con un tremendo bostezo, dijo:

—Topo, viejo amigo, estoy a punto de caerme.

Somnoliento no es la palabra adecuada. ¿Esa es tu litera? Muy bien, entonces, me quedaré con esta. ¡Qué casita más bonita! ¡Todo tan a mano!

Se metió en su litera y se envolvió bien en las mantas, y el sueño lo invadió enseguida, como una hilera de cebada se pliega en los brazos de la segadora.

El cansado Topo también se alegró de acostarse sin demora, y pronto apoyó la cabeza en la almohada, con gran alegría y satisfacción. Pero antes de cerrar sus ojos los dejó vagar por su vieja habitación, dulcificada por el resplandor de la luz del fuego que jugaba o descansaba sobre cosas familiares y amistosas que habían sido durante mucho tiempo inconscientemente parte de él, y ahora lo recibían sonrientes de vuelta, sin rencor. Ahora se encontraba justo en el estado de ánimo que la discreta Rata había trabajado silenciosamente para provocar en él. Veía con claridad lo simple y sencillo, incluso estrecho, que era todo aquello; pero también con claridad lo mucho que significaba para él, y el valor especial de semejante anclaje en la propia existencia. No quería en absoluto abandonar la nueva vida y sus espléndidos espacios, dar la espalda al sol y al aire y a todo lo que le ofrecían y arrastrarse a casa y quedarse allí; el mundo superior era demasiado fuerte, todavía lo llamaba, incluso allí abajo, y sabía que debía volver al escenario más grande. Pero era bueno pensar que tenía esto para volver; este lugar que era todo suyo, estas cosas que se alegraban tanto de verlo

de nuevo y con las que siempre podía contar para la misma sencilla bienvenida.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: Sr. Sapo (6/12)

Era una brillante mañana de principios de verano; el río había recuperado sus riberas y su ritmo acostumbrado, y un sol ardiente parecía tirar de todo lo verde, tupido y espinoso que salía de la tierra hacia él, como si estuviera atado con cuerdas. Topo y Rata de Agua llevaban levantados desde el amanecer, muy ocupados en asuntos relacionados con los barcos y la apertura de la temporada de navegación; pintando y barnizando, arreglando remos, reparando cojines, buscando ganchos perdidos, etc. Y estaban terminando de desayunar en su pequeño salón y discutiendo con entusiasmo sus planes para el día, cuando sonó un fuerte golpe en la puerta. —¡Caramba! —dijo Rata, exageradamente—. Fíjate quién es, Topo, como buen chico, ya que has terminado. Topo fue a atender la llamada, y Rata le oyó lanzar un grito de sorpresa. Entonces abrió la puerta del salón de golpe, y anunció con gran importancia: —¡Señor Tejón!

Era algo maravilloso que Tejón les hiciera una visita formal a ellos, o de hecho a cualquiera. Generalmente había que atraparlo si se lo buscaba mucho, mientras se deslizaba silenciosamente a lo largo de los arbustos por la mañana temprano o al atardecer, o bien atraparlo en

su propia casa en medio del Bosque, lo cual era un compromiso serio.

El Tejón entró pesadamente en la habitación, y se quedó mirando a los dos animales con una expresión llena de seriedad. Rata dejó caer su cuchara sobre el mantel y se quedó boquiabierta.

—¡Ha llegado la hora! —dijo por fin Tejón con gran solemnidad.

—¿Qué hora? —preguntó Rata intranquila, mirando el reloj de la repisa de la chimenea.

—La hora de quién, querrás decir —respondió Tejón—. ¡La hora del Sapo! ¡La hora de Sapo! Dije que me encargaría de él en cuanto el invierno terminara, ¡y hoy me encargaré de él!

—La hora de Sapo, ¡claro! —gritó Topo encantado—. ¡Hurra! ¡Ahora lo recuerdo! Le enseñaremos a ser un Sapo sensato.

—Esta misma mañana —continuó Tejón, sentándose en un sillón—, según me enteré anoche por una fuente confiable, otro nuevo y excepcionalmente potente motor de coche llegará al Salón de Sapo a su aprobación o su regreso. En este mismo momento, tal vez, Sapo esté ocupado vistiéndose con esos atuendos singularmente horribles tan queridos por él, que lo transforman de un Sapo apuesto (comparativamente) en un Objeto que provoca un violento ataque a cualquier animal de mente decente que se cruce con él. Debemos ponernos en marcha antes de que sea tarde. Ustedes dos, animales, me acompañarán ahora mismo al Salón de Sapo, y el trabajo de rescate se llevará a cabo.

—¡Tienes razón! —gritó Rata, poniéndose de pie—. ¡Rescataremos al pobre animal infeliz! ¡Lo transformaremos! Será el Sapo más transformado que haya existido para cuando hayamos terminado con él. Partieron camino arriba en su misión de misericordia, con Tejón a la cabeza. Los animales, cuando están en compañía, caminan de una manera apropiada y sensata, en fila, en lugar de desparramarse por todo el camino y no ser útiles ni apoyarse unos a otros en caso de problemas o peligros repentinos.

Llegaron a la entrada de carruajes del Salón de Sapo y encontraron, como Tejón había anticipado, un reluciente coche nuevo, de gran tamaño, pintado de rojo brillante (el color favorito de Sapo), parado frente a la casa. Cuando se acercaron a la puerta, ésta se abrió de par en par y el señor Sapo, vestido con gafas, gorro, polainas y un enorme abrigo, bajó los escalones pavoneándose y poniéndose los guantes.

—¡Hola! ¡Vamos, amigos! —gritó alegremente al verlos—. Llegan justo a tiempo para venir conmigo a divertirnos, a divertirnos, a divertirnos...

Su sincero acento vaciló y se desvaneció al notar la severa e inflexible mirada de sus silenciosos amigos, y su invitación quedó inconclusa.

El Tejón subió los escalones.

—Llévenlo adentro —dijo severamente a sus compañeros. Luego, mientras Sapo era empujado a través de la puerta, forcejeando y protestando, se volvió hacia el chofer del nuevo coche.

—Me temo que hoy no lo necesitaremos —dijo—. El Señor Sapo ha cambiado de opinión. No necesitará el coche. Por favor, comprenda que esto es definitivo. No necesita esperar —y siguió a los demás al interior y cerró la puerta.

—Ahora bien —le dijo al Sapo, cuando los cuatro estuvieron juntos en el Salón—, antes que nada, ¡quítate estas ridículas cosas!

—¡No! —respondió Sapo, con gran resolución—. ¿Qué significa este grosero atropello? Exijo una explicación inmediata.

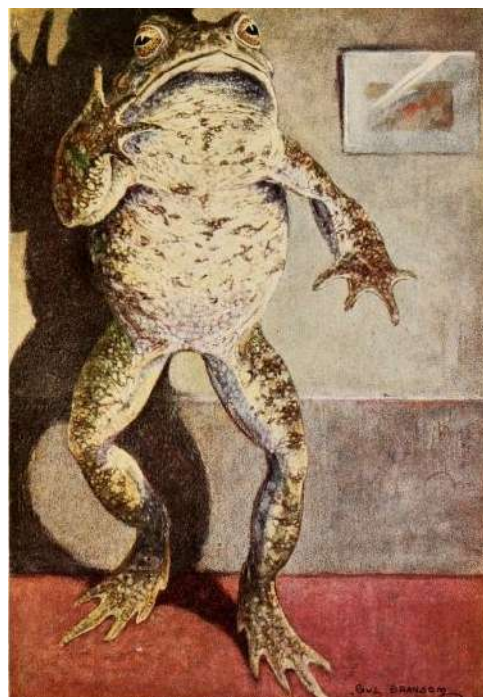
—Quítenselas, entonces, ustedes dos —ordenó brevemente Tejón.

Tuvieron que tumbar a Sapo en el suelo, pataleando y gritando todo tipo de insultos, antes de que pudieran ponerse a trabajar en condiciones. Luego Rata se sentó sobre él, y Topo le fue quitando poco a poco su ropa de conducir, y volvieron a pararlo sobre sus patas. Una buena parte de su espíritu bravucón parecía haberse evaporado con la retirada de su indumentaria. Ahora que no era más que Sapo, y ya no el Terror de la Carretera, se reía débilmente y miraba de uno a otro de manera atrayente, pareciendo comprender la situación.

—Sabías que llegaríamos a esto tarde o temprano, Sapo —explicó Tejón seriamente—. Has hecho caso omiso de todas las advertencias que te hemos dado, has seguido despilfarrando el dinero que te dejó tu padre y estás haciendo que los animales tengamos mala fama en el distrito con tu furiosa forma de conducir, tus choques y tus peleas con la policía. La independencia está muy

bien, pero los animales nunca permitimos que nuestros amigos hagan el ridículo más allá de cierto límite; y tú has llegado a ese límite. Ahora, eres un buen tipo en muchos aspectos, y no quiero ser demasiado duro contigo. Haré un esfuerzo más para que entres en razón. Vendrás conmigo a la sala de fumadores, y allí oirás algunos hechos sobre ti; y veremos si sales de esa sala siendo el mismo Sapo que eras cuando entraste.

Tomó firmemente a Sapo del brazo, lo condujo a la sala de fumadores y cerró la puerta tras ellos.



—¡Eso no es bueno! —dijo Rata despectivamente—. Hablar con Sapo nunca lo curará. Él dirá cualquier cosa.

Se acomodaron en los sillones y esperaron pacientemente. A través de la puerta cerrada apenas podían oír el largo y

continuo zumbido de la voz de Tejón, que subía y bajaba en oleadas de oratoria; y pronto notaron que el sermón comenzaba a ser puntuado a intervalos por largos sollozos, evidentemente provenientes del pecho del Sapo, que era un tipo de corazón blando y afectuoso, muy fácil de convertir (por el momento) a cualquier punto de vista.

Al cabo de unos tres cuartos de hora se abrió la puerta y reapareció Tejón, llevando solemnemente de la pata a

un Sapo muy flácido y abatido. La piel le colgaba flojamente, las patas le flaqueaban y tenía las mejillas surcadas por las lágrimas, tan abundantemente arrancadas por el conmovedor discurso de Tejón.

—Siéntate ahí, Sapo —dijo Tejón amablemente, señalando una silla. Y continuó—. Mis amigos, tengo el agrado de comunicarles que Sapo finalmente ha visto el error de sus caminos. Está realmente arrepentido por su conducta equivocada en el pasado, y se ha comprometido a renunciar a los coches a motor por completo y para siempre. Tengo su promesa solemne a tal efecto.

—Estas son muy buenas noticias —dijo Topo con seriedad.

—Muy buenas noticias en verdad —observó Rata dubitativamente—. Si sólo... si sólo...

Mientras decía esto miraba fijamente a Sapo, y no pudo evitar pensar que percibía algo vagamente parecido a un brillo en los ojos aún apenados de ese animal.

—Sólo queda una cosa más por hacer —continuó Tejón satisfecho—. Sapo, quiero que repitas solemnemente, ante tus amigos, lo que me acabas de confesar en la sala de fumadores. Primero, ¿estás arrepentido de lo que has hecho, y ves la locura de todo eso?

Hubo una pausa muy larga. Sapo miró desesperado a un lado y otro, mientras los animales esperaban en profundo silencio. Por fin habló.

—¡No! —dijo, un poco hosco, pero firme—, no lo lamento. Y no fue una locura en absoluto. ¡Fue simplemente glorioso!

—¿Qué? —gritó Tejón, muy escandalizado—. Animal descarriado, ¿no me dijiste ahí dentro hace un momento...?

—Oh, si, si, ahí dentro —dijo Sapo impaciente—. Habría dicho cualquier cosa ahí dentro, querido Tejón, tan conmovedor, tan convincente, y expones todos tus puntos tan terriblemente bien; puedes hacer lo que quieras conmigo ahí dentro, lo sabes. Pero he estado buscando en mi mente desde entonces, y repasando las cosas en ella, y encuentro que no estoy ni un poco arrepentido realmente, así que no es bueno decir que lo estoy ahora, ¿verdad?

—¿Entonces no prometes no volver a tocar un coche a motor? —preguntó Tejón.

—¡Claro que no! —respondió Sapo enfáticamente—. Por el contrario, prometo fielmente que en el primer coche a motor que vea, ¡pim, pum! me iré en él.

—Te lo dije, ¿verdad? —le dijo Rata a Topo.

—Muy bien, entonces —dijo Tejón con firmeza, poniéndose de pie—. Ya que no cedes a la persuasión, probaremos lo que puede hacer la fuerza. Siempre temí que llegaríamos a esto. A menudo nos has pedido a los tres que viniéramos y nos quedáramos contigo, Sapo, en esta hermosa casa tuya; pues bien, ahora lo haremos. Cuando te hayamos convertido a un punto de vista adecuado podremos dejarlo, pero no antes. Llévenlo arriba, ustedes dos, y enciérrenlo en su dormitorio, mientras arreglamos los asuntos entre nosotros.

—Es por tu propio bien, Sapo, lo sabes —dijo Rata amablemente, mientras Sapo, pataleando y forcejeando,

era arrastrado escaleras arriba por sus dos fieles amigos —. Piensa en lo bien que lo pasaremos todos juntos, como solíamos hacerlo, cuando hayas superado este... ¡doloroso ataque tuyo!

—Cuidaremos de todo por ti hasta que te recuperes, Sapo —dijo Topo—, y nos ocuparemos de que tu dinero no se malgaste, como ha sucedido.

—No más de esos lamentables incidentes con la policía, Sapo —dijo Rata, mientras lo empujaban a su dormitorio.

—Y no más semanas en el hospital, recibiendo órdenes de las enfermeras, Sapo —añadió Topo, girando la llave y volviéndose hacia él.

Bajaron la escalera, Sapo gritándoles insultos a través del ojo de la cerradura; y los tres amigos se reunieron entonces en conferencia sobre la situación.

—Va a ser un asunto tedioso —dijo Tejón, suspirando—. Nunca he visto a Sapo tan determinado. Sin embargo, lo resolveremos. No debemos dejarlo ni un instante sin vigilancia. Tendremos que turnarnos para estar con él, hasta que el veneno haya salido de su sistema.

Organizaron las guardias en consecuencia. Cada animal se turnaba para dormir en la habitación de Sapo por la noche, y se repartían el día. Al principio Sapo fue sin duda muy difícil para sus cuidadosos guardianes. Cuando se apoderaban de él sus violentos ataques, colocaba las sillas de la habitación en forma de coche y se agazapaba en la primera de ellas, inclinado hacia delante y con la mirada fija en el frente, haciendo ruidos groseros y espantosos, hasta alcanzar el clímax, cuando,

dando una voltereta completa, quedaba postrado entre las ruinas de las sillas, aparentemente satisfecho por el momento. Con el paso del tiempo, sin embargo, estos dolorosos ataques se hicieron gradualmente menos frecuentes, y sus amigos se esforzaron por desviar su mente hacia nuevos caminos. Pero su interés por otros asuntos no parecía revivir, y se volvió aparentemente lánguido y deprimido.

Una buena mañana, Rata, a quien le tocaba ir de guardia, subió a relevar al Tejón, a quien encontró inquieto por salir y estirar las piernas en un largo paseo alrededor de su bosque y por sus tierras y madrigueras. —Sapo todavía está en la cama —le dijo a Rata, afuera de la puerta—. No puedo sacarle mucho, excepto “déjame en paz, no quiero nada, tal vez mejore pronto, puede que se me pase con el tiempo, no te preocupes demasiado”, y cosas por el estilo. Ahora, ¡ten cuidado, Rata! Cuando Sapo está tranquilo y sumiso y juega a ser el héroe de un premio de escuela dominical, entonces está en su mejor momento. Seguro que hay algo. Lo conozco. Bueno, debo irme.

—¿Cómo estás hoy, viejo amigo? —preguntó Rata alegremente, cuando se acercó a la cabecera de Sapo. Él tuvo que esperar algunos minutos para una respuesta. Por fin, una voz débil replicó:

—¡Muchas gracias, querida Ratita! ¡Qué bueno que preguntes! Pero primero, ¿cómo estás tú, y el excelente Topo?

—Oh, estamos bien —respondió Rata—. Topo va a salir a dar una vuelta con Tejón. Estarán fuera hasta la hora del

almuerzo, así que tú y yo pasaremos una agradable mañana juntos, y haré todo lo posible para entretenerte. Ahora levántate, buen chico, ¡y no te quedes ahí deprimido en una mañana tan bonita como esta!

—Querida y amable Rata —murmuró Sapo—, ¡qué poco te das cuenta de mi condición, y qué lejos estoy de levantarme ahora, o nunca! Pero no te preocupes por mí. Odio ser una carga para mis amigos, y no espero serlo por mucho tiempo más. De hecho, casi espero que no.

—Bueno, yo también espero que no —dijo la Ratita de todo corazón—. Has sido una gran molestia para nosotros todo este tiempo, y me alegra oír que va a terminar. Y con un clima como este y la temporada de navegación recién comenzada. ¡Qué lástima, Sapo! No son las molestias lo que nos preocupa, pero nos haces perder muchas cosas.

—Me temo que sí son las molestias lo que les molesta —respondió Sapo lánguidamente—. Lo entiendo perfectamente. Es bastante natural. Estás cansado de preocuparte por mí. No debo pedirte que hagas nada más. Soy una molestia, lo sé.

—Lo eres, en efecto —dijo Rata—. Pero te digo que me tomaría todas las molestias del mundo por ti, con tal de que fueras un animal sensato.

—Si pensara eso, Ratita —murmuró Sapo, más débilmente que nunca—, entonces te rogaría, probablemente por última vez, que fueras al pueblo lo más rápido posible, aunque ahora sea demasiado tarde, y trajeras al doctor. Pero no te molestes. Es sólo una molestia, y quizás sea mejor dejar que las cosas sigan su curso.

—¿Para qué quieres un médico? —preguntó Rata, acercándose y examinándolo. Él ciertamente yacía muy quieto y plano, y su voz era más débil, y su manera cambió mucho.

—Seguramente has notado últimamente... —murmuró Sapo—. Pero no... ¿por qué habrías de hacerlo? Notar las cosas es sólo un problema. Mañana, de hecho, te dirás a ti mismo: "Oh, si tan sólo lo hubiera notado antes. Si hubiera hecho algo." Pero no; es una molestia. No importa; olvida que te lo he pedido.

—Mira, viejo —dijo Rata, empezando a alarmarse—, claro que traeré un médico, si de verdad crees que lo necesitas. Pero no puedes estar tan mal como para eso todavía. Hablemos de otra cosa.

—Me temo, querido amigo —dijo Sapo, con una triste sonrisa—, que "hablar" puede hacer poco en casos como este; o los médicos tampoco, en tal caso; aun así, uno debe aferrarse a la más mínima paja. Y, por cierto, ya que estamos (detesto causarle más molestias, pero recuerdo que va a pasar por la puerta), ¿te importaría pedirle al abogado que suba? Sería conveniente para mí, y hay momentos, o quizás deba decir que hay un momento, en que uno debe enfrentarse a tareas desagradables, ¡cueste lo que cueste a la agotada naturaleza!

—¡Un abogado! Oh, debe ser realmente malo —se dijo Rata, asustado, mientras salía apresuradamente de la habitación, sin olvidarse, sin embargo, de cerrar cuidadosamente la puerta tras él.

Afuera, se detuvo a reflexionar. Los otros dos estaban lejos, y no tenía con quién consultarlo.

—Es mejor ir sobre seguro —dijo reflexionando—. He visto a Sapo sentirse terriblemente mal antes, sin la menor razón; ¡pero nunca lo he oído pedir un abogado! Si en realidad no le pasara nada, el médico le dirá que es un viejo tonto y lo animará; y con eso ya habrá ganado algo. Será mejor que le siga la corriente y me vaya; no tardaré mucho —y salió corriendo al pueblo en su misión de misericordia.

Sapo, que había saltado de la cama en cuanto oyó girar la llave en la cerradura, lo observó atentamente desde la ventana hasta que desapareció por el camino de carruajes. Luego, riendo a carcajadas, se vistió lo más rápidamente posible con el traje más elegante que pudo conseguir en ese momento, se llenó los bolsillos de dinero en efectivo que sacó de un pequeño cajón del tocador, y a continuación, anudó las sábanas de su cama y ató un extremo de la cuerda improvisada alrededor del travesaño central de la hermosa ventana Tudor que formaba parte de su dormitorio; y salió, se deslizó suavemente hasta el suelo y, tomando la dirección opuesta a Rata, se marchó alegremente, silbando una alegre melodía.

Fue un almuerzo sombrío para Rata cuando Tejón y Topo por fin regresaron, y tuvo que enfrentarlos en la mesa con su lamentable y poco convincente historia. Los agrios, por no decir brutales, comentarios de Tejón pueden ser imaginados, y por lo tanto pasados por alto; pero fue doloroso para Rata que incluso Topo, aunque se

puso del lado de su amigo tanto como fue posible, no pudo evitar decir:

—¡Has sido un poco tonto esta vez, Ratita! Sapo, también, ¡de todos los animales!

—Lo hizo terriblemente bien —dijo la cabizbaja Ratita.

—¡Te lo hizo terriblemente bien, A TI! —replicó Tejón acaloradamente—. Sin embargo, hablar no arreglará las cosas. Se ha escapado por el momento, eso es seguro; y lo peor de todo es que estará tan engréido con lo que pensará que es su astucia que puede cometer cualquier locura. Un consuelo es que ahora somos libres, y no necesitamos perder más de nuestro precioso tiempo haciendo de guardias. Pero será mejor que sigamos durmiendo en el Salón de Sapo por un tiempo más. Sapo puede volver en cualquier momento, en camilla o entre dos policías.

Así habló Tejón, sin saber lo que le deparaba el futuro, ni cuánta agua, y de carácter turbio, había de correr bajo los puentes antes de que Sapo volviera a sentarse a sus anchas en su ancestral Salón.

Mientras tanto, Sapo, alegre e irresponsable, caminaba a paso ligero por la carretera, a algunos kilómetros de su casa. Al principio había tomado caminos secundarios, cruzado muchos campos y cambiado de rumbo varias veces, por si lo perseguían; pero ahora, sintiéndose ya a salvo de la recaptura, y con el sol sonriéndole brillantemente, y toda la Naturaleza uniéndose en un coro de aprobación a la canción de autoalabanza que su propio corazón le cantaba, casi bailaba por el camino en su satisfacción y engrimiento.

—¡Menudo trabajo! —se dijo riendo entre dientes—. Cerebro contra fuerza bruta; y el cerebro salió vencedor, como debía ser. ¡Pobre Ratita! ¡Vaya! Cuando Tejón vuelva, no entenderá. Un tipo digno, Ratita, con muchas buenas cualidades, pero muy poca inteligencia y absolutamente ninguna educación. Algún día debo ocuparme de él, y ver si puedo hacer algo por él. Lleno de pensamientos engréidos como éstos, caminó con la cabeza en alto hasta que llegó a un pueblecito, donde el letrero de "El León Rojo", que se balanceaba a mitad de la calle principal, le recordó que no había desayunado aquel día y que tenía mucha hambre después de su larga caminata. Entró en la posada, pidió el mejor almuerzo que se le podía proporcionar con tan poca antelación y se sentó a comerlo en la cafetería. Iba por la mitad de la comida cuando un sonido demasiado familiar, que se acercaba por la calle, lo hizo sobresaltar y ponerse a temblar. El tuut-tuut se acercaba cada vez más, se oía el coche que entraba en el patio y se detenía, y Sapo tuvo que agarrarse a la pata de la mesa para disimular su desbordante emoción. En seguida entraron en la cafetería, hambrientos, locuaces y alegres, hablando de sus experiencias de la mañana y de los méritos del coche que tan bien los había llevado. Sapo escuchó ávidamente, todo oídos, durante un rato; al fin no pudo soportarlo más. Salió de la habitación sin hacer ruido, pagó la cuenta en el bar y, en cuanto salió, se dirigió tranquilamente al patio. —No puede haber nada malo en que me limite a mirarlo —se dijo.

El coche estaba en medio del patio, desatendido, ya que los mozos de cuadra y otros sirvientes estaban cenando. Sapo caminó lentamente a su alrededor, inspeccionando, criticando y reflexionando profundamente.

—Me pregunto si este tipo de coche arranca con facilidad —se dijo.

Al momento siguiente, sin saber apenas cómo había ocurrido, se dio cuenta de que había agarrado la manivela y la estaba girando. Al oír el sonido familiar, la vieja pasión se apoderó de Sapo y lo dominó por completo, en cuerpo y alma. Como en un sueño, se encontró, de algún modo, sentado en el asiento del conductor; como en un sueño, tiró de la palanca e hizo girar el coche alrededor del patio y salió por el arco; y, como en un sueño, todo sentido del bien y del mal, todo temor a las consecuencias obvias, pareció temporalmente suspendido. Aumentó el ritmo, y mientras el coche devoraba la calle y saltaba hacia la carretera que atravesaba el campo abierto, sólo era consciente de que era Sapo una vez más, Sapo en su máxima expresión, Sapo el terror, el difusor del tráfico, el Señor del sendero solitario, ante quien todo debe ceder o ser abatido en la nada y la noche eterna. Cantaba mientras volaba, y el coche respondía con un zumbido sonoro; los kilómetros se comían bajo él mientras aceleraba sin saber hacia dónde, cumpliendo con sus instintos, viviendo su hora, sin preocuparse de lo que pudiera sucederle.

—En mi opinión —observó alegremente el Presidente del Tribunal de Magistrados—, la única dificultad que se

presenta en este caso, por lo demás muy claro, es cómo podemos hacer que sea lo suficientemente duro para el incorregible bribón y rufián empedernido que vemos acobardado en el banquillo ante nosotros. Veamos: ha sido declarado culpable, con las pruebas más claras, en primer lugar, de robar un valioso coche de motor; en segundo lugar, de conducir con peligro para el público; y, en tercer lugar, de grave impertinencia hacia la policía rural. Sr. Secretario, ¿podría decirnos, por favor, cuál es la pena más dura que podemos imponer por cada uno de estos delitos? Sin, por supuesto, conceder al preso el beneficio de la duda, porque no hay ninguna

El Secretario se rascó la nariz con el bolígrafo.

—Algunas personas considerarían que robar el coche era el peor delito; y así es. Pero, sin duda, la peor pena es la de ser insolente con la policía, y así debe ser.

Suponiendo que usted dijera doce meses por el robo, lo cual es leve; y tres años por la conducción furiosa, lo cual es indulgente; y quince años por la desfachatez, que fue una desfachatez bastante mala, a juzgar por lo que hemos oído en el estrado, aunque usted sólo crea una décima parte de lo que ha oído, y yo nunca creo más; esas cifras, si se suman correctamente, totalizan diecinueve años... —observó.

—¡De primera! —dijo el Presidente.

—...Así que mejor que sean veinte años redondos para estar seguros —concluyó el Secretario.

—¡Excelente sugerencia! —dijo el Presidente con aprobación—. ¡Prisionero! Contrólese e intente mantenerse erguido. Esta vez te van a caer veinte años.

Y ten en cuenta que, si vuelves a comparecer ante nosotros, bajo cualquier cargo, tendremos que tratarte muy seriamente.

Entonces los brutales secuaces de la ley cayeron sobre el desventurado Sapo; lo cargaron de cadenas y lo arrastraron desde el Palacio de Justicia, chillando, rezando, protestando; a través del mercado, donde el juguetón pueblo, siempre tan severo con el crimen detectado como comprensivo y servicial cuando uno es simplemente "buscado", lo asaltó con abucheos, zanahorias y eslóganes populares; pasó junto a los niños de la escuela, con sus inocentes rostros iluminados por el placer que siempre les produce ver a un caballero en apuros; cruzó el hueco puente levadizo, bajo el puntiagudo rastrillo, bajo el ceñudo arco del viejo y sombrío castillo, cuyas antiguas torres se alzaban en lo alto; pasando por las salas de guardia llenas de soldados sonrientes fuera de servicio, y por centinelas que tosían de una manera horrible y sarcástica, porque eso es lo máximo que un centinela en su puesto se atreve a hacer para mostrar su desprecio y aborrecimiento del crimen; subiendo escaleras de caracol desgastadas por el tiempo, pasando por hombres de armas con casaca y coraza de acero, lanzando miradas amenazadoras a través de sus cascos; atravesaron patios, donde los mastines tiraban de sus correas y lanzaban zarpazos al aire para alcanzarlo; pasaron junto a antiguos guardianes, con sus espadas apoyadas en la pared, dormitando sobre una empanada y una jarra de cerveza negra; siguieron y siguieron, pasaron junto a la cámara de los estantes y la sala de

los tornillos, pasaron junto al desvío que conducía al patíbulo privado, hasta que llegaron a la puerta de la mazmorra más lúgubre que había en el corazón del calabozo más recóndito. Allí se detuvieron por fin, donde un anciano carcelero estaba sentado tocando un manojo de poderosas llaves.

—¡Oddsbodikins! —dijo el sargento de la policía quitándose el casco y secándose la frente—. Despiértate, viejo chiflado, y apodérate de este vil Sapo, un criminal de la más profunda culpabilidad y de una astucia y unos recursos incomparables. Vigílalo y protégelo con toda tu destreza; y fíjate bien, barba gris, que, si algo malo sucede, tu vieja cabeza responderá por la suya, ¡y una reprimenda para ambos!

El carcelero asintió sombríamente, apoyando su marchita mano en el hombro del miserable Sapo. La oxidada llave crujió en la cerradura, la gran puerta sonó tras ellos; y Sapo era un prisionero indefenso en la mazmorra más recóndita del calabozo mejor guardado del castillo más robusto a lo largo y ancho de la alegre Inglaterra.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: El gaitero a las puertas del amanecer (7/12)

El chochín gorjeaba su cancioncita, escondido en la oscura orilla del río. A pesar de que eran más de las diez de la noche, el cielo aún se aferraba y retenía algunas persistentes franjas de luz del día que se había ido; y los sofocantes calores de la tarde se disipaban y se alejaban con el toque dispersor de los frescos dedos de la corta noche de verano. Topo se tendió en la orilla, aún jadeante por la tensión del feroz día que había estado despejado desde el amanecer hasta el atardecer, y esperó el regreso de su amigo. Había estado en el río con algunos compañeros, dejando a Rata de Agua libre para mantener un compromiso de larga data con Nutria; y había regresado para encontrar la casa oscura y desierta, y ninguna señal de Rata, que sin duda estaba trasnochando con su viejo camarada. Todavía hacía demasiado calor para pensar en quedarse adentro, así que se recostó sobre unas frescas hojas de muelle, y pensó en el día pasado y sus acciones, y cuán buenas habían sido todas.

En seguida se oyó el paso ligero de Rata acercándose sobre el césped fresco.

—¡Oh, el bendito frescor! —dijo, y se sentó mirando pensativamente al río, silencioso y preocupado.

—Te quedaste a cenar, ¿verdad? —dijo Topo.

—Simplemente tenía que hacerlo —dijo Rata—. No querían oír hablar de mi marcha antes. Ya sabes lo amables que son siempre. Y me alegraron tanto las cosas como pudieron, hasta que me fui. Pero me sentí como un bruto todo el tiempo, ya que estaba claro que eran muy infelices, aunque trataban de ocultarlo. Topo, me temo que tienen problemas. El pequeño Portly ha vuelto a desaparecer; y ya sabes lo mucho que su padre piensa de él, aunque nadie dice mucho al respecto.

—¿Qué, ese niño? —dijo Topo con ligereza—. Bueno, supongamos que lo es, ¿por qué preocuparse? Siempre se aleja, se pierde y vuelve a aparecer; es muy aventurero. Pero nunca le pasa nada. Todo el mundo por aquí lo conoce y le cae bien, igual que a la vieja Nutria, y puedes estar seguro que algún animal se cruzará con él y lo traerá de vuelta sin problemas. Nosotros mismos lo hemos encontrado, a kilómetros de casa, y muy tranquilo y alegre.

—Si; pero esta vez es más grave —dijo Rata con seriedad—. Lleva desaparecido varios días, y las Nutrias han buscado por todas partes, por arriba y por abajo, sin encontrar el menor rastro. Y también han preguntado a todos los animales en kilómetros a la redonda, y nadie sabe nada de él. Nutria está evidentemente más ansioso de lo que admite. Le saqué que el joven Portly no ha aprendido a nadar muy bien todavía, y puedo ver que está pensando en el dique. Todavía baja mucha agua,

teniendo en cuenta la época del año, y el lugar siempre le ha fascinado al niño. Y luego hay... bueno, trampas y cosas... ya sabes. Nutria no es de los que se ponen nerviosos por un hijo suyo antes de tiempo. Y ahora está nervioso. Cuando me fui, salió conmigo, dijo que quería un poco de aire y habló de estirar las piernas. Pero me di cuenta de que no era eso, así que lo saqué y lo sondeé, y al final se lo saqué todo. Iba a pasar la noche vigilando junto al vado. ¿Conoces el lugar donde solía estar el viejo vado, en los viejos tiempos, antes de que construyeran el puente?

—Lo conozco bien —dijo Topo—. Pero, ¿por qué Nutria iba a elegir vigilar allí?

—Bueno, parece que fue allí donde le dio a Portly su primera lección de natación —continuó Rata—. Desde esa saliente poco profunda y llena de grava cerca de la orilla. Y fue allí donde solía enseñarle a pescar, y allí el joven Portly pescó su primer pez, del que estaba tan orgulloso. Al niño le encantaba el lugar, y Nutria piensa que si volviera vagando desde dondequiera que esté (si es que está en algún sitio a estas horas, pobrecito) podría dirigirse al vado que tanto le gustaba; o si se lo encontrara lo recordaría bien, y se detendría allí a jugar, tal vez. Así que Nutria va allí todas las noches y vigila, por si acaso, ya sabes, ¡por si acaso!

Permanecieron en silencio durante un rato, los dos pensando en lo mismo: el animal solitario y dolorido, agazapado junto al vado, observando y esperando, durante toda la larga noche, la oportunidad.

—Bueno, bueno, supongo que deberíamos estar pensando en regresar —dijo Rata, pero nunca se ofreció a moverse.

—Rata —dijo Topo—, no puedo simplemente acostarme e irme a dormir, sin hacer nada, aunque pareciera no haber nada que hacer. Sacaremos el barco y remaremos río arriba. La luna saldrá dentro de una hora más o menos, y entonces buscaremos tan bien como podamos; de cualquier modo, será mejor que irse a la cama y no hacer nada.

—Justo lo que estaba pensando —dijo Rata—. De todos modos, no es noche para acostarse; y el amanecer no está tan lejos, y entonces podemos recolectar algunas noticias de él de los madrugadores a medida que avanzamos.

Sacaron la embarcación, y Rata tomó los remos, remando con precaución. En medio de la corriente, había un camino claro y estrecho que reflejaba débilmente el cielo; pero dondequiera que las sombras cayeran sobre el agua desde la orilla, arbusto, o árbol, eran tan sólidas en apariencia como las orillas mismas, y Topo tuvo que timonear con juicio en consecuencia. Oscura y desierta como estaba, la noche estaba llena de pequeños ruidos, canciones, charlas y murmullos, que hablaban de la ajetreada población que estaba en pie, ejerciendo sus oficios y vocaciones durante la noche hasta que el sol cayera sobre ellos y los enviara a su merecido descanso. Los propios ruidos del agua eran también más evidentes que de día, sus gorgoteos y "glup" más inesperados y cercanos; y constantemente se sobresaltaban ante lo que

parecía una repentina y clara llamada de una voz articulada.

La línea del horizonte era clara y dura contra el cielo, y en un cuarto en particular se mostraba negra contra una fosforescencia plateada ascendente que crecía y crecía. Por fin, sobre el borde de la tierra que esperaba, la luna se elevó con lenta majestuosidad hasta alejarse del horizonte y cabalgar, libre de amarras; y una vez más empezaron a ver superficies: praderas extensas y jardines tranquilos, y el río mismo de orilla a orilla, todo suavemente revelado, todo limpio de misterio y terror, todo radiante de nuevo como de día, pero con una diferencia que era tremenda. Sus antiguas moradas los saludaban de nuevo con otros ropajes, como si se hubiesen escabullido y se hubiesen puesto esta nueva vestimenta pura y hubiesen regresado silenciosamente, sonriendo mientras esperaban tímidamente a ver si se los reconocía de nuevo bajo ella.

Sujetando su barca a un sauce, los amigos desembarcaron en este reino silencioso y plateado, y exploraron pacientemente los arbustos, los árboles huecos, los canales y sus pequeñas alcantarillas, las zanjas y las vías de agua secas. Embarcando de nuevo y cruzando al otro lado, remontaron el arroyo de esta manera, mientras la luna, serena y desprendida en un cielo sin nubes, hacía lo que podía, aunque tan lejos, para ayudarles en su búsqueda; hasta que llegó su hora y se hundió en la tierra de mala gana, y los dejó, y el misterio volvió a sostener el campo y el río.

Entonces empezó a manifestarse lentamente un cambio. El horizonte se hizo más claro, el campo y los árboles aparecieron más a la vista, y de alguna manera con un aspecto diferente; el misterio comenzó a desaparecer de ellos. Un pájaro gorjeó de repente, y se quedó quieto; y se levantó una ligera brisa que hizo crujir los juncos y las cañas. Rata, que estaba en la popa de la embarcación mientras Topo remaba, se incorporó de pronto y escuchó con apasionada atención. Topo, que con suaves golpes mantenía la barca en movimiento mientras observaba las orillas con cuidado, lo miró con curiosidad. —¡Se ha ido! —suspiró Rata, hundiéndose de nuevo en su asiento—. Tan hermoso, extraño y nuevo. Como iba a terminar tan pronto, casi desearía no haberlo oído nunca. Porque ha despertado en mí un anhelo que es dolor, y nada parece valer más que oír ese sonido una vez más y seguir escuchándolo para siempre. ¡No! ¡Ahí está otra vez! —gritó, alerta de nuevo. Embelesado, permaneció largo rato en silencio, hechizado. —Ahora pasa y empiezo a perderlo —dijo en seguida—. ¡Oh, Topo! ¡Qué belleza! El burbujeo alegre y la alegría, la llamada fina, clara y feliz del gorjeo lejano. Nunca soñé con una música semejante, y la llamada es más fuerte que la dulzura de la música. ¡Rema, Topo! ¡Rema! Porque la música y la llamada deben ser para nosotros. Topo, muy asombrado, obedeció. —Yo no oigo nada —dijo—, salvo el viento que toca las cañas, los juncos y los mimbres. Rata nunca contestó, si es que lo oyó. Arrebolado, transportado, tembloroso, fue poseído en todos sus

sentidos por esta nueva cosa divina que atrapó su alma indefensa y la columpió y columpió, un niño impotente pero feliz, en un fuerte agarre sostenedor.

Topo remó con firmeza en silencio, y pronto llegaron a un punto donde el río se dividía, un largo remanso que se bifurcaba a un lado. Con un leve movimiento de cabeza Rata, que había dejado caer los cabos del timón, indicó al remero que tomara el remanso. La sigilosa marea de luz ganaba y ganaba, y ahora podían ver el color de las flores que adornaban la orilla del agua.

—Más claro y más cerca aún —gritó Rata alegremente—.

¡Ahora seguro que lo oyes! Ah, por fin veo que lo haces.

Sin aliento y paralizado, Topo dejó de remar cuando la líquida corriente de aquella alegre música de flautas irrumpió en él como una ola, lo atrapó y lo poseyó por completo. Vio las lágrimas en las mejillas de su camarada, inclinó la cabeza y comprendió. Durante un rato permanecieron allí, rozados por lo púrpura de la maleza que bordeaba la orilla; entonces la clara e imperiosa llamada que marchaba a la par con la embriagadora melodía impuso su voluntad sobre Topo, y mecánicamente se inclinó de nuevo hacia sus remos. La luz se hacía cada vez más intensa, pero los pájaros no cantaban como solían hacerlo al acercarse el alba; y a no ser por la música celestial, todo estaba maravillosamente quieto.

A ambos lados de ellos, a medida que avanzaban, la rica hierba de la pradera parecía aquella mañana de una frescura y un verdor insuperables. Nunca habían visto las rosas tan vivas, la hierba del sauce tan exuberante,

la dulzura de la pradera tan olorosa y penetrante. Entonces el murmullo de la presa que se aproximaba comenzó a invadir el aire, y sintieron la conciencia de que se acercaban al final, cualquiera que fuese, que seguramente aguardaba a su expedición.

El gran dique, un amplio semicírculo de espuma, luces centelleantes y brillantes hombros de agua verde, cerraba el remanso de orilla a orilla, alborotaba toda la tranquila superficie con remolinos y brotes de espuma flotante, y acallaba todos los demás sonidos con su solemne y tranquilizador estruendo. En el centro de la corriente, abrazada por la brillante extensión de la presa, yacía anclada una pequeña isla, rodeada de sauces, abedules plateados y alisos. Reservada, tímida, pero llena de significado, ocultaba lo que pudiera contener tras un velo, guardándolo hasta que llegara la hora y, con la hora, aquellos que habían sido llamados y elegidos.

Lentamente, pero sin ninguna duda o vacilación, y en una especie de solemne expectación, los dos animales atravesaron las tumultuosas aguas y atracaron su barca en la florida orilla de la isla. Desembarcaron en silencio y se abrieron paso a través de las flores, la hierba perfumada y la maleza que conducía a la llanura, hasta que llegaron a un pequeño prado de un verde maravilloso, rodeado de árboles de huerta propios de la naturaleza: manzanos, cerezos silvestres y endrinos. —Este es el lugar de la canción de mi sueño, el lugar donde la música me tocó —susurró Rata, como en trance

—. ¡Aquí, en este lugar sagrado, aquí si en alguna parte, seguramente lo encontraremos!

De pronto, Topo sintió que se apoderaba de él un gran temor, un temor que hizo que sus músculos se volvieran agua, inclinó la cabeza y clavó los pies en el suelo. No era pánico, de hecho, se sentía maravillosamente en paz y feliz, sino que era un temor que lo golpeaba y lo retenía y, sin ver, sabía que sólo podía significar que alguna augusta Presencia estaba muy, muy cerca. Con dificultad se volvió para buscar a su amigo y lo vio a su lado acobardado, conmovido y temblando violentamente. Y seguía reinando un silencio absoluto en las pobladas ramas acechadas por los pájaros que los rodeaban; y la luz seguía creciendo y creciendo.

Tal vez nunca se habría atrevido a alzar los ojos, pero, aunque el sonido de los gritos se había callado, la llamada y la citación parecían aún dominantes e imperiosos. No podría negarse, si la misma Muerte estuviera esperándolo para golpearlo al instante, una vez que hubiera mirado con ojos mortales las cosas que correctamente se mantenían ocultas. Temblando, obedeció y levantó su humilde cabeza; y entonces, en aquella claridad absoluta del inminente amanecer, mientras la Naturaleza, enrojecida por la plenitud de un color increíble, parecía contener la respiración por el acontecimiento, miró a los propios ojos del Amigo y Auxiliador; vio la curvatura de los cuernos hacia atrás, brillando en la creciente luz del día; vio la nariz severa y ganchuda entre los ojos bondadosos que los miraban con humor, mientras la boca barbuda esbozaba una

media sonrisa en las comisuras; vio los músculos ondulantes del brazo que cruzaba el ancho pecho, la larga y flexible mano que aún sujetaba la flauta de pan, apenas separada de los labios entreabiertos; vio las espléndidas curvas de los peludos miembros dispuestos con majestuosa soltura sobre el césped; vio, por último, acurrucada entre sus pezuñas, durmiendo profundamente en completa paz y satisfacción, la pequeña, redonda, rechoncha e infantil forma de la cría de nutria. Todo esto lo vio, por un momento sin aliento e intenso, vívido en el cielo de la mañana; y aun así, mientras miraba, vivía; y aun así, mientras vivía, se maravillaba.

—¡Rata! —encontró aliento para susurrar, temblando —
¿Tienes miedo?

—¿Miedo? —murmuró Rata, con sus ojos brillando con un amor indecible—. ¡Miedo! ¿De él?

Oh, nunca, ¡nunca! Y sin embargo...
sin embargo... Oh, Topo, ¡tengo
miedo!

Entonces los dos animales,
agachados en la tierra, inclinaron la
cabeza e hicieron adoración.

Súbito y magnífico, el ancho disco
dorado del sol se mostró sobre el
horizonte frente a ellos; y los
primeros rayos, disparados a través
de las llanas praderas de agua,
recibieron a los animales de lleno en los ojos y los



deslumbraron. Cuando pudieron volver a mirar, la visión se había desvanecido y en el aire se oía el canto de los pájaros que saludaban el amanecer.

Mientras miraban sin comprender, en una muda miseria que se profundizaba a medida que se daban cuenta lentamente de todo lo que habían visto y todo lo que habían perdido, una pequeña brisa caprichosa, danzando desde la superficie del agua, agitó los álamos, sacudió las rosas cubiertas de rocío y sopló ligera y acariciadoramente en sus rostros; y con su suave toque llegó el olvido instantáneo. Pues éste es el último y mejor don que el bondadoso semidiós se preocupa de conceder a aquellos a quienes se ha revelado en su ayuda: el don del olvido. No sea que el horrible recuerdo permanezca y crezca, y ensombrezca la alegría y el placer, y el gran recuerdo inquietante estropee todas las vidas posteriores de los animalitos ayudados a salir de las dificultades, para que sean felices y despreocupados como antes.

Topo se frotó los ojos y miró fijamente a Rata, que miraba a su alrededor extrañado.

—¿Qué has dicho, Rata? —preguntó.

—Creo que sólo comentaba —dijo Rata lentamente—, que éste era el lugar adecuado, y que aquí, si en algún sitio, lo encontraríamos. Y mira. Ahí está, el pequeñín —y con un grito de alegría corrió hacia el dormido Portly.

Pero Topo se detuvo un momento, pensativo. Como quien se despierta repentinamente de un hermoso sueño, lucha por recordarlo y no puede captar nada más que una vaga sensación de su belleza, ¡de su belleza! Hasta que

eso también se desvanece a su vez, y el soñador acepta amargamente el duro y frío despertar y todas sus penalidades; así Topo, después de luchar con su memoria durante un breve tiempo, sacudió tristemente la cabeza y siguió a Rata.

Portly se despertó con un chillido de alegría y se retorció de placer al ver a los amigos de su padre, que tantas veces habían jugado con él en días anteriores. En un momento, sin embargo, su cara se quedó en blanco, y se puso a dar vueltas en círculo con gemidos suplicantes. Como un niño que se ha dormido felizmente en los brazos de su niñera, y al despertar se encuentra solo y acostado en un lugar extraño, y busca en rincones y armarios, y corre de habitación en habitación, con la desesperación creciendo silenciosamente en su corazón, así Portly buscó y buscó en la isla, tenaz e incansablemente, hasta que por fin llegó el negro momento de darse por vencido, y sentarse y llorar amargamente.

Topo corrió rápidamente a consolar al animalito; pero Rata, demorándose, miró larga y dudosamente ciertas marcas de pezuñas en lo profundo de la hierba.

—Algún gran animal ha estado aquí —murmuró lenta y pensativamente; y se quedó pensando y pensando con la mente extrañamente agitada.

—¡Ven, Rata! —gritó Topo—. Piensa en la pobre Nutria, esperando allá junto al vado.

Portly no tardó en consolarse con la promesa de un regalo: un paseo por el río en el bote de verdad del señor Rata; y los dos animales lo condujeron a la orilla

del agua, lo colocaron firmemente entre ellos en el fondo del bote y remaron por el remanso. El sol ya había salido del todo y calentaba sobre ellos; los pájaros cantaban con fuerza y sin freno, y las flores sonreían y asentían desde ambas orillas, pero de algún modo, así pensaban los animales, con menos riqueza y resplandor de color de lo que parecían recordar haber visto recientemente en alguna parte; se preguntaban dónde. Alcanzado de nuevo el río principal, dirigieron el bote río arriba, hacia el punto donde sabían que su amigo mantenía su solitaria vigilia. Al acercarse al familiar vado, Topo llevó el bote a la orilla, sacaron a Portly y lo pusieron sobre sus patas en el camino de tierra, le dieron sus órdenes de marcha y una amistosa palmada de despedida en la espalda, y lo empujaron a mitad de la corriente. Observaron al animalito mientras avanzaba por el sendero contento y con importancia; lo observaron hasta que vieron que su hocico se levantaba de repente y su caminar se convertía en una torpe caminata mientras aceleraba el paso con agudos quejidos y gestos de reconocimiento. Mirando río arriba, pudieron ver a Nutria levantarse, tensa y rígida, de los bajos donde se agazapaba en muda paciencia, y pudieron oír su ladrido asombrado y alegre mientras saltaba a través de los mimbreros hacia el sendero. Entonces Topo, con un fuerte tirón de un remo, hizo girar el bote y dejó que la corriente los llevara de nuevo a donde quisiera, con su búsqueda felizmente terminada.

—Me siento extrañamente cansado, Rata —dijo Topo, inclinándose cansadamente sobre sus remos mientras el

bote iba a la deriva—. Dirás que es por estar despiertos toda la noche, pero eso no es nada. Hacemos lo mismo la mitad de las noches de la semana, en esta época del año. No; me siento como si hubiera pasado por algo muy emocionante y bastante terrible, y acabara de terminar; y sin embargo no ha ocurrido nada en particular.

—Oh, algo muy sorprendente, espléndido y hermoso —murmuró Rata, recostándose y cerrando los ojos—. Me siento igual que tú, Topo; simplemente muerto de cansancio, aunque no de cansancio corporal. Es una suerte que el arroyo nos lleve a casa. ¡Qué alegría volver a sentir el sol calentándonos hasta los huesos! Y escucha el viento tocando en las cañas.

—Es como la música, música lejana —dijo Topo cabeceando somnoliento.

—Eso estaba pensando —murmuró Rata, soñadora y lánguida—. Música de baile, del tipo cadencioso que corre sin parar, pero también con palabras; pasa por las palabras y vuelve a salir de ellas; las capto a intervalos; luego vuelve a ser música de baile, y después nada más que el suave y fino susurro de las cañas.

—Tú oyes mejor que yo —dijo Topo con tristeza—. Yo no capto las palabras.

—Déjame intentar dártelas —dijo Rata suavemente, con los ojos aún cerrados—. Ahora se está convirtiendo en palabras de nuevo, débiles pero claras: para que el temor no se apodere de ti; y convierta tu diversión en inquietud; mirarás mi poder en la hora de la ayuda; ¡pero luego olvidarás! Ahora las cañas las recogen. Olvida, olvida, suspiran, y se apaga en un crujido y un

susurro. Entonces la voz regresa... No sea que los miembros se enrojeczan y se rasguen; salto la trampa tendida; mientras suelto la trampa, puedes verme allí; ¡porque seguro que lo olvidarás! Rema más cerca, Topo, ¡más cerca de los juncos! Es difícil de captar, y cada minuto es más débil. Ayudante y sanador, ánimo; pequeños vagabundos en el bosque húmedo; en él encuentro extraviados, en él atiendo heridas; ¡Que se olviden todos! ¡Más cerca, Topo! No, no sirve de nada; la canción se ha apagado en el habla de la caña.

—Pero, ¿qué significan las palabras? —preguntó Topo asombrado.

—Eso no lo sé —dijo simplemente Rata—. Te las transmití tal como me llegaron. Ahora vuelven de nuevo, ¡y esta vez completas y claras! Esta vez, por fin, es lo real, lo inconfundible, lo simple, apasionado, perfecto.

—Bueno, pues vamos a tenerlo —dijo Topo después de haber esperado pacientemente unos minutos, medio dormido bajo el sol ardiente.

Pero no hubo respuesta. Miró y comprendió el silencio. Con una sonrisa de mucha felicidad en la cara, y todavía algo de una mirada de escucha, Rata, cansado, estaba profundamente dormida.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: Las aventuras de Sapo (8/12)

Cuando Sapo se encontró inmerso en un calabozo húmedo y ruidoso, y supo que toda la sombría oscuridad de una fortaleza medieval se interponía entre él y el mundo exterior de sol y carreteras bien asfaltadas donde últimamente había sido tan feliz, divirtiéndose como si hubiera comprado todas las carreteras de Inglaterra, se arrojó de lleno al suelo, derramó amargas lágrimas y se abandonó a una oscura desesperación. —Este es el fin de todo —dijo—, al menos es el fin de la carrera de Sapo, que es lo mismo; Sapo popular y apuesto, rico y hospitalario; ¡Sapo tan libre, descuidado y desenvuelto! ¿Cómo puedo esperar que me dejen libre otra vez? Que me hayan encarcelado tan justamente por robar un coche tan bonito de una manera tan audaz, y por una desfachatez tan escabrosa e imaginativa, otorgada a tal número de policías gordos y con la cara roja —sus sollozos lo ahogaron—. Estúpido animal que fui, ahora debo languidecer en este calabozo, hasta que la gente que se enorgullecía de decir que me conocía haya olvidado el mismísimo nombre de Sapo. ¡Oh, viejo Tejón sabio! ¡Astuta e inteligente Rata y sensato Topo! Qué juicios tan acertados, qué conocimiento de los hombres y de los asuntos poseen. Sapo infeliz y abandonado.

Con lamentos como estos pasó los días y las noches durante varias semanas, negándose a comer o a tomar ligeros refrigerios intermedios, aunque el sombrío y anciano carcelero, sabiendo que los bolsillos de Sapo estaban bien llenos, le indicaba con frecuencia que muchas comodidades, e incluso lujos, podían ser enviados desde el exterior, a un precio convenido.

El carcelero tenía una hija, una muchacha agradable y de buen corazón, que ayudaba a su padre en las tareas más livianas de su puesto. Era particularmente aficionada a los animales y, además de su canario, cuya jaula colgaba de un clavo en la maciza pared de la torre durante el día, para gran disgusto de los prisioneros que disfrutaban de una siesta después de la cena, y que por la noche estaba envuelta en un tapete sobre la mesa del salón, tenía varios ratones pálidos y una inquieta ardilla. Esta muchacha de buen corazón, compadeciéndose de la miseria de Sapo, dijo un día a su padre:

—¡Padre! No soporto ver a ese pobre animal tan infeliz y tan flaco. Deja que yo me ocupe de él. Sabes cuánto me gustan los animales. Haré que coma de mi mano, que se siente y que haga todo tipo de cosas.

Su padre le contestó que podía hacer con él lo que quisiera. Estaba cansado de Sapo, de sus berrinches, de sus aires y de su mezquindad. Así que ese día fue en su misión de misericordia, y llamó a la puerta de la celda de Sapo.

—Anímate, Sapo —le dijo, persuasiva, al entrar—, siéntate, sécate los ojos y sé un animal sensato. Y trata de comer

un poco. Mira, te he traído un poco de comida, ¡caliente del horno!

Era de col y papas, entre dos platos, y su fragancia llenaba la estrecha celda. El penetrante olor de la col llegó a la nariz de Sapo mientras yacía postrado en su miseria en el suelo, y le hizo pensar por un momento que tal vez la vida no era algo tan vacío y desesperado como había imaginado. Pero seguía gimiendo, pataleando y negándose a que lo consolaran. Así que la sabia muchacha se retiró por un momento, pero, por supuesto, una buena cantidad de olor a col caliente se quedó atrás, como suele suceder, y Sapo, entre sus sollozos, olfateó y reflexionó, y poco a poco comenzó a tener nuevos e inspiradores pensamientos: de caballería, poesía y hazañas aún por hacer; de amplios prados y ganado pastando en ellos, rastrillados por el sol y el viento; de huertas y rectos cercados de hierbas y cálidas bocas de dragón acosados por las abejas; y del reconfortante tintineo de los platos puestos sobre la mesa en el Salón de Sapo, y el roce de las patas de las sillas en el suelo cuando cada uno se acercaba a su plato. El aire de la estrecha celda adquirió un tinte rosado; empezó a pensar en sus amigos, y en cómo seguramente podrían hacer algo; en los abogados, y en cómo habrían disfrutado con su caso, y en lo imbécil que había sido al no haber conseguido unos cuantos; y, por último, pensó en su propia gran astucia e ingenio, y en todo lo que era capaz de hacer si tan sólo pusiera su gran mente en ello; y la curación fue casi completa.

Cuando la muchacha regresó, algunas horas más tarde, llevaba una bandeja con una taza de aromático té humeante y un plato lleno de tostadas con mantequilla muy calientes, cortadas gruesas, muy doradas por ambos lados, con la mantequilla corriendo por los agujeros en grandes gotas doradas, como la miel del panal. El olor de aquellas tostadas con mantequilla simplemente le hablaba a Sapo, y no con voz insegura; le hablaba de cocinas cálidas, de desayunos en mañanas brillantes y heladas, de acogedoras chimeneas de salón en las tardes de invierno, cuando uno había terminado su excursión y tenía los pies resbaladizos apoyados en el guardabarros; del ronroneo de gatos satisfechos y del gorjeo de canarios soñolientos. Sapo volvió a sentarse, se secó los ojos, bebió un sorbo de té y comió una tostada, y pronto empezó a hablar libremente de sí mismo, de la casa en que vivía y de lo que hacía allí, de lo importante que era y de lo mucho que sus amigos pensaban de él.

La hija del carcelero vio que el tema le estaba sentando tan bien como el té, y así fue, y le animó a continuar.

—Háblame del Salón de Sapo —dijo—, suena precioso.

—Salón de Sapo —dijo Sapo orgullosamente—, es una residencia independiente para caballeros, única en su género; data en parte del siglo XIV, pero está repleta de todas las comodidades modernas. Saneamiento actualizado. A cinco minutos de la iglesia, la oficina de correos y los campos de golf, adecuada para...

—Bendito sea el animal —dijo la chica, riendo—, no te creo. Cuéntame algo de verdad. Pero primero espera que te traiga más té y tostadas.

Ella se alejó a los tropezones, y al poco rato regresó con una nueva bandeja; y Sapo, zampándose la tostada con avidez, con el ánimo bastante restablecido a su nivel habitual, le habló del cobertizo para botes, y del estanque para peces, y del viejo huerto amurallado; y de las pocilgas, de los establos, del palomar y del gallinero; y sobre la lechería, el lavadero, los armarios de porcelana y las prensas de lino (le gustaba especialmente esa parte); y sobre el salón de banquetes y lo bien que se lo pasaban allí cuando los otros animales estaban reunidos alrededor de la mesa y Sapo estaba en su mejor momento, cantando canciones, contando historias, en general. Luego quiso saber de sus amigos los animales y se interesó mucho por todo lo que él le contaba sobre ellos, cómo vivían y qué hacían para pasar el tiempo. Por supuesto, no le dijo que le gustaban los animales como mascotas, porque sabía que Sapo se ofendería mucho. Cuando ella le dio las buenas noches, después de haberle llenado la jarra de agua y sacudido la paja, Sapo volvió a ser el mismo animal sanguíneo y satisfecho de sí mismo de antes. Cantó una o dos canciones, como las que solía cantar en sus cenas, se acurrucó en la paja y tuvo una excelente noche de descanso y los sueños más placenteros.

Después de eso tuvieron muchas charlas interesantes, a medida que pasaban los monótonos días; y la hija del carcelero se compadeció mucho de Sapo, y pensó que era una gran vergüenza que un pobre animalito estuviera encerrado en prisión por lo que a ella le parecía un delito muy trivial. Sapo, por supuesto, en su

vanidad, pensó que el interés de ella por él procedía de una creciente ternura; y no pudo evitar lamentar a medias que el abismo social entre ellos fuera tan grande, porque ella era una muchacha atractiva y evidentemente lo admiraba mucho.

Una mañana, la muchacha estaba muy pensativa y contestaba al azar, y a Sapo le parecía que no prestaba la debida atención a sus ocurrentes dichos y chispeantes comentarios.

—Sapo —dijo ella—, escucha, por favor. Tengo una tía que es lavandera.

—Bueno, bueno —dijo Sapo amable y afablemente—, no importa; no pienses más en eso. Tengo varias tías que deberían ser lavanderas.

—Cállate un momento, Sapo —dijo la muchacha—. Hablas demasiado, ese es tu principal defecto, y yo estoy intentando pensar y me haces daño a la cabeza. Como te decía, tengo una tía que es lavandera; ella lava la ropa de todos los prisioneros de este castillo; tratamos de mantener en la familia cualquier negocio remunerado de ese tipo, como comprenderás. Saca la ropa los lunes por la mañana y la trae los viernes por la tarde. Esto es un jueves. Esto es lo que se me ocurre: tú eres muy rico, al menos siempre me lo dices, y ella es muy pobre. Unas pocas libras no harían ninguna diferencia para ti, y significarían mucho para ella. Ahora bien, creo que si se la abordara adecuadamente (justamente, creo que esa es la palabra que usan ustedes los animales), podrías llegar a algún arreglo por el cual ella te dejara su vestido y su bonete y demás, y tú podrías escapar del

castillo como la lavandera oficial. Son muy parecidos en muchos aspectos, sobre todo en la figura.

—No lo somos —dijo Sapo con enfado—. Tengo una figura muy elegante... para lo que soy.

—También la tiene mi tía —contestó la muchacha—, para lo que es. Pero como quieras. Animal horrible, orgulloso y desagradecido. ¡cuando siento piedad por ti e intento ayudarte!

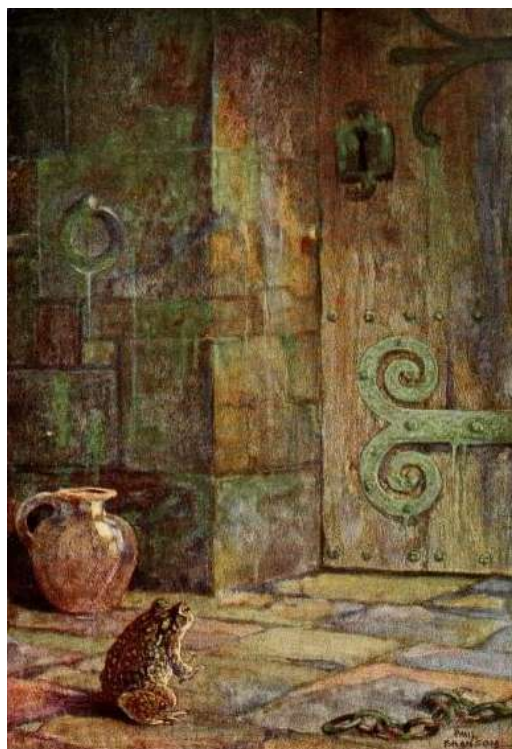
—Si, si, está bien; muchas gracias —se apresuró a decir Sapo—. Pero, ¡mira! No querrás que el Señor Sapo de Salón de Sapo vaya por el país disfrazado de lavandera.

—Entonces puedes quedarte aquí como Sapo —respondió la muchacha con mucho ánimo—. ¡Supongo que quieres irte en un coche de cuatro plazas!

El honrado Sapo siempre estaba dispuesto a reconocer que estaba equivocado.

—Eres una buena chica, amable e inteligente —dijo—, y yo soy un Sapo orgulloso y estúpido. Preséntame a tu digna tía, si eres tan amable, y no dudo de que la excelente dama y yo podremos llegar a un acuerdo satisfactorio para ambas partes.

A la noche siguiente, la muchacha hizo pasar a su tía a la celda de Sapo, llevando su ropa de la semana



prendida en una toalla. La anciana había sido preparada de antemano para la entrevista, y la vista de ciertos soberanos de oro que Sapo había colocado cuidadosamente sobre la mesa a la vista de todos, prácticamente completó el asunto y dejó poco más que discutir. A cambio de su dinero, Sapo recibió una bata de algodón estampado, un delantal, un chal y una cofia negra ajada; la única condición que puso la anciana fue que la amordazasen, la atasen y la dejaran tirada en un rincón. Con este artificio poco convincente, explicó, ayudada por la pintoresca ficción que ella misma podía proporcionar, esperaba conservar su situación, a pesar de la sospechosa apariencia de las cosas.

Sapo estaba encantado con la sugerencia. Le permitiría salir de la prisión con cierto estilo y con su reputación de tipo desesperado y peligroso intacta; y no dudó en ayudar a la hija del carcelero a hacer que su tía pareciese, en la medida de lo posible, víctima de circunstancias sobre las que no tenía ningún control.

—Ahora es tu turno, Sapo —dijo la muchacha—. Quítate ese abrigo y ese chaleco; ya estás bastante gordo. Temblando de risa, procedió a "engancharle" la bata de algodón estampado, le arregló el chal con un pliegue profesional y le ató los cordones de la oxidada cofia bajo la barbilla.

—Eres la viva imagen de ella —se rio—, sólo que estoy segura de que nunca antes habías tenido un aspecto tan respetable en toda tu vida. Ahora, adiós Sapo, y buena suerte. Vete derecho por donde has venido; y si alguien te dice algo, como probablemente lo harán, siendo

hombres, puedes replicar un poco, por supuesto, pero recuerda que eres una mujer viuda, completamente sola en el mundo, con un carácter que perder.

Con el corazón tembloroso, pero pisando tan firmemente como pudo, Sapo se puso en marcha con cautela en lo que parecía ser un compromiso de lo más arriesgado y descabellado; pero pronto se sorprendió gratamente al descubrir lo fácil que le resultaba todo, y se sintió un poco humillado al pensar que tanto su popularidad como el sexo que parecía inspirarlo eran en realidad los de otra persona. La figura en cucullas de la lavandera, con su familiar estampado de algodón, parecía un pasaporte para cada puerta atrancada y cada sombrío portal; incluso cuando dudaba, inseguro sobre el giro correcto que debía tomar, se encontraba con que el guardián de la puerta contigua, ansioso por irse a tomar el té, le ayudaba a salir de su dificultad, invitándole a que se acercara rápidamente y no le hiciera esperar allí toda la noche. La cháchara y las burlas humorísticas de que era objeto, y a las que, por supuesto, tenía que dar pronta y eficaz respuesta, constituían, de hecho, su principal peligro; porque Sapo era un animal con un fuerte sentido de su propia dignidad, y la cháchara era en su mayor parte (pensaba él) pobre y torpe, y el humor de las burlas totalmente inexistente. Sin embargo, mantuvo la compostura, aunque con gran dificultad, adaptó sus réplicas a su compañía y a su supuesto carácter, e hizo todo lo posible por no sobrepasar los límites del buen gusto.

Le parecieron horas antes de cruzar el último patio, rechazar las apremiantes invitaciones del último guardián y esquivar los brazos extendidos del último celador, suplicando con simulada pasión un solo abrazo de despedida. Pero, al fin, oyó el chasquido de la compuerta de la gran puerta exterior a sus espaldas, sintió el aire fresco del mundo exterior en su frente ansiosa, ¡y supo que era libre!

Mareado por el fácil éxito de su atrevida hazaña, caminó rápidamente hacia las luces de la ciudad, sin saber en absoluto lo que debía hacer a continuación, sólo muy seguro de una cosa, que debía alejarse lo más rápidamente posible del barrio donde la dama que se veía obligado a representar era un personaje tan conocido y tan popular.

Mientras caminaba, pensativo, le llamaron la atención unas luces rojas y verdes un poco alejadas, a un lado de la ciudad, y le llegó al oído el sonido de resoplidos de motores y golpeteo de raíles desviados.

—¡Ajá! —pensó—. ¡Qué suerte! Una estación de ferrocarril es lo que más deseo en todo el mundo en este momento; y, mejor aún, no necesito atravesar la ciudad para conseguirla, y no tendré que apoyar a este humillante personaje con réplicas que, aunque completamente efectivas, no ayudan al sentido del respeto propio.

Se dirigió a la estación, consultó el horario y descubrió que dentro de media hora salía un tren más o menos en dirección a su casa.

—¡Más suerte! —dijo Sapo, con el ánimo por las nubes, y se dirigió a la oficina de reservas para comprar su boleto.

Dio el nombre de la estación que sabía más cercana a la aldea de la que Salón de Sapo era el rasgo principal, y mecánicamente puso sus dedos, en busca del dinero necesario, donde debería haber estado el bolsillo de su chaleco. Pero aquí intervino la bata de algodón, que noblemente había estado a su lado hasta entonces, y que él había olvidado, frustrando sus esfuerzos. En una especie de pesadilla, luchó con aquella extraña cosa que parecía sujetarle las manos, convertir en agua todos sus esfuerzos musculares y reírse de él todo el tiempo, mientras otros viajeros, formados en fila detrás de él, esperaban con impaciencia, haciendo sugerencias más o menos valiosas y comentarios más o menos rigurosos y acertados. Por fin, de alguna manera, nunca supo bien cómo, traspasó las barreras, alcanzó la meta, llegó al lugar donde se encuentran eternamente todos los bolsillos de los chalecos, y se encontró, no sólo sin dinero, sino sin bolsillo donde guardarlo, ¡y sin chaleco donde guardar el bolsillo!

Para su horror, recordó que se había dejado en la celda el abrigo y el chaleco, y con ellos la cartera, el dinero, las llaves, el reloj, las cerillas, el estuche... todo lo que hace que la vida merezca la pena, todo lo que distingue al animal de muchos bolsillos, el señor de la creación, de las producciones inferiores de uno o ningún bolsillo que saltan o tropiezan permisivamente, sin estar equipadas para la verdadera lucha.

En su desdicha, hizo un esfuerzo desesperado por llevárselo por delante y, volviendo a sus antiguos modales, una mezcla de terrateniente y universitario, dijo:

—Mira, me he dejado el monedero. Deme ese billete, ¿quiere? Yo mañana le enviaré el dinero. Soy muy conocido por aquí.

El empleado lo miró fijamente a él y a la ajada gorra negra un momento, y luego se echó a reír.

—Pensaba que era usted muy conocido por estos lados — dijo —, si ha probado este juego a menudo. Apártese de la ventanilla, por favor, señora; ¡está estorbando a los demás pasajeros!

Un viejo caballero que lo había estado pinchando por la espalda durante unos momentos lo apartó de un empujón y, lo que era peor, se dirigió a él como “mi buena mujer”, lo que enfureció a Sapo más que cualquier otra cosa que hubiera ocurrido aquella noche. Desconcertado y lleno de desesperación, vagó a ciegas por el andén donde estaba parado el tren, y las lágrimas le resbalaban por cada lado de la nariz. Era duro, pensó, estar a la vista de la seguridad y casi de casa, y verse desanimado por la falta de unos miserables chelines y por la mezquina desconfianza de los empleados. Muy pronto se descubriría su fuga, se iniciaría la caza, sería apresado, ultrajado, cargado de cadenas, arrastrado de nuevo a la prisión y a pan y agua y paja; sus guardias y penas se duplicarían; y ¡oh, qué comentarios sarcásticos haría la muchacha! ¿Qué hacer? No era rápido de pies; su figura era

desgraciadamente reconocible. ¿No podría meterse bajo el asiento de un carruaje? Había visto este método adoptado por colegiales, cuando el dinero para el viaje proporcionado por los atentos padres había sido desviado a otros y mejores fines. Mientras reflexionaba, se encontró frente a la locomotora, que estaba siendo engrasada, limpiada y, en general, acariciada por su afectuoso conductor, un hombre corpulento con una aceitera en una mano y un trozo de desecho de algodón en la otra.

—¡Hola, madre! —dijo el maquinista—. ¿Cuál es el problema? No pareces particularmente alegre.

—¡Oh, señor! —dijo Sapo, llorando de nuevo—. Soy una pobre e infeliz lavandera, y he perdido todo mi dinero y no puedo pagar el boleto; y tengo que llegar a casa esta noche de alguna manera y no sé lo que voy a hacer.

¡Oh, cielos!

—Es un mal asunto —dijo el maquinista reflexivamente—. ¿Perdiste tu dinero, no puedes volver a casa, y además tienes algunos niños esperándote, me atrevo a decir?

—Los que sean —sollozó Sapo—. Y estarán hambrientos, jugando con fósforos y rompiendo lámparas, ¡pequeños inocentes! Y peleando y haciendo de todo en general.

¡Oh, cielos!

—Bueno, te diré lo que haré —dijo el buen maquinista—. Eres una lavandera para tu oficio, dices. Muy bien, eso es todo. Y yo soy maquinista, como bien puede ver, y no se puede negar que es un trabajo terriblemente sucio. Consume muchas camisas, hasta que mi señora se cansa de lavarlas. Si me lavas algunas camisas cuando llegues

a casa y me las envías, te llevaré en mi máquina. Va en contra de las normas de la compañía, pero no somos tan exigentes en estos lugares.

La desdicha del Sapo se transformó en éxtasis cuando subió ansiosamente a la cabina de la locomotora. Por supuesto, nunca había lavado una camisa en su vida, y no podría, aunque lo intentara. Y, de todos modos, no iba a empezar; pero pensó:

“Cuando llegue sano y salvo a Salón de Sapo, y vuelva a tener dinero, y bolsillos donde guardarlo, le enviaré al maquinista lo suficiente para pagar una buena cantidad de ropa lavada, y eso será lo mismo, o mejor”.

El guarda agitó su bandera de partida, el maquinista silbó en alegre respuesta, y el tren salió de la estación. A medida que aumentaba la velocidad, y Sapo podía ver a ambos lados de él campos reales, árboles, arbustos, vacas y caballos, todos volando junto a él, y mientras pensaba cómo cada minuto lo acercaba más a Salón de Sapo, a amigos comprensivos y dinero para hacer chirriar en su bolsillo, y una cama blanda para dormir, cosas buenas para comer, y alabanzas y admiración por el relato de sus aventuras y su astucia, empezó a dar saltitos y a gritar y a cantar fragmentos de canciones, para gran asombro del maquinista, que ya se había encontrado antes con lavanderas, a intervalos largos, pero nunca con una como aquélla.

Habían recorrido muchas millas y Sapo estaba ya pensando en lo que iba a cenar en cuanto llegase a casa, cuando se dio cuenta de que el maquinista, con una expresión de perplejidad en el rostro, estaba inclinado

sobre el costado de la locomotora y escuchaba atentamente. Luego lo vio subirse a las brasas y mirar por encima del tren; después regresó y le dijo a Sapo: —Es muy extraño; somos el último tren que circula en esta dirección esta noche, ¡y sin embargo juraría haber oído que otro nos seguía!

Sapo cesó de inmediato sus frívolas payasadas. Se volvió grave y deprimido, y un dolor sordo en la parte inferior de la columna vertebral, que se comunicaba con las piernas, le hizo querer sentarse y tratar desesperadamente de no pensar en todas las posibilidades.

Para entonces, la luna brillaba intensamente y el maquinista, apoyado en el carbón, podía ver la línea que tenían detrás a gran distancia.

De pronto gritó:

—¡Ahora lo veo claramente! Es una locomotora, sobre nuestros rieles, que viene a gran velocidad. Parece como si nos persiguiera.

El miserable Sapo, agazapado en el polvo de carbón, se esforzaba por pensar en algo que hacer, con triste falta de éxito.

—¡Nos están alcanzando rápidamente! —gritó el maquinista. Y la locomotora está atestada de gente de lo más extraña. Hombres como antiguos guardias, agitando alabardas; policías con sus cascos, agitando porras; y hombres mal vestidos con sombreros, detectives de paisano obvios e inconfundibles incluso a esta distancia, agitando revólveres y bastones; todos agitando, y todos gritando lo mismo:

—¡Alto! ¡Alto! ¡Alto!

Entonces Sapo cayó de rodillas entre las brasas y, levantando las patas juntas en señal de súplica, gritó:

—¡Sálveme! ¡Sólo sálveme, querido y amable señor maquinista, y lo confesaré todo! ¡No soy la simple lavandera que parezco ser! No tengo hijos que me esperen, inocentes o no. Soy un sapo, el conocido y popular señor Sapo, un terrateniente; acabo de escapar, por mi gran audacia y astucia, de una repugnante prisión a la que me habían arrojado mis enemigos; y si esos tipos de esa locomotora me vuelven a capturar, ¡habrá cadenas y pan, agua, paja y miseria una vez más para el pobre, infeliz e inocente Sapo!

El maquinista lo miró con severidad y dijo:

—Dígame la verdad, ¿por qué lo metieron en la cárcel?

—No fue gran cosa —dijo el pobre Sapo, coloreándose profundamente—. Sólo tomé prestado un coche mientras los dueños estaban almorzando; no lo necesitaban en ese momento. No era mi intención robarlo, en realidad; pero la gente, especialmente los magistrados, tiene una opinión muy dura de las acciones irreflexivas y altaneras.

El maquinista lo miró con severidad y dijo:

—Me temo que ha sido un sapo malvado, y por derecho debería entregarte a la justicia. Pero es evidente que está usted en graves apuros, así que no lo abandonaré. No me gustan los coches de motor, por un lado; y no me gusta que la policía me dé órdenes cuando voy en mi propio tren, por otro. Y ver a un animal llorando siempre me hace sentir raro y blando de corazón. ¡Así que

anímate, Sapo! Haré lo que pueda, ¡y puede que les ganemos!

Amontonaron más carbón, paleando furiosamente; el horno rugía, las chispas saltaban, el motor saltaba y se balanceaba, pero sus perseguidores seguían avanzando lentamente. El maquinista, con un suspiro, se secó la frente con un puñado de algodón y dijo:

—Me temo que no sirve de nada, Sapo. Verás, van ligeros y tienen el mejor motor. Sólo nos queda una cosa por hacer, y es tu única oportunidad, así que presta mucha atención a lo que te digo. A poca distancia delante de nosotros hay un largo túnel, y al otro lado de él la línea pasa a través de un espeso bosque. Ahora, voy a poner toda la velocidad que pueda mientras atravesamos el túnel, pero los otros compañeros reducirán un poco la marcha, naturalmente, por miedo a un accidente. Cuando hayamos pasado, cortaré el vapor y frenaré tan fuerte como pueda, y en el momento en que sea seguro hacerlo debes saltar y esconderte en el bosque, antes de que pasen por el túnel y te vean. Entonces volveré a ir a toda velocidad, y podrán perseguirme si quieren, todo el tiempo que quieran, y tan lejos como quieran. ¡Ahora presta atención y prepárate para saltar cuando te lo diga!

Amontonaron más carbón, y el tren se metió en el túnel y la locomotora corrió y rugió y traqueteó, hasta que por fin salieron disparados al otro extremo, al aire fresco y a la pacífica luz de la luna, y vieron el bosque oscuro y servicial a ambos lados de la línea. El maquinista cortó el vapor y puso los frenos, sapo bajó al

escalón, y cuando el tren aminoró la marcha hasta casi caminar, oyó que el maquinista gritaba:

—¡Ahora, salta!

Sapo saltó, rodó por un corto terraplén, se levantó ileso, se metió en el bosque y se escondió.

Al asomarse, vio que su tren recuperaba velocidad y desaparecía a gran velocidad. Entonces salió del túnel la locomotora perseguidora, rugiendo y silbando, con su variada tripulación agitando sus diversas armas y gritando:

—¡Alto! ¡Alto! ¡Alto!

Cuando pasaron, sapo soltó una carcajada, por primera vez desde que lo habían metido en la cárcel.

Pero pronto dejó de reír cuando se dio cuenta de que ya era muy tarde, estaba oscuro y hacía frío, y él se encontraba en un bosque desconocido, sin dinero y sin posibilidad de cenar, y aún lejos de sus amigos y de su hogar; el silencio sepulcral de todo, después del estruendo y el traqueteo del tren, era algo así como un shock. No se atrevía a abandonar el abrigo de los árboles, así que se internó en el bosque con la idea de dejar atrás el ferrocarril en la medida de lo posible.

Después de tantas semanas entre muros, el bosque le resultaba extraño y poco amistoso, e inclinado, pensaba, a burlarse de él. Las chotacabras, con su traqueteo mecánico, le hicieron pensar que el bosque estaba lleno de guardianes que le acechaban. Un búho, acercándose a él en picada y sin hacer ruido, le rozó el hombro con el ala, haciéndole saltar con la horrible certeza de que se trataba de una mano; luego se alejó volando, como

una polilla, riendo en voz baja, lo que a Sapo le pareció de muy mal gusto. Una vez se encontró con un zorro, que se detuvo, lo miró de arriba abajo con aire sarcástico y le dijo:

—¡Hola, lavandera! Esta semana me han faltado medio par de calcetines y una funda de almohada. Ten cuidado de que no vuelva a ocurrir —y se marchó riéndose a carcajadas.

Sapo buscó a su alrededor una piedra para arrojársela, pero no logró encontrar ninguna, lo que lo irritó más que nada. Finalmente, con frío, hambre y cansancio, buscó el refugio de un árbol hueco, donde con ramas y hojas muertas se hizo una cama lo más cómoda que pudo, y durmió profundamente hasta la mañana siguiente.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: Todos los caminantes (9/12)

Rata de Agua estaba inquieta, y no sabía exactamente por qué. A todas luces, el esplendor del verano seguía en su apogeo, y aunque en las tierras labradas el verde había dado paso al oro, aunque los serbales estaban enrojeciendo y los bosques se veían salpicados aquí y allá de una fiereza leonada, la luz, el calor y el color seguían presentes en la misma medida, limpios de cualquier fría premonición del año que pasaba. Pero el coro constante de los huertos y los setos se había reducido a un canto casual de vísperas de unos pocos intérpretes que aún no se habían cansado; el petirrojo empezaba a imponerse una vez más; y había en el aire una sensación de cambio y partida. El cuco, por supuesto, hacía tiempo que estaba en silencio; pero muchos otros amigos emplumados, durante meses parte del paisaje familiar y de su pequeña sociedad, también faltaban y parecía que las filas disminuían día a día. Rata, siempre observadora de todo movimiento alado, vio que éste tomaba cada día una tendencia hacia el sur; e incluso mientras yacía en la cama por la noche creyó distinguir, pasando en la oscuridad sobre su cabeza, el latido y el temblor de las impacientes alas, obedientes a la imperiosa llamada.

El Gran Hotel de la Naturaleza tiene su temporada, como los demás. A medida que los huéspedes, uno a uno, hacen las maletas, pagan y se marchan, y los asientos en la mesa de huéspedes se reducen lastimosamente en cada comida; a medida que se cierran las habitaciones, se retiran las alfombras y se despide a los camareros; los huéspedes que se quedan en pensión hasta la reapertura completa del año siguiente, no pueden evitar sentirse algo afectados por todas estas despedidas, esta ansiosa discusión de planes, rutas y nuevos alojamientos, esta reducción diaria en la corriente de camaradería. Uno se siente inquieto, deprimido e inclinado a la queja. ¿Por qué estas ansias de cambio? ¿Por qué no quedarse aquí tranquilamente, como nosotros, y estar alegres? No conocen este hotel fuera de temporada, y qué bien nos la pasamos entre nosotros, los que nos quedamos y vemos pasar todo el interesante año. "Todo muy cierto, sin duda", responden siempre los demás; "los envidiamos bastante, y algún otro año tal vez, pero ahora mismo tenemos compromisos", y ahí está el autobús en la puerta; "¡se nos acaba el tiempo!". Así que se marchan, con una sonrisa y una inclinación de cabeza, y nosotros los echamos de menos y nos sentimos resentidos. Rata era un tipo de animal autosuficiente, arraigado a la tierra, y, fuera quien fuera, él se quedaba; aun así, no podía evitar notar lo que había en el aire, y sentir algo de su influencia en sus huesos.

Era difícil dedicarse a algo en serio, con tanto parloteo. Dejando la orilla del agua, donde los juncos se erguían espesos y altos en un arroyo que se estaba volviendo

lento y bajo, vagó por el campo, cruzó uno o dos campos de pastos que ya parecían polvorientos y resecos, y se adentró en el gran mar de trigo amarillo, ondulado y murmurante, lleno de silenciosos movimientos y pequeños susurros. A menudo le gustaba pasear por allí, por el bosque de tallos tiesos y fuertes que llevaban su propio cielo dorado por encima de su cabeza, un cielo que siempre bailaba, brillaba, hablaba suavemente, o se mecía con fuerza al paso del viento y se recuperaba con una sacudida y una risa alegre. Aquí también tenía muchos pequeños amigos, una sociedad completa en sí misma, que llevaba una vida plena y ajetreada, pero que siempre tenía un momento libre para chismorrear e intercambiar noticias con un visitante. Hoy, sin embargo, aunque se mostraban civilizados, los ratones del campo y de la cosecha parecían preocupados. Muchos cavaban y cavaban túneles afanosamente; otros, reunidos en pequeños grupos, examinaban planos y dibujos de pequeños pisos, declarados deseables y compactos, y situados convenientemente cerca de los Almacenes. Algunos sacaban baúles y cestos polvorientos, otros ya estaban metidos hasta los codos en el embalaje de sus pertenencias, mientras por todas partes se amontonaban bultos y fardos de trigo, avena, cebada, madera de haya y nueces, listos para ser transportados.

—¡Aquí está el viejo Ratita! —gritaron en cuanto lo vieron —. Ven a echar una mano, Rata, ¡y no te quedes sin hacer nada!

—¿Qué clase de juegos están tramando? —dijo Rata de Agua severamente—. ¡Saben que aún no es tiempo de pensar en cuarteles de invierno, ni mucho menos!

—Oh, sí, lo sabemos —explicó un ratón de campo bastante avergonzado—, pero siempre es mejor llegar a tiempo, ¿no? Tenemos que sacar todos los muebles, el equipaje y las provisiones de aquí antes de que esas horribles máquinas empiecen a dar vueltas por los campos; y luego, ya sabes, los mejores pisos se recogen muy de prisa hoy en día, y si llegas tarde tienes que aguantarte con cualquier cosa; y, además, hay que arreglarlos mucho antes de que estén en condiciones de ser habitados. Por supuesto, llegamos pronto, lo sabemos; pero apenas estamos empezando.

—Oh, molestos comienzos —dijo Rata—. Es un día espléndido. Vengan a remar, o a pasear por los arbustos, o a hacer un picnic en el bosque, o algo.

—Bueno, creo que hoy no, gracias —respondió apresuradamente el ratón de campo—. Quizás otro día, cuando tengamos más tiempo...

Rata, con un resoplido de desprecio, giró para irse, tropezó con una sombrerera, y cayó, con comentarios indignos.

—Si la gente fuera más cuidadosa —dijo el ratón de campo con cierta rigidez—, y mirara por dónde va, no se haría daño ni se olvidaría de sí misma. ¡Cuidado con lo que haces, Rata! Será mejor que te sientes en algún sitio. Dentro de una hora o dos estaremos más libres para atenderte.

—No estarán “libres”, como tú lo llamas, mucho antes de Navidad, ya lo veo —replicó Rata malhumorada, mientras salía del campo.

Regresó algo abatido a su río, su viejo río, fiel y constante, que nunca hacía las maletas, ni revoloteaba, ni se iba a invernar.

Entre los mimbres que bordeaban la orilla vio una golondrina sentada. En seguida se le unió otra, y luego una tercera; y los pájaros, agitándose inquietos en su rama, hablaban entre sí con seriedad y en voz baja.

—¿Qué, ya? —dijo Rata, acercándose a ellos—. ¿Por qué tanta prisa? Me parece simplemente ridículo.

—Oh, no partiremos aun, si eso es lo que quieres decir —respondió la primera golondrina—. Sólo estamos haciendo planes y arreglando las cosas. Hablándolo, ya sabes; qué ruta tomaremos este año, dónde nos detendremos, etcétera. Esa es la mitad de la diversión.

—¿Divertido? —dijo Rata—. Eso es justo lo que no entiendo. Si tienen que dejar este agradable lugar, y a sus amigos, que los echarán de menos, y a sus acogedoras casas en las que acaban de instalarse, cuando llegue la hora no dudo que se irán con valentía, y enfrentarán todos los problemas e incomodidades, cambios y novedades, y harán creer que no son infelices. Pero querer hablar de ello, o incluso pensar en ello, hasta que realmente lo necesiten...

—No, no lo entiendes, naturalmente —dijo la segunda golondrina—. Primero lo sentimos agitarse dentro nuestro, una dulce inquietud; luego vuelven los recuerdos uno a uno, como palomas mensajeras. Revolotean en

nuestros sueños por la noche, vuelan con nosotros en nuestras vueltas y revoloteos durante el día. Tenemos hambre de preguntarnos unos a otros, de comparar notas y asegurarnos de que todo fue realmente cierto, a medida que uno a uno los olores, los sonidos y los nombres de lugares olvidados hace mucho tiempo, regresan gradualmente y nos hacen señas.

—¿No podrían parar sólo por este año? —sugirió Rata de Agua con nostalgia—. Haremos todo lo posible para que se sientan como en casa. No tiene idea de lo bien que la pasamos aquí, mientras ustedes están lejos.

—Un año intenté “parar” —dijo la tercera golondrina—. Me había encariñado tanto con el lugar que cuando llegó el momento me quedé atrás y dejé que las otras siguieran sin mí. Durante unas semanas todo fue bastante bien, pero después, ¡oh, la fatigosa duración de las noches! Los días temblorosos y sin sol. El aire tan húmedo y frío, ¡y ni un solo insecto en un solo kilómetro de tierra! No, no sirvió de nada; mi valor se vino abajo, y una noche fría y tormentosa levanté el vuelo, volando tierra adentro a causa de los fuertes vendavales del este. Nevaba con fuerza mientras atravesaba los pasos de las grandes montañas, y tuve que librar una dura batalla; pero nunca olvidaré la dichosa sensación del sol caliente de nuevo sobre mi espalda mientras descendía a toda velocidad hacia los lagos que yacían tan azules y plácidos bajo mis pies, ¡y el sabor de mi primer insecto gordo! El pasado era como un mal sueño; el futuro eran felices vacaciones mientras avanzaba hacia el sur, semana tras semana, con facilidad, perezosamente,

demorándome tanto como me atrevía, ¡pero siempre atendiendo a la llamada! No, ya había tenido mi advertencia; nunca más pensé en desobedecer.

—Ah, sí, la llamada del Sur, ¡del Sur! —gorjearon soñadoramente los otros dos—. ¡Sus canciones, sus matices, su aire radiante! Oh, recuerdas... —y olvidando a Rata, se deslizaron en apasionadas remembranzas, mientras él escuchaba fascinado, y su corazón ardía en su interior. También dentro de sí sabía que por fin vibraba aquella cuerda hasta entonces dormida e insospechada. El mero parloteo de estos pájaros del sur, sus informes pálidos y de segunda mano, tenían aún el poder de despertar esta nueva sensación salvaje y estremecerlo por completo con ella; ¿qué haría en él un momento de lo real, un toque apasionado del verdadero sol del sur, una bocanada del auténtico olor? Con los ojos cerrados se atrevió a soñar un momento en pleno abandono, y cuando volvió a mirar el río le pareció acerado y frío, los verdes campos, grises y sin luz. Entonces su corazón leal pareció gritar a su yo más débil por su traición.

—¿Por qué vuelven, entonces? —preguntó celosamente a las golondrinas—. ¿Qué es lo que los atrae de este pobre y monótono país?

—¿Y crees —dijo la primera golondrina—, que la otra llamada no es también para nosotros, a su debido tiempo? ¿La llamada de la exuberante hierba de los prados, de los huertos húmedos, de los estanques cálidos y acechados por los insectos, del ganado pastando, de la

henificación y de todas las construcciones agrícolas que se agrupan en torno a la Casa del Alero perfecto?

—¿Supones —preguntó la segunda—, que eres el único ser vivo que ansía con hambre volver a oír el canto del cuco?

—A su debido tiempo —dijo la tercera—, volveremos a sentir nostalgia de hogar por los tranquilos lirios de agua que se mecen en la superficie de un arroyo inglés. Pero hoy todo eso parece pálido, débil y muy lejano. Ahora nuestra sangre baila otra música.

Volvieron a parlotear entre ellos, y esta vez su embriagador parloteo hablaba de mares violáceos, arenas morenas y muros embrujados por lagartos. Inquieta, Rata se alejó una vez más, subió la pendiente que se elevaba suavemente desde la orilla norte del río, y se quedó mirando hacia el gran anillo de las Dunas que le impedían la visión más al sur: su simple horizonte hasta entonces, sus Montañas de la Luna, su límite detrás del cual no había nada que le importara ver o conocer. Hoy, cuando miraba hacia el sur con una necesidad recién nacida agitándose en su corazón, el cielo despejado sobre su larga y baja silueta parecía palpitar con promesas; hoy, lo invisible lo era todo, lo desconocido era el único hecho real de la vida. A este lado de las colinas estaba ahora el verdadero espacio en blanco, al otro se extendía el panorama abarrotado y coloreado que su ojo interior estaba viendo con tanta claridad. ¡Qué mares se extendían más allá, verdes, saltarines y ondulados! ¡Qué costas bañadas por el sol, a lo largo de las cuales las villas blancas brillaban contra

los bosques de olivos! ¡Qué puertos tranquilos, atestados de barcos galantes con destino a las islas púrpuras del vino y las especias, islas que se hundían en aguas lánguidas!

Se levantó y descendió una vez más hacia el río; luego cambió de idea y buscó la orilla del polvoriento sendero. Allí, semienterrado en la espesa y fresca maraña de arbustos que lo bordeaba, pudo meditar sobre el camino de tierra y todo el maravilloso mundo al que conducía; sobre todos los caminantes que lo habían transitado y las fortunas y aventuras que habían ido a buscar o encontrado sin buscar allí, más allá... ¡más allá!

Unos pasos le llegaron al oído, y la figura de alguien que caminaba cansinamente se hizo visible; y vio que era una Rata, y una muy polvorienta. Cuando lo alcanzó, el caminante lo saludó con un gesto de cortesía que tenía algo de extraño, vaciló un momento y luego, con una sonrisa agradable, se apartó del camino y se sentó a su lado en la fresca hierba. Parecía cansado, y Rata lo dejó descansar sin cuestionarlo, entendiendo algo de lo que estaba pensando; sabiendo, también, el valor que todos los animales le dan a veces a la simple compañía silenciosa, cuando los músculos cansados se aflojan y la mente marca el tiempo.

El caminante era delgado y de rasgos afilados, y algo encorvado de hombros; tenía las patas delgadas y largas, los ojos muy arrugados en las comisuras, y llevaba pequeños aros de oro en las bien formadas orejas, pulcramente colocados. Su camiseta de punto era de un azul descolorido, sus calzones, remendados y manchados,

tenían una base azul, y las pocas pertenencias que llevaba estaban atadas en un pañuelo de algodón azul. Cuando hubo descansado un rato, el forastero suspiró, aspiró el aire y miró a su alrededor.

—Eso era trébol, ese aroma cálido en la brisa —comentó—; y esas son vacas, que oímos segando la hierba detrás de nosotros y soplando suavemente entre bocado y bocado. Se oye el sonido de segadores lejanos, y allá se eleva una línea azul de humo de cabaña contra el bosque. El río corre por algún lugar cercano, porque oigo la llamada de una gallineta, y veo por tu complexión que eres un marinero de agua dulce. Todo parece dormido y, sin embargo, continúa todo el tiempo. Es una buena vida la que llevas, amigo; sin duda la mejor del mundo, ¡si tan sólo fuera lo bastante fuerte para llevarla!

—Si, es la vida, la única vida que hay que vivir —respondió Rata de agua soñadoramente, y sin su habitual convicción sincera.

—No he dicho exactamente eso —respondió el forastero con cautela—; pero sin duda es la mejor. Y porque acabo de probarlo, durante seis meses, y sé que es lo mejor, aquí estoy yo, dolorido y hambriento, alejándome de ella, alejándome hacia el sur, siguiendo la vieja llamada de vuelta a la vieja vida, la vida que es mía y que no me dejará marchar.

“¿Es éste, entonces, otro de ellos”, reflexionó Rata.

—Y ¿de dónde vienes? —preguntó. Apenas se atrevió a preguntar hacia dónde se dirigía; parecía conocer la respuesta demasiado bien.

—Bonita pequeña granja —respondió brevemente el caminante—. Arriba, en esa dirección —señaló hacia el norte—. No importa. Tenía todo lo que podía desear, todo lo que tenía derecho a esperar de la vida, y más; ¡y aquí estoy! Pero me alegro de estar aquí, ¡me alegro de estar aquí! Tantos kilómetros más en el camino, tantas horas más cerca del deseo de mi corazón.

Sus ojos brillantes se mantenían fijos en el horizonte, y parecía estar escuchando algún sonido que faltara en aquella tierra interior, tan ruidosa como la alegre música de los pastizales y los corrales.

—Tú no eres uno de nosotros —dijo Rata de Agua—, ni tampoco un granjero; ni siquiera, a mi juicio, de este país.

—Cierto —respondió el forastero—. Soy una rata marinera, y el puerto del que vengo es Constantinopla, aunque allí también soy una especie de extranjero, por así decirlo. ¿Habrás oído hablar de Constantinopla, amigo? Una ciudad hermosa, antigua y gloriosa. Y también habrás oído hablar de Sigurd, rey de Noruega, y de cómo navegó hasta allí con sesenta naves, y de cómo él y sus hombres cabalgaron por calles todas cubiertas en su honor con púrpura y oro; y de cómo el emperador y la emperatriz bajaron y comieron un banquete con él a bordo de su nave. Cuando Sigurd regresó a casa, muchos de sus Hombres del Norte se quedaron y entraron a formar parte de la guardia del emperador, y mi antepasado, noruego de nacimiento, también se quedó con los barcos que Sigurd regaló al emperador. Marineros hemos sido siempre, y no es de

extrañar; en cuanto a mí, la ciudad donde nací no es más mi hogar que cualquier puerto agradable entre allí y el río Londres. Los conozco a todos, y ellos me conocen a mí. Pónganme en cualquiera de sus muelles y estaré de nuevo en casa.

—Supongo que haces grandes viajes —dijo Rata de Agua con creciente interés—. Meses y meses sin ver tierra, con escasez de víveres y agua, y tu mente en comunión con el poderoso océano, y todo ese tipo de cosas.

—De ninguna manera —dijo Rata Marinera con franqueza—. Una vida como la que describes no se adaptaría a mí en absoluto. Me dedico al cabotaje y rara vez me pierdo de vista. Lo que más me atrae son los momentos alegres en tierra, tanto como la navegación. ¡Oh, esos puertos del sur! Su olor, las luces de noche, el glamour.

—Bueno, tal vez hayas elegido el mejor camino —dijo Rata de Agua, algo dubitativa—. Cuéntame algo de tu navegación, entonces, si te apetece, y qué clase de cosecha podría esperar traer a casa un animal de espíritu inquieto para calentar sus últimos recuerdos galantes junto a la chimenea; porque mi vida, te confieso, me parece hoy algo estrecha y limitada.

—Mi último viaje —comenzó Rata Navegante—, que me desembarcó finalmente en este país, atado con grandes esperanzas para mi granja interior, servirá como un buen ejemplo de cualquiera de ellos, y, de hecho, como un epítome de mi muy colorida vida. Los problemas familiares, como de costumbre, la iniciaron. Se levantó la tormenta doméstica y me embarqué en un pequeño buque mercante desde Constantinopla, por mares

clásicos en los que cada ola palpita con un recuerdo inmortal, hacia las Islas Griegas y el Levante. Eran días dorados y noches templadas. Entrando y saliendo del puerto todo el tiempo, viejos amigos por todas partes, durmiendo en algún templo fresco o cisterna en ruinas durante el calor del día, festejando y cantando después de la puesta del sol, bajo grandes estrellas en un cielo aterciopelado. De allí nos volvimos y remontamos el Adriático, cuyas costas nadaban en una atmósfera de ámbar, rosa y aguamarina; descansamos en amplios puertos sin salida al mar, vagamos por ciudades antiguas y nobles, hasta que por fin una mañana, cuando el sol se alzaba majestuoso a nuestras espaldas, cabalgamos hacia Venecia por un sendero de oro. Oh, Venecia es una hermosa ciudad, donde una rata puede vagar a sus anchas y disfrutar. O, cuando se cansa de vagar, puede sentarse en el borde del Gran Canal por la noche, festejando con sus amigos, cuando el aire está lleno de música y el cielo lleno de estrellas, y las luces parpadean y brillan en las proas de acero pulido de las góndolas que se balancean, abarrotadas de tal manera que se podría caminar por el canal de un lado a otro. Y la comida: ¿le gusta el marisco? Bueno, bueno, no nos detendremos en eso ahora.



Guardó silencio durante un rato; y Rata de Agua, también silenciosa y embelesada, flotó sobre canales de ensueño y oyó una canción fantasma que repicaba en lo alto entre vaporosas paredes de olas grises.

—Por fin volvimos a navegar hacia el sur —continuó la Rata Navegante—, bordeando la costa italiana, hasta que por fin llegamos a Palermo, y allí me retiré para pasar una larga y feliz temporada en tierra. Nunca me quedo demasiado tiempo en un solo barco; uno se vuelve de mente estrecha y llena de prejuicios. Además, Sicilia es uno de mis lugares de caza favoritos. Allí conozco a todo el mundo y sus costumbres se adaptan a mí. Pasé muchas semanas alegres en la isla, quedándome con amigos en el campo. Cuando volví a inquietarme, aproveché un barco que viajaba a Cerdeña y Córcega; y me alegré mucho de volver a sentir la brisa fresca y el rocío del mar en la cara.

—Pero, ¿no hace mucho calor y está muy cargado ahí abajo en la... bodega, creo que le dicen —preguntó Rata de Agua.

El marinero lo miró, y con un ligero guiño respondió:

—Yo soy un veterano —comentó con mucha sencillez—. El camarote del capitán es suficiente para mí.

—Es una vida dura, por lo que dicen —murmuró Rata, sumido en profundos pensamientos.

—Para la tripulación lo es —respondió el marinero con gravedad, de nuevo con el fantasma de un guiño.

—Desde Córcega —continuó—, utilicé un barco que llevaba vino a tierra firme. Llegamos a Alassio al anocheecer,

atracamos, izamos nuestros barriles de vino y los echamos por la borda, atados uno a otro por un largo cabo. Entonces la tripulación subió a los botes y remó hacia la costa, cantando mientras avanzaban y arrastrando tras ellos la larga procesión de barriles, como una legua de marsopas. En la arena esperaban los caballos, que arrastraban los barriles por la empinada calle del pueblecito con gran rapidez y alboroto. Cuando llegó el último barril, fuimos a refrescarnos y a descansar, y nos sentamos hasta bien entrada la noche a beber con nuestros amigos. Ya había terminado con las islas por el momento, y los puertos y la navegación eran abundantes; así que llevé una vida perezosa entre los campesinos, tumbado y observándolos trabajar, o estirado en lo alto de la ladera con el azul Mediterráneo muy por debajo de mí. Y así, por etapas fáciles, y en parte a pie y en parte por mar, hasta Marsella, y el encuentro de viejos compañeros, y la visita de grandes navíos oceánicos, y la fiesta una vez más. ¡Hablando de mariscos! A veces sueño con los mariscos de Marsella y me despierto llorando.

—Eso me recuerda —dijo la educada Rata de Agua—, que mencionaste por causalidad que tenías hambre, y debería haber hablado antes. Por supuesto, ¿te detendrás y tomarás tu comida del mediodía conmigo? Mi agujero está cerca; ya ha pasado el mediodía, y eres bienvenido a lo que sea que haya.

—Eso sí me parece amable y fraternal de tu parte —dijo la Rata Navegante—. En verdad tenía hambre cuando me senté, y desde que sin querer mencioné el marisco, mis

retorcijones han sido extremos. ¿Pero no podrías traerlo aquí? No soy muy aficionado a meterme bajo las trampillas, a menos que me vea obligado a ello; y entonces, mientras comemos, podría contarte más cosas sobre mis viajes y la agradable vida que llevo; al menos, es muy agradable para mí, y por tu atención juzgo que te agrada; mientras que si nos metemos dentro es cien a uno que me quedaré dormido enseguida.

—Es una sugerencia excelente —dijo Rata de Agua, y se apresuró a volver a casa. Allí sacó la fiambreira, y preparó una comida sencilla, en la que, recordando el origen y las preferencias del forastero, tuvo cuidado de incluir una yarda de largo de pan francés, una salchicha en la que cantaba el ajo, un poco de queso que se echaba y lloraba, y un frasco de cuello largo cubierto de paja en el que yacía embotellada la luz del sol derramada y cosechada en las lejanas laderas del Sur. Así cargado, regresó a toda velocidad, y se sonrojó de placer ante los elogios del marinero a su gusto y juicio, mientras juntos desembalaban la cesta y depositaban el contenido sobre el césped junto al camino.

La Rata de Mar, en cuanto calmó un poco su hambre, continuó la historia de su último viaje, conduciendo a su sencillo oyente de puerto en puerto de España, desembarcándolo en Lisboa, Oporto y Burdeos, introduciéndolo en los agradables puertos de Cornualles y Devon, y así remontando el Canal hasta aquel muelle final, donde, desembarcando tras largos vientos contrarios, azotado por las tormentas y la intemperie, había captado los primeros indicios mágicos y presagios

de otra primavera y, animado por ellos, había emprendido una larga caminata hacia el interior, hambriento de experimentar la vida en alguna tranquila granja, muy lejos de los cansados latidos del mar. Hechizada y temblorosa de excitación, Rata de Agua siguió al Aventurero legua tras legua, por bahías tormentosas, a través de radas atestadas de gente, de las barras del puerto en una marea acelerada, remontando ríos serpenteantes que ocultaban sus bulliciosos pueblecitos a la vuelta de una curva repentina; y lo dejó con un suspiro pesaroso plantado en su aburrida granja del interior, de la que no deseaba oír nada.

Para entonces la comida se había terminado, y el marinero, refrescado y fortalecido, con la voz más vibrante y los ojos iluminados con un brillo que parecía captado de algún lejano faro marino, llenó su vaso con la roja y brillante cosecha del Sur e, inclinándose hacia Rata de Agua, le obligó a mirarlo y lo sostuvo, en cuerpo y alma, mientras hablaba. Aquellos ojos eran del cambiante gris verdoso salpicado de espuma de los saltos de los mares del Norte; en el vaso brillaba un rubí ardiente que parecía el corazón mismo del Sur, latiendo para aquel que tuviera el valor de responder a su pulsación. Las luces gemelas, la gris cambiante y la roja firme, dominaron a Rata de Agua y la mantuvieron atada, fascinada, impotente. El tranquilo mundo que había fuera de sus rayos se alejó y dejó de existir. Y la charla, la maravillosa charla, continuaba... ¿o era sólo charla, o se convertía a veces en canción? El canto de

los marineros al levar el ancla, el zumbido sonoro de los toldos en un desgarrador temporal del norte, la balada del pescador recogiendo sus redes al atardecer contra un cielo de damasco, los acordes de la guitarra y la mandolina desde la góndola o el cayac ¿Se transformó en el grito del viento, quejumbroso al principio, furiosamente estridente al refrescar, elevándose en un silbido desgarrador, hundiéndose en un goteo musical de aire de la sobrebolina de la vela? Todos estos sonidos le parecía oír al oyente hechizado, y con ellos la queja hambrienta de las gaviotas y los maullidos del mar, el suave trueno de la ola que rompía, el grito de la piedra que protestaba. Volvió de nuevo al habla, y con el corazón palpitante seguía las aventuras de una docena de puertos marítimos, las luchas, las huidas, las concentraciones, las camaraderías, las valientes hazañas; o buscaba tesoros en las islas, pescaba en lagunas tranquilas y dormitaba todo el día sobre la cálida arena blanca. Oía hablar de la pesca en alta mar y de las poderosas reuniones plateadas de la red kilométrica; de peligros repentinos, del ruido de las rompientes en una noche sin luna, o de las altas proas de los grandes transatlánticos perfilándose en lo alto a través de la niebla; de la alegre vuelta a casa, del cabo doblado, de las luces del puerto encendidas; de los grupos vistos tenuemente en el muelle, del granizo alegre, del chapoteo de la amarra; de la caminata por la callejuela empinada hacia el resplandor reconfortante de las ventanas con cortinas rojas.

Por último, en su sueño despierto le pareció que el Aventurero se había puesto de pie, pero seguía hablando, lo seguía sujetando con sus ojos grises como el mar.

—Y ahora —decía en voz baja—, emprendo de nuevo el camino, siguiendo hacia el sudoeste durante un largo y polvoriento día, hasta que por fin llego a la pequeña y gris ciudad costera que conozco tan bien, que se aferra a un lado escarpado del puerto. Allí, a través de oscuros portales, se ven tramos de escaleras de piedra, dominados por grandes mechones rosados de valeriana y que terminan en un trozo de agua azul centelleante. Los barquitos que yacen amarrados a los anillos y puntales del viejo dique están alegremente pintados como aquellos en los que yo subía y bajaba en mi niñez; los salmones saltan en la marea alta, los bancos de caballas relampaguean y juegan junto a los muelles y las riberas, y junto a las ventanas los grandes barcos se deslizan, noche y día, hasta sus amarras o hacia mar abierto. Allí, tarde o temprano, llegan los barcos de todas las naciones marineras; y allí, a su hora destinada, el barco de mi elección soltará el ancla. Me tomaré mi tiempo, me demoraré y esperaré, hasta que por fin me espere el barco adecuado, navegando en medio de la corriente, cargado y con el timón apuntando hacia el puerto. Una mañana me despertaré con el canto y el traqueteo de los marineros, el tintineo del montacargas y el traqueteo de la cadena del ancla que se acerca alegremente. Desplegaremos la vela y el trinquete, las casas blancas del puerto se deslizarán lentamente a nuestro lado

mientras el barco toma el rumbo, ¡y el viaje habrá comenzado! Mientras avanza hacia el frente, se cubrirá de lona; y entonces, una vez fuera, ¡el sonoro golpeteo de los grandes mares verdes mientras se inclina hacia el viento, apuntando al Sur!

—Y tú, tú también vendrás, joven hermano; porque los días pasan, y nunca vuelven, y el Sur aún te espera. Atrévete a la aventura, atiende la llamada, antes de que pase el momento irrevocable. No es más que un golpe de la puerta detrás de ti, un hermoso paso adelante, y estarás fuera de la vieja vida y dentro de la nueva.

Entonces, algún día, dentro de mucho tiempo, corre a casa si quieres, cuando la copa se haya vaciado y la obra haya terminado, y siéntate junto a tu tranquilo río con un montón de buenos recuerdos como compañía. Podrás alcanzarme fácilmente en el camino, pues tú eres joven y yo envejezco y avanzo lentamente. Me detendré y miraré hacia atrás, y al fin te veré llegar, ansioso y alegre, con todo el Sur en tu rostro.

La voz se apagó y cesó como la diminuta trompeta de un insecto se apaga rápidamente en el silencio; y Rata de Agua, paralizada y mirando fijamente, vio al fin sólo una mancha distante en la superficie blanca del camino. Mecánicamente se levantó y procedió a volver a empaquetar la cesta del almuerzo, con cuidado y sin prisas. Mecánicamente regresó a casa, reunió algunos pequeños artículos de primera necesidad y tesoros especiales a los que tenía cariño, y los guardó en una bolsa; actuó con lenta deliberación, moviéndose por la habitación como un sonámbulo; escuchando siempre con

los labios entreabiertos. Se echó la mochila al hombro, eligió cuidadosamente un bastón robusto para el camino, y sin prisa, pero sin titubear en absoluto, cruzó el umbral justo cuando Topo aparecía en la puerta.

—¿A dónde vas, Ratita? —preguntó Topo con gran sorpresa, agarrándolo por el brazo.

—Voy al Sur, con el resto de ellos —murmuró Rata en un monótono sueño, sin mirarlo—. ¡Primero hacia el mar y luego a bordo, y así hacia las costas que me llaman! Avanzó resueltamente, aún sin prisa, pero con tenaz determinación; pero Topo, ahora completamente alarmado, se colocó frente a él, y mirándolo a los ojos vio que estaban vidriosos y fijos y se habían vuelto de un gris veteado y cambiante: ¡no los ojos de su amigo, sino los ojos de algún otro animal! Agarrándolo con fuerza, lo arrastró al interior, lo tiró al suelo y lo retuvo.

Rata luchó desesperadamente durante unos momentos, y entonces su fuerza pareció repentinamente abandonarlo, y se quedó inmóvil y exhausto, con los ojos cerrados, temblando. En seguida, Topo lo ayudó a levantarse y lo colocó en una silla, donde se sentó desplomado y encogido sobre sí mismo, su cuerpo sacudido por un violento temblor, pasando con el tiempo a un ataque histérico de sollozos secos. Topo cerró la puerta, metió la mochila en un cajón y lo cerró con llave, y se sentó tranquilamente en la mesa junto a su amigo, esperando a que pasara el extraño ataque. Poco a poco Rata se sumió en un sueño agitado, interrumpido por sobresaltos y murmullos confusos de cosas extrañas, salvajes y

forasteras para el poco ilustrado Topo; y de ahí pasó a un sueño profundo.

Muy preocupado, Topo lo dejó por un tiempo y se ocupó de los asuntos de la casa; y estaba oscureciendo cuando regresó al salón y encontró a Rata donde la había dejado, bien despierta, pero apática, silenciosa y abatida. Echó una mirada apresurada a los ojos; los encontró, para su gran satisfacción, limpios, oscuros y marrones de nuevo como antes; entonces se sentó y trató de animarlo y ayudarlo a contar lo que le había sucedido.

La pobre Ratita hizo todo lo que pudo, poco a poco, para explicar las cosas; pero ¿cómo podía poner en frías palabras lo que había sido sobre todo sugestión? ¿Cómo recordar, en beneficio de otro, las inquietantes voces marinas que le habían cantado, cómo reproducir de segunda mano la magia de las cien memorias del Marino? Incluso a él mismo, ahora que el hechizo se había roto y el encanto había desaparecido, le resultaba difícil explicar lo que hacía unas horas le había parecido inevitable y único. No es de extrañar, pues, que no lograra transmitir al Topo una idea clara de lo que había vivido aquel día.

Para Topo esto estaba claro: el ataque había pasado y lo había dejado sano de nuevo, aunque sacudido y abatido por la reacción. Pero por el momento parecía haber perdido todo interés en las cosas que componían su vida cotidiana, así como en todos los pronósticos agradables de los días y las acciones alterados que el cambio de estación seguramente traería consigo.

Casualmente, entonces, y con aparente indiferencia, Topo pasó a hablar de la cosecha que se estaba recogiendo, de los imponentes carros y esforzadas carretas, de los crecientes campos y de la gran luna que se alzaba sobre las desnudas hectáreas salpicadas de espigas. Habló de las manzanas que enrojecían, de las nueces que se doraban, de mermeladas y conservas y de la destilación de licores; hasta que por etapas fáciles como éstas llegó a la mitad del invierno, a sus alegrías sinceras y a su acogedora vida hogareña, y entonces se volvió simplemente lírico.

Poco a poco, Rata empezó a incorporarse y a participar. Sus ojos apagados se iluminaron y perdió parte de su aire de escucha.

De pronto, Topo, con mucho tacto, se escabulló y regresó con un lápiz y unas cuantas hojas de papel, que colocó sobre la mesa, junto al codo de su amigo.

—Hace mucho tiempo que no haces poesía —comentó—. Podrías intentarlo esta noche, en lugar de darle tantas vueltas a las cosas. Tengo la idea de que te sentirás mucho mejor cuando hayas anotado algo, aunque sólo sean rimas.

Rata apartó el papel de él con cansancio, pero el discreto Topo aprovechó la ocasión para salir de la habitación, y cuando volvió a asomarse un rato después, Rata estaba absorta y sorda al mundo; alternativamente garabateaba y chupaba la punta de su lápiz. Es verdad que chupaba mucho más de lo que garabateaba; pero era una alegría para Topo saber que la cura al menos había comenzado.

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: Las nuevas aventuras de Sapo (10/12)

La puerta principal del árbol hueco daba al este, así que Sapo fue llamado a una hora temprana; en parte por la brillante luz del sol que entraba a chorros sobre él, en parte por la excesiva frialdad de los dedos de los pies, que le hacía soñar que estaba en casa, en la cama, en su propia y hermosa habitación con la ventana Tudor, en una fría noche de invierno, y que sus ropas de cama se habían levantado, refunfuñando y protestando que no podían soportar más el frío, y habían bajado corriendo al fuego de la cocina para calentarse; y él las había seguido, descalzo, a lo largo de kilómetros y kilómetros de pasadizos empedrados y helados, discutiendo y suplicándoles que fueran razonables. Probablemente se habría despertado mucho antes, de no haber dormido durante varias semanas sobre paja sobre piedras dispuestas, y casi olvidado la agradable sensación de las gruesas mantas bien subidas hasta la barbilla.

Sentado, se frotó los ojos primero y los dedos de los pies después, se preguntó por un momento dónde estaba, buscando el familiar muro de piedra y la pequeña ventana enrejada; luego, con un salto del corazón, lo recordó todo: su huida, su escape, su

persecución; recordó, lo primero y mejor de todo, ¡que era libre!

¡Libre! Sólo la palabra y el pensamiento valían cincuenta mantas. Sintió calor de punta a punta al pensar en el alegre mundo exterior, que esperaba ansioso a que hiciera su entrada triunfal, dispuesto a servirle y a hacerle el juego, ansioso por ayudarlo y hacerle compañía, como siempre había sido en los viejos tiempos, antes de que la desgracia cayera sobre él. Se sacudió y se quitó con los dedos las hojas secas del pelo y, terminado su aseo, marchó hacia el cómodo sol de la mañana, frío pero confiado, hambriento pero esperanzado, disipados todos los terrores nerviosos de ayer por el descanso y el sueño y el sol franco y alentador.

Aquella temprana mañana de verano tenía el mundo para él solo. El rocío del bosque, a medida que lo hilvanaba, era solitario y quieto: los verdes campos que sucedían a los árboles eran suyos para hacer con ellos lo que quisiera; el camino mismo, cuando lo alcanzaba, en esa soledad que estaba en todas partes, parecía estar buscando ansiosamente compañía, como un perro vagabundo. Sapo, en cambio, buscaba algo que le hablara y le indicara claramente el camino que debía seguir. Está muy bien, cuando se tiene el corazón ligero y la conciencia tranquila, y dinero en el bolsillo, y nadie recorre el país en busca de uno para arrastrarlo de nuevo a la cárcel, seguir el camino que señala, sin preocuparse de hacia dónde. Al práctico Sapo le importaba mucho, y podría haber pateado la carretera

por su silencio impotente cuando cada minuto era importante para él.

Al reservado camino rústico se le unió en seguida un tímido hermanito en forma de canal, que tomó su mano y deambuló a su lado en perfecta confianza, pero con la misma actitud poco comunicativa hacia los extraños.

—Que se pudran —se dijo Sapo—. Pero, de todos modos, una cosa está clara. Ambos deben venir de alguna parte y dirigirse a alguna parte. Eso no se puede olvidar.

¡Sapo, muchacho! —y siguió caminando pacientemente por la orilla del agua.

En un recodo del canal se acercaba un caballo solitario, encorvado hacia adelante como si estuviera pensativo. De unos cordeles atados a su cuello se extendía un largo cabo, tenso, pero que se hundía con un paso, y cuya parte posterior goteaba gotas nacaradas. Sapo dejó pasar al caballo y se quedó esperando lo que el destino le enviara.

Con un agradable remolino de agua tranquila en su proa, la barca se deslizó a su lado, con la borda pintada a ras del camino de remolque, y su única ocupante, una mujer corpulenta que llevaba un gorro de lino, con un brazo musculoso apoyado en el timón.

—¡Bonita mañana, señora! —dijo a Sapo mientras se ponía a su altura.

—Me atrevo a decir que lo es, señora —respondió Sapo cordialmente, mientras caminaba por el camino de sirga junto a ella—. Me atrevo a decir que es una buena mañana para los que no tienen problemas, como yo. Aquí está mi hija casada, y me manda que vaya a verla

inmediatamente; así que voy, sin saber lo que puede pasar o lo que va a pasar, pero temiéndome lo peor, como usted comprenderá, señora, si también es madre. Y he dejado que mi negocio se las arregle solo, estoy en la línea de lavado y blanqueo, usted debe saberlo, señora, y he dejado que mis hijos pequeños se las arreglen solos, y no existe un grupo de jóvenes más traviesos y problemáticos, señora; y he perdido todo mi dinero, y he perdido mi camino, y en cuanto a lo que le pueda pasar a mi hija casada, ¡no me gusta pensar en ello, señora! —¿Dónde vive tu hija casada, señora? —preguntó la barquera.

—Vive cerca del río, señora —respondió Sapo—. Cerca de una bonita casa llamada Salón de Sapo, que está por aquí cerca. Tal vez haya oído hablar de ella.

—¿Salón de Sapo? Yo también voy en esa dirección —respondió la barquera—. Este canal se une al río unos kilómetros más adelante, un poco más arriba de Salón de Sapo; y entonces es una caminata fácil. Ven conmigo en la barca y te llevaré.

acercó la barca a la orilla, y Sapo, agradeciendo humildemente, subió a bordo y se sentó con gran satisfacción.

“Otra vez la suerte de Sapo”, pensó. “¡Siempre salgo ganando!”.

—¿Así que se dedica al lavado, señora? —preguntó la barquera amablemente, mientras se deslizaban—. Y un negocio muy bueno, me atrevo a decir, si no me equivoco.

—El mejor negocio de todo el país —dijo Sapo con ligereza—. Toda la alta burguesía acude a mí; no

acudirían a ningún otro lado, aunque les pagaran; me conocen bien. Comprendo perfectamente mi trabajo y me ocupo de todo yo misma. Lavar, planchar, almidonar, confeccionar las finas camisas de los caballeros para la noche; ¡todo se hace bajo mi supervisión!

—Pero seguro no haces todo ese trabajo tú sola, ¿verdad? —preguntó la barquera con respeto.

—Oh, tengo chicas —dijo Sapo con ligereza—; veinte chicas más o menos, siempre trabajando. Pero ya sabes lo que son las chicas. Pequeñas y desagradables zorras, así es como las llamo.

—Yo también —dijo la barquera con gran efusividad—. Pero me atrevo a decir que ustedes ponen a las suyas en orden, ¡esas zorras ociosas! ¿Y le gusta mucho lavar?

—Me encanta —dijo Sapo—. Simplemente me encanta. Nunca soy tan feliz como cuando tengo ambos brazos en el lavabo. Pero, además, ¡me resulta tan fácil! Sin ningún problema. ¡Un verdadero placer, se lo aseguro, señora!

—¡Qué suerte la suya! —observó pensativa la barquera—. Una buena fortuna para nosotras dos.

—¿Por qué? ¿Qué quiere decir? —preguntó Sapo nervioso.

—Bueno, míreme —respondió la barquera—. A mí también me gusta lavar, tanto como a usted; y, además, me guste o no, tengo que hacerlo todo yo, naturalmente, moviéndome como me muevo. Ahora bien, mi marido es un tipo que evita su trabajo y me deja la barca a mí, de modo que yo no tengo tiempo para ocuparme de mis propios asuntos. Por derecho debería estar aquí ahora, ya sea timoneando o atendiendo al caballo, aunque por

suerte el caballo tiene suficiente sentido común para atenderse a sí mismo. En lugar de eso, se ha ido con el perro, a ver si pueden coger un conejo para cenar en alguna parte. Dice que me alcanzará en la próxima parada. Bueno, eso es lo que puede ser, no me fío de él, una vez que se va con ese perro, que es peor que él. Pero mientras tanto, ¿cómo voy a seguir con mi lavado? —Oh, no se preocupe por el lavado —dijo Sapo, sin gustarle el tema—. Trate de concentrarse en ese conejo. Un bonito y gordo conejo joven, estoy segura. ¿Tienes cebollas?

—No puedo concentrarme en otra cosa que no sea mi lavado —dijo la barquera—, y me extraña que pueda estar hablando de conejos, con una perspectiva tan alegre ante usted. Hay un montón de cosas mías que encontrará en un rincón del camarote. Si toma una o dos de las más necesarias, no me atreveré a describírselas a una dama como usted, pero las reconocerá a primera vista, y las pasa por la tina de lavar a medida que avanzamos, será un placer para usted, como bien dice, y una verdadera ayuda para mí. Tendrá una tina a mano, jabón, una tetera al fuego y un cubo para recoger agua del canal. Así sabré que se divierte, en vez de estar aquí sentada sin hacer nada, mirando el paisaje y bostezando sin parar.

—¡Déjeme conducir! —dijo Sapo, ahora completamente asustado—, y así podrá lavar a su manera. Podría estropear sus cosas, o no hacerlo como a usted le gusta. Yo estoy más acostumbrada a las cosas de caballeros. Es mi especialidad.

—¿Dejarla conducir? —respondió la barquera riendo—. Se necesita algo de práctica para dirigir una barca correctamente. Además, es un trabajo aburrido y yo quiero que usted sea feliz. No, usted hará el lavado que tanto le gusta, y yo me dedicaré al manejo que entiendo. ¡No intente privarme del placer de darle un capricho! Sapo estaba bastante acorralado. Buscó una escapatoria por todas partes, vio que estaba demasiado lejos de la orilla para dar un salto y se resignó hoscamente a su suerte.

“Llegados a eso” pensó desesperado, “¡supongo que cualquier tonto puede lavar!”.

Tomó una tina, jabón y otras cosas necesarias del camarote, seleccionó algunas prendas al azar, trató de recordar lo que había visto en miradas casuales a través de las ventanas de las lavanderías y se puso manos a la obra.

Pasó una larga media hora, en la que Sapo se enfadaba cada vez más. Nada de lo que podía hacerles parecía agradarles o hacerles bien. Intentó persuadirlas, abofetearlas y darles puñetazos, pero ellas le sonreían desde la bañera sin convertirse, felices en su pecado original. Una o dos veces miró nerviosamente por encima del hombro a la mujer de la barca, pero ella parecía estar mirando al frente, absorta en el timón. Le dolía mucho la espalda y notó con consternación que sus patas empezaban a arrugarse. Sapo estaba muy orgulloso de sus patas. Murmuró en voz baja palabras que nunca deberían salir de los labios de las lavanderas

ni de los sapos, y perdió el jabón por quincuagésima vez.

Una carcajada le hizo enderezarse y mirar a su alrededor. La barquera estaba echada hacia atrás y reía desenfrenadamente, hasta que las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Te he estado observando todo el tiempo —jadeó—. Siempre pensé que eras un charlatán, por tu manera engréida de hablar. ¡Bonita lavandera eres! No has lavado ni un plato en tu vida, te lo aseguro.

El temperamento de Sapo, que había estado hirviendo a fuego lento durante un tiempo, se desbordó y perdió todo el control de sí mismo.

—¡Barquera vulgar, baja y gorda! —gritó—; ¡no te atrevas a hablar así de tus superiores! ¡Lavandera! Quiero que sepas que soy un Sapo, un Sapo muy conocido, respetado y distinguido. Puede que en este momento esté un poco bajo una nube, ¡pero no se va a reír de mí una barquera!

La mujer se acercó a él y miró bajo su gorro con atención y detenimiento.

—¡Así que lo eres! —gritó— ¡Caramba! Un horrible, asqueroso y rastrero sapo. Además, en mi bonita y limpia barca. ¡Eso no lo permitiré!

Dejó el timón por un momento. Un gran brazo moteado salió disparado y agarró a Sapo por una pata delantera, mientras el otro lo sujetaba por una pata trasera.

Entonces el mundo dio un vuelco repentino, la barca pareció revolotear ligeramente por el cielo, el viento

silbó en sus oídos y Sapo se encontró volando por el aire, girando rápidamente a medida que avanzaba. El agua, cuando finalmente llegó a él con un sonoro chapoteo, resultó bastante fría para su gusto, aunque su frialdad no fue suficiente para calmar su orgulloso espíritu, ni para aplacar el calor de su furioso temperamento. Subió a la superficie balbuceando, y cuando se hubo limpiado las algas de los ojos, lo primero que vio fue a la gorda barquera que lo miraba por encima de la popa de la barca en retirada y se reía; y juró, mientras tosía y se ahogaba, que se vengaría de ella.

Se dirigió hacia la orilla, pero la bata de algodón dificultaba enormemente sus esfuerzos y, cuando por fin tocó tierra, le costó subir sin ayuda por la empinada orilla. Tuvo que tomarse uno o dos minutos de descanso para recuperar el aliento; luego, recogiendo bien las faldas mojadas sobre los brazos, echó a correr tras la barca tan rápido como le permitían sus piernas, enloquecido de indignación, sediento de venganza. La barquera seguía riendo cuando él se puso a su altura.

—¡Pásate por la manguera, lavandera! —gritó—, ¡y plancha tu cara, y enróscala! Así pasarás por un Sapo bastante decente.

Sapo no se detuvo a responder. Lo que él quería era una venganza sólida, no triunfos verbales baratos, aunque tenía en mente una o dos cosas que le hubiera gustado decir. Vio lo que quería delante de él. Corrió velozmente hacia el caballo, desató la cuerda y soltó amarras, saltó

ligeramente sobre su lomo y lo impulsó al galope dándole vigorosas patadas en los costados. Se dirigió a campo abierto, abandonando el camino de sirga, y balanceó su corcel por un sendero lleno de baches. Una vez miró hacia atrás y vio que la barca había encallado al otro lado del canal, y que la barquera gesticulaba salvajemente y gritaba:

—¡Alto, alto, alto!

—Ya he oído esa canción antes —dijo Sapo, riendo, mientras seguía taloneando a su corcel en su alocada carrera.

El caballo barquero no era capaz de un esfuerzo muy sostenido, y su galope pronto se convirtió en un trote, y su trote en un paseo fácil; pero Sapo estaba bastante contento con esto, sabiendo que él, en



todo caso, se movía, y la barca no. Había recobrado el buen humor, ahora que había hecho algo que le parecía realmente inteligente, y se contentó con trotar tranquilamente bajo el sol, conduciendo su caballo por callejones y caminos de herradura, y tratando de olvidar cuánto tiempo hacía que no comía una buena comida, hasta que el canal había quedado muy atrás.

Habían recorrido algunos kilómetros, su caballo y él, y se sentía somnoliento bajo el ardiente sol, cuando el caballo se detuvo, bajó la cabeza y empezó a

mordisquear la hierba; y Sapo, al despertarse, se salvó por los pelos de caerse haciendo un esfuerzo. Miró a su alrededor y se dio cuenta de que estaba en una amplia zona común, salpicada de aliagas y zarzas hasta donde alcanzaba la vista. Cerca de él había una cochambrosa caravana de gitanos, y junto a ella un hombre sentado en un cubo vuelto del revés, muy ocupado fumando y con la mirada perdida en el ancho mundo. Cerca ardía un fuego de palos, y sobre el fuego colgaba una olla de hierro, de la que salían burbujas y gorgoteos, y un vago y sugestivo vapor. También olores, cálidos, ricos y variados, que se entrelazaban y retorcían y se envolvían al fin en un olor completo, voluptuoso, perfecto, que parecía el alma misma de la Naturaleza tomando forma y apareciéndose a sus hijos, una verdadera diosa, una madre de solaz y consuelo. Sapo ahora sabía bien que antes no había tenido hambre de verdad. Lo que había sentido a primera hora del día había sido un mero escalofrío. Por fin se trataba de algo real, y no de un error; y además habría que ocuparse de ello rápidamente, o alguien o algo tendría problemas. Observó detenidamente al gitano, preguntándose vagamente si sería más fácil pelear con él o engatusarlo. Así que se sentó, olfateó y miró al gitano; y el gitano se sentó, fumó y lo miró.

En ese momento, el gitano se sacó la pipa de la boca y comentó despreocupado:

—¿Quieres vender ese caballo tuyo?

Sapo se quedó estupefacto. No sabía que los gitanos eran muy aficionados a la venta de caballos, y que nunca

perdían una oportunidad, y no había reflexionado que las caravanas estaban siempre en movimiento y necesitaban mucho tiro. No se le había ocurrido convertir el caballo en dinero, pero la sugerencia del gitano pareció allanarle el camino hacia las dos cosas que tanto deseaba: dinero y un buen desayuno.

—¿Qué? —dijo—. ¿Vender este hermoso y joven caballo? Oh, no; está fuera de discusión. ¿Quién va a llevar la ropa de mis clientes cada semana? Además, le tengo demasiado cariño, y él simplemente me adora.

—Intenta amar a un burro —sugirió el gitano—. Algunas personas lo hacen.

—No pareces ver —continuó Sapo—, que este buen caballo está por encima de ti. Es un caballo de sangre, lo es, en parte; no la parte que ves, por supuesto, otra parte. Y también ha sido un Hackney premiado en su momento, que fue el tiempo antes de que lo conocieras, pero aún puedes notarlo en él de un vistazo, si entiendes algo de caballos. No, no hay que pensar en eso ni por un momento. De todos modos, ¿cuánto estarías dispuesto a ofrecerme por este hermoso y joven caballo mío?

El gitano miró al caballo, luego miró a Sapo con la misma atención, y volvió a mirar al caballo.

—Un chelín por pierna —dijo brevemente, y se dio la vuelta, sin dejar de fumar y tratando de apartar la mirada del ancho mundo.

—¿Un chelín por pierna? —gritó Sapo—. Si le parece, debo tomarme un poco de tiempo para calcular eso, y ver en cuánto asciende.

Se bajó del caballo, lo dejó pastar, se sentó junto al gitano, hizo cuentas con los dedos y al fin dijo:

—¿Un chelín por pierna? Pues son exactamente cuatro chelines, y nada más. Oh, no; no se me ocurriría aceptar cuatro chelines por este hermoso y joven caballo mío.

—Bueno —dijo el gitano—, te diré lo que haré. Te daré cinco chelines, que son tres peniques más de lo que vale el animal. Y es mi última palabra.

Entonces Sapo se sentó y reflexionó larga y profundamente. Estaba hambriento y sin un centavo, y todavía estaba lejos, no sabía cuán lejos, de casa, y sus enemigos podían estar buscándolo. Para alguien en semejante situación, cinco chelines pueden parecer una gran suma de dinero. Por otra parte, no parecía mucho dinero por un caballo. Pero, por otra parte, el caballo no le había costado nada, de modo que todo lo que obtuviera era una clara ganancia. Por fin dijo con firmeza:

—¡Mira, gitano! Te digo lo que vamos a hacer; y esta es mi última palabra. Me entregarás seis chelines y seis peniques, al contado; además me darás todo el desayuno que pueda comer, de una sentada, por supuesto, de esa olla de hierro tuya que no deja de despedir aromas tan deliciosos y excitantes. A cambio, te haré entrega de mi enérgico y joven caballo, con todos los hermosos arneses y adornos que lleva, gratis. Si eso no es suficiente para ti, dilo, y me pondré en marcha. Conozco a un hombre cerca de aquí que quiere este caballo mío desde hace años.

El gitano refunfuñó espantosamente y declaró que si hacía unos cuantos negocios más de ese tipo se arruinaría. Pero al final sacó una sucia bolsa de lona del fondo del bolsillo de su pantalón y contó seis chelines y seis peniques en la pata de Sapo. Luego desapareció un instante en la caravana y regresó con un gran plato de hierro, un cuchillo, un tenedor y una cuchara. Levantó la olla y un glorioso chorro de rico guiso caliente cayó a borbotones en el plato. Era, en verdad, el guiso más hermoso del mundo, hecho de perdices, faisanes, gallinas, liebres, conejos, pavas reales, gallinas de Guinea y una o dos cosas más. Sapo tomó el plato en su regazo, casi llorando, y se llenó, y se llenó, y se llenó, y siguió pidiendo más, y el gitano nunca se lo negó. Pensó que nunca había desayunado tan bien en toda su vida. Cuando Sapo hubo comido todo el guiso que creyó poder contener, se levantó y se despidió del gitano, y se despidió afectuosamente del caballo; y el gitano, que conocía bien la ribera, le indicó el camino a seguir, y él emprendió de nuevo su viaje con el mejor ánimo posible. Era, en efecto, un Sapo muy diferente del animal de hacía una hora. El sol brillaba intensamente, sus ropas mojadas estaban secas de nuevo, tenía dinero en el bolsillo una vez más, estaba cerca de su casa, de sus amigos y de la seguridad, y, lo mejor de todo, había comido una comida sustanciosa, caliente y nutritiva, y se sentía grande, fuerte, despreocupado y seguro de sí mismo.

Mientras caminaba alegremente, pensaba en sus aventuras y escapes, y en cómo, cuando las cosas

parecían estar en su peor momento, siempre se las había arreglado para encontrar una salida; y su orgullo y presunción empezaron a hincharse en su interior.

—¡Ja, ja! —se decía mientras andaba con el mentón bien alto—, ¡qué Sapo tan listo soy! No hay animal más listo que yo en todo el mundo. Mis enemigos me encierran en prisión, rodeado de centinelas, vigilado día y noche por guardias; yo los atravieso a todos, por pura habilidad unida al valor. Me persiguen con máquinas, policías y revólveres; les chasqueo los dedos y me desvanezco, riendo, en el aire. Desgraciadamente, una mujer gorda y malvada me arroja a un canal. ¿Y qué? Nado hasta la orilla, me apodero de su caballo, cabalgo triunfante y vendo el caballo por un montón de dinero y un excelente desayuno. ¡Taja! Soy Sapo, el guapo, el popular, el exitoso Sapo.

Se engrería tanto que, mientras caminaba, se inventaba una canción para alabarse a sí mismo, y la cantaba a viva voz, aunque no había nadie más que él para oírla. Era tal vez la canción más engréida que algún animal haya compuesto jamás:

"El mundo tuvo grandes héroes,
de los libros de historia los saco;
Pero nunca hubo nadie más famoso
Que un servidor, llamado Sapo.
Los hombres inteligentes de Oxford
con el saber tienen buen trato.
Pero ninguno sabe ni la mitad
de lo que sabe el Sr. Sapo.

Los animales en el Arca y lloraron,
Sus lágrimas corrieron largo rato.

¿Quién dijo: 'Hay tierra adelante'?

El más grande, el Sr. Sapo.

Todo el ejército saludó

Mientras marchaban por el campo.

¿Era el Rey? ¿Era Kitchener?

No. Era el Sr. Sapo.

La Reina miró por la ventana

Y gritó: "¿Quién es ese hombre tan guapo?"

Sus damas de honor respondieron:

"Es sin duda el Sr. Sapo"

Hubo muchos más del mismo tipo, pero demasiado engreídos para ser escritos. Estos son algunos de los versos más suaves.

Cantaba mientras caminaba, y caminaba mientras cantaba, y se inflaba más a cada minuto. Pero su orgullo iba a sufrir pronto un duro revés.

Después de algunos kilómetros de caminos rurales llegó a la carretera, y al girar en ella y echar un vistazo a lo largo de su blanca longitud, vio que se le acercaba una mota que se convirtió en un punto y luego en una mancha, y luego en algo muy familiar; y una doble nota de advertencia, demasiado conocida, cayó sobre su encantado oído.

—¡Esto sí que es magnífico! —dijo Sapo emocionado—.

¡Esto es de nuevo la vida real, esto es una vez más el gran mundo del que he estado ausente tanto tiempo! Los saludaré, mis hermanos de la rueda, y les contaré una historia, del tipo que ha tenido tanto éxito hasta ahora;

y ellos me llevarán, por supuesto, y entonces hablaré con ellos un poco más; y, quizás, con suerte, ¡pueda incluso terminar conduciendo hasta el Salón de Sapo en un coche a motor! Eso será un tiro en el ojo para Tejón. Salió confiadamente a la carretera para saludar al coche, que venía a paso tranquilo, aminorando la marcha a medida que se acercaba al cruce; cuando de pronto se puso muy pálido, el corazón se le puso a cien, las rodillas le temblaron y cedieron bajo él, y se dobló y se desplomó con un dolor enfermizo en su interior. Y bien que lo hizo, el infeliz animal, porque el coche que se acercaba era el mismo que él había robado del patio del Hotel León Rojo aquel día fatal en que comenzaron todos sus problemas. Y las personas que viajaban en él eran las mismas que él había observado durante el almuerzo en la cafetería.

Se desplomó en el camino en un montón miserable, murmurando para sí en su desesperación:

—¡Todo ha terminado! ¡Todo ha terminado ahora! ¡Otra vez cadenas y policías! Otra vez cárcel. ¡Otra vez pan seco y agua! ¡Oh, que tonto he sido! ¡Para qué quería ir pavoneándome por el país, cantando canciones engréidas y saludando a la gente en pleno día en la carretera, en lugar de esconderme hasta el anochecer y escabullirme a casa tranquilamente por caminos secundarios!

¡Desventurado Sapo! ¡Oh desgraciado animal!

El terrible coche a motor se fue acercando lentamente, hasta que por fin oyó que se detenía cerca de él. Dos caballeros se bajaron y caminaron alrededor del

tembloroso montón de miseria arrugada que yacía en la calzada, y uno de ellos dijo:

—¡Oh, querido, esto es muy triste! Aquí hay una pobre vieja, al parecer, una lavandera, que se ha desmayado en la calzada. Quizá el calor la haya vencido, pobre criatura, o quizá no haya comido nada hoy. Subámosla al coche y llevémosla al pueblo más cercano, donde sin duda tendrá amigos.

Subieron tiernamente a Sapo al coche, lo acunaron con mullidos cojines y siguieron su camino.

Cuando Sapo los oyó hablar de un modo tan amable y comprensivo, y supo que no lo reconocían, su valor empezó a revivir, y abrió cautelosamente primero un ojo y luego el otro.

—Mira —dijo uno de los caballeros—, ya está mejor. El aire fresco le hace bien. ¿Cómo se siente ahora, señora?

—Gracias, amable señor —dijo Sapo con voz débil—, ¡me siento mucho mejor!

—Así es —dijo el caballero—. Ahora quédese quieta y, sobre todo, no intente hablar.

—No lo haré —dijo Sapo—. Sólo pensaba que, si me sentaba en el asiento delantero, junto al conductor, para que me diera aire fresco en la cara, pronto volvería a estar bien.

—¡Qué mujer tan sensata! —dijo el caballero—. Por supuesto que sí—. Así que ayudaron cuidadosamente a Sapo a sentarse en el asiento delantero junto al conductor, y se pusieron en marcha de nuevo.

Sapo ya era casi él mismo. Se sentó, miró a su alrededor y trató de dominar los temblores, los anhelos,

las viejas ansias que lo acosaban y se apoderaban de él por completo.

“¡Es el destino!” —se dijo—. “¿Por qué esforzarse? ¿Por qué luchar?”, y se volvió hacia el conductor que tenía a su lado.

—Por favor, señor —dijo—, me gustaría que tuviera la amabilidad de dejarme conducir el coche un rato. Le he estado observando atentamente, y parece tan fácil y tan interesante, y me gustaría poder decir a mis amigos que una vez conduje un coche a motor.

El conductor se rio tanto de la propuesta que el caballero preguntó de qué se trataba. Cuando se enteró, dijo, para regocijo de Sapo:

—¡Bravo, señora! Me gusta su espíritu. Pruébelo y cuídelo. No hará ningún daño.

Sapo se acomodó ansiosamente en el asiento que había dejado libre el conductor, tomó el volante en sus manos, escuchó con afectada humildad las instrucciones que le daban y puso el coche en movimiento, pero al principio muy despacio y con mucho cuidado, pues estaba decidido a ser prudente.

Los caballeros que iban detrás aplaudieron, y Sapo los oyó decir:

—¡Qué bien lo hace! ¡Imagínense a una lavandera conduciendo un coche tan bien, la primera vez!

Sapo fue un poco más deprisa; luego más deprisa todavía, y más deprisa.

Oyó que los caballeros gritaban advertencias:

—¡Ten cuidado, lavandera! —y esto lo molestó, y empezó a perder la cabeza.

El conductor trató de interferir, pero él lo inmovilizó en su asiento con un codo y aceleró a fondo. La ráfaga de aire en su cara, el zumbido de los motores y el ligero salto del coche bajo él embriagaron su débil cerebro. —¡Lavandera, claro! —gritó temerariamente—. ¡Jaja! Yo soy Sapo, el ladrón de coches, el rompedor de prisiones, ¡Sapo que siempre se escapa! Quédate quieto y sabrás realmente lo que es conducir, porque estás en manos del famoso, hábil y totalmente intrépido Sapo.

Con un grito de horror, todo el grupo se levantó y se lanzó sobre él.

—¡Cójnalo! —gritaron—. ¡Cojan al Sapo, el malvado animal que nos ha robado el coche! Átenlo, encadénelo, arrástrenlo a la comisaría más cercana. ¡Abajo el desesperado y peligroso Sapo!

Tendrían que haber sido más prudentes y haberse acordado de parar el coche antes de gastar bromas de ese tipo. Con media vuelta de volante, Sapo hizo que el coche se estrellara contra el arbusto bajo que corría a lo largo del camino. Un poderoso salto, una violenta sacudida, y las ruedas del coche estaban revolviendo el espeso barro de un estanque de caballos.

Sapo se encontró volando por el aire con el fuerte impulso ascendente y la delicada curva de una golondrina. Le gustaba el movimiento, y empezaba a preguntarse si seguiría haciéndolo hasta que desarrollara alas y se convirtiera en un Sapo-pájaro, cuando aterrizó de espaldas con un golpe seco, en la suave y rica hierba de un prado. Sentado, pudo ver el coche en el estanque,

casi sumergido; los caballeros y el conductor, agobiados por sus largos abrigos, flotaban indefensos en el agua. Se levantó rápidamente y echó a correr por el campo con todas sus fuerzas, atravesando arbustos, saltando zanjas y cruzando campos, hasta que se quedó sin aliento y cansado, y tuvo que calmarse caminando. Cuando recobró un poco el aliento y pudo pensar con calma, empezó a sonreír, y de sonreír pasó a reírse, y se rio hasta que tuvo que sentarse bajo un matorral. —¡Jajaja! —gritó con un éxtasis de auto admiración—. ¡Sapo otra vez! ¡Sapo, como de costumbre, llega a la cima! ¿Quién ha conseguido que lo lleven? ¿Quién se las arregló para ir en el asiento delantero para tomar aire fresco? ¿Quién los convenció para que lo dejaran ver si sabía conducir? ¿Quién los metió a todos en un estanque de caballos? ¿Quién escapó, volando alegremente e ileso por el aire, dejando a los excursionistas de mente estrecha, reacios y tímidos en el barro, donde deberían estar? Sapo, por supuesto; Sapo listo, gran Sapo, buen Sapo. Entonces estalló de nuevo en una canción, y cantó con voz estentórea...

"El coche de motor hizo tuut-tuut,
corriendo por largo rato.

¿Quién lo condujo a un estanque?

El ingenioso Sr. Sapo.

¡Oh, qué listo soy! Qué listo, qué listo, qué lis..."

Un ligero ruido a cierta distancia detrás de él lo hizo volver la cabeza y mirar. ¡Horror! ¡Miseria!

¡Desesperación!

A unos dos campos de distancia se veían un chófer con sus polainas de cuero y dos grandes policías rurales que corrían hacia él a toda velocidad.

El pobre Sapo se puso de pie de un salto y salió corriendo de nuevo, con el corazón en la boca.

—¡Oh, vaya! —jadeó mientras avanzaba—. ¡Qué imbécil soy! ¡Qué asno engreído y despreocupado! ¡Otra vez fanfarroneando! ¡Otra vez gritando y cantando canciones! ¡Otra vez sentado y parloteando! ¡Ay! ¡Ay! ¡Madre mía!

Miró hacia atrás y vio con consternación que lo estaban alcanzando. Siguió corriendo desesperadamente, pero no dejaba de mirar hacia atrás y vio que le seguían ganando terreno. Hizo todo lo que pudo, pero era un animal gordo y tenía las piernas cortas, y en consecuencia le ganaban. Los oía ya muy cerca. Dejando de prestar atención a dónde iba, luchó ciega y salvajemente, mirando hacia atrás por encima de su hombro al ahora triunfante enemigo, cuando de repente la tierra desapareció bajo sus pies, se agarró al aire y, ¡splash! se encontró de cabeza hasta las orejas en aguas profundas, aguas rápidas, aguas que lo arrastraban con una fuerza con la que no podía luchar; ¡y supo que, en su ciego pánico había corrido directo al río!

Subió a la superficie y trató de agarrarse a las cañas y los juncos que crecían al borde del agua, cerca de la orilla, pero la corriente era tan fuerte que se los arrancaba de las manos.

—¡Caramba! —jadeó el pobre Sapo—. Si alguna vez vuelvo a robar un coche, si vuelvo a cantar otra canción engréida... —se hundió y volvió a subir sin aliento y balbuceando. Enseguida vio que se acercaba a un gran agujero oscuro en la orilla, justo por encima de su cabeza, y mientras la corriente lo arrastraba, levantó una pata, se agarró al borde y se sostuvo. Luego, lentamente y con dificultad, salió del agua, hasta que por fin pudo apoyar los codos en el borde del agujero. Allí permaneció unos minutos, resoplando y jadeando, pues estaba agotado.

Mientras suspiraba, soplabla y miraba fijamente hacia el oscuro agujero, algo pequeño y brillante brilló y centelleó en sus profundidades, avanzando hacia él. A medida que se acercaba, un rostro crecía gradualmente a su alrededor, ¡y era un rostro familiar!

Moreno y pequeño, con bigotes.

Grave y redonda, con orejas cuidadas y pelo sedoso.

¡Era Rata de Agua!

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: Como tempestades de verano llegaron sus lágrimas (11/12)

Rata sacó una pequeña pata marrón, agarró al Sapo firmemente por el cuello y le dio un gran tirón; y Sapo, empapado, subió lenta pero firmemente por el borde del agujero, hasta que por fin estuvo a salvo en el vestíbulo, manchado de barro y maleza, sin duda, y con el agua cayéndole a chorros, pero feliz y animado como como antes, ahora que se encontraba una vez más en la casa de un amigo, y se habían acabado las evasiones y los rodeos, y podía dejar de lado un disfraz que era indigno de su posición y al que tanto le costaba dar la talla. —¡Oh, Ratita! —gritó—. ¡He pasado tantos momentos desde la última vez que te vi, no te imaginas! Tantas pruebas, tanto sufrimiento, ¡y todos tan noblemente soportados! Luego, ¡tantas fugas, tantos disfraces, tantos subterfugios, y todo tan hábilmente planeado y llevado a cabo! He estado en la cárcel y he salido de ella; he sido lanzado a un canal y nadé hasta la orilla; robé un caballo y lo vendí por una gran suma de dinero; he engañado a todo el mundo y les he hecho hacer exactamente lo que quería. ¡Oh, soy un Sapo inteligente, y no me equivoco! ¿Cuál crees que fue mi última hazaña? Espera a que te lo cuente...

—Sapo —dijo Rata de Agua, grave y firmemente—, sube de una vez, y quítate ese trapo de algodón viejo que parece haber pertenecido a alguna lavandera, límpiate bien y ponte alguna de mis ropas, y trata de bajar con aspecto de caballero si puedes; porque no he visto en mi vida un objeto más andrajoso, desaliñado y de aspecto más despreciable que tú. Ahora, deja de pavonearte y de discutir, ¡y vete! Tendré algo que decirte más tarde. Al principio Sapo se sintió inclinado a detenerse y replicarle. Ya se había hartado de que le dieran órdenes cuando estaba en la cárcel, y aquí estaba el asunto empezando de nuevo, al parecer; ¡y además por una Rata! Sin embargo, se vio a sí mismo en el espejo del sombrerero, con la gorra negra y ajada sobre un ojo, cambió de idea y subió rápida y humildemente al dormitorio de Rata. Allí se lavó y cepilló a fondo, se cambió de ropa y permaneció largo rato ante el espejo, contemplándose a sí mismo con orgullo y placer, y pensando en lo idiotas que debían de ser todos para haberle confundido por un momento con una lavandera. Para cuando volvió a bajar, el almuerzo estaba sobre la mesa, y Sapo se alegró mucho de verlo, pues había pasado por algunas experiencias difíciles y había hecho mucho ejercicio duro desde el excelente desayuno que le había proporcionado el gitano. Mientras comían Sapo le contó a Rata todas sus aventuras, insistiendo principalmente en su propio ingenio, y presencia de ánimo en emergencias, y astucia en lugares estrechos; y más bien haciendo ver que había tenido una experiencia

alegre y muy colorida. Pero cuanto más hablaba y alardeaba, más grave y silenciosa se volvía Rata. Cuando por fin Sapo se hubo callado, hubo silencio durante un rato; y entonces Rata dijo:

—Ahora, Sapito, no quiero generarte dolor, después de todo lo que ya has pasado; pero en serio, ¿no te das cuenta de que has estado haciendo el ridículo? Tú mismo has admitido que te han esposado, encarcelado, matado de hambre, perseguido, aterrorizado, insultado, abucheado y arrojado vergonzosamente al agua, ¡además por una mujer! ¿Qué tiene eso de divertido? ¿Dónde entra la diversión? Y todo porque tienes que ir a robar un coche a motor. Sabes que nunca has tenido más que problemas con los coches desde el primer momento en que viste uno. Pero si te vas a ver envuelto en ellos, como suele ocurrirte a los cinco minutos de arrancar, ¿por qué robarlos? Sé un lisiado, si crees que es emocionante; sé un arruinado, para variar, si te lo has propuesto; pero, ¿por qué elegir ser un convicto? ¿Cuándo vas a ser sensato, y pensar en tus amigos, y tratar de no ser un lastre para ellos? ¿Supones que es un placer para mí, por ejemplo, oír a animales decir, cuando voy por ahí, que soy el tipo que anda en compañía de presos fugados?

Ahora bien, un punto muy reconfortante en el carácter de Sapo era que era un animal de muy buen corazón y que nunca le importó que le tomaran el pelo los que eran sus verdaderos amigos. E incluso cuando más se empeñaba en una cosa, siempre era capaz de ver el otro

lado de la cuestión. De modo que, mientras Rata hablaba tan seriamente, no dejaba de decirse amotinadamente: —¡Pero ha sido divertido! ¡Horriblemente divertido! —y haciendo extraños ruidos reprimidos en su interior, k-i-ck-ck-ck, y puf-f-f, y otros sonidos parecidos a bufidos ahogados, o a la apertura de botellas de agua con gas, sin embargo, cuando Rata hubo terminado, lanzó un profundo suspiro y dijo, muy amable y humildemente—. ¡Muy bien, Ratita! ¡Qué sensato eres siempre! Sí, he sido un viejo asno engreído, puedo verlo perfectamente; pero ahora voy a ser un buen Sapo, y no lo haré más. En cuanto a los coches a motor, no me han gustado mucho desde la última vez que me zambullí en ese río tuyo. El hecho es que, mientras me agarraba al borde de tu agujero para recuperar el aliento, tuve una idea repentina, una idea realmente brillante, relacionada con las lanchas motoras... ¡Bueno, bueno! No te pongas así, viejo amigo, y des un pisotón, y alteres las cosas; era sólo una idea, y no vamos a hablar más de ello ahora. Tomaremos nuestro café, fumaremos un cigarrillo y charlaremos tranquilamente, y luego iré tranquilamente al Salón de Sapo, me pondré mi propia ropa y volveré a poner las cosas en su sitio. Ya he tenido bastantes aventuras. Llevaré una vida tranquila, estable y respetable, ocupándome de mi propiedad, mejorándola y haciendo a veces un poco de jardinería. Siempre habrá algo de cenar para mis amigos cuando vengan a verme; y tendré un pony para correr por el campo, como solía hacer en los viejos tiempos, antes de que me volviera inquieto y quisiera hacer cosas.

—¿Pasear tranquilamente hasta el Salón de Sapo? —gritó Rata, muy excitada—. ¿De qué estás hablando? ¿Quieres decir que no te has enterado?

—¿Enterado de qué? —dijo Sapo, poniéndose bastante pálido—. ¡Vamos, Ratita! ¡Rápido! ¡No me dejes en vilo! ¿De qué no me he enterado?

—¿Quieres decirme —gritó Rata, golpeando con su pequeño puño sobre la mesa—, que no has oído nada de los Armiños y las Comadreas...

—¿Qué, de los Leñadores Salvajes? —gritó Sapo, temblándole todos los miembros—. No, ¡ni una palabra! ¿Qué han estado haciendo?

—...Y cómo han estado y se han llevado el Salón de Sapo? —continuó Rata.

Sapo apoyó los codos en la mesa, y la barbilla en las patas; y una gran lágrima brotó de cada uno de sus ojos, se desbordó y salpicó la mesa, ¡plop! ¡plop!

—Continúa, Ratita —murmuró al fin—, cuéntame todo. Lo peor ha pasado. Vuelvo a ser un animal. Puedo soportarlo.

—Cuando tú... te metiste en ese... problema tuyo —dijo Rata, lentamente—, quiero decir, cuando... desapareciste de la sociedad durante un tiempo, por ese malentendido con una... máquina, ya sabes...

Sapo se limitó a asentir.

—Bueno, se habló mucho de eso aquí abajo, naturalmente —continuó Rata—, no solo a lo largo de la orilla del río, sino incluso en el Bosque Salvaje. Los animales tomaron partidos, como siempre ocurre. Los ribereños te defendieron y dijeron que habías recibido un trato

infame, y que hoy en día no podía hacerse justicia en la tierra. Pero los animales del Bosque Salvaje dijeron cosas duras, que no te dieron la razón, y que ya era hora de que se pusiera fin a estas cosas. Y se pusieron muy gallitos, y fueron diciendo que esta vez estabas acabado. Que no volverías nunca más, ¡nunca!

Sapo asintió una vez más, manteniendo el silencio.

—Esa es la clase de bestias que son —siguió Rata—. Pero Topo y Tejón se aferraron, contra viento y marea, a que volverías pronto, de algún modo. No sabían exactamente cómo, ¡pero de algún modo!

Sapo empezó a sentarse de nuevo en su silla y a sonreír un poco.

—Argumentaron a partir de la historia —continuó Rata—. Dijeron que ninguna ley penal había prevalecido jamás contra una desfachatez y una plausibilidad como las tuyas, combinadas con una gran billetera. Así que acordaron trasladar sus cosas al Salón de Sapo, y dormir allí, mantenerla ventilada y tenerlo todo listo para cuando aparecieras. No sabían lo que estaba a punto de pasar, por supuesto; sin embargo, tenían sus sospechas de los animales del Bosque Salvaje. Ahora llegó a la parte más dolorosa y trágica de la historia. Una noche oscura, era una noche realmente oscura, y además el viento soplaba con fuerza y llovía a cántaros, una banda de comadreja, armadas hasta los dientes, subió silenciosamente por el estacionamiento de carruajes hasta la entrada principal. Simultáneamente, un grupo de hurones desesperados, avanzando a través del jardín de la cocina, se apoderó del patio trasero y

las oficinas; mientras una compañía de armiños escaramuzadores que no se detenían ante nada, ocupó el invernadero y la sala de billar, y se apoderó de las ventanas francesas que daban al césped. Topo y Tejón estaban sentados junto al fuego en el salón de fumadores, contando historias sin sospechar nada, pues no era noche para que ningún animal estuviera fuera, cuando aquellos sanguinarios villanos derribaron las puertas y se abalanzaron sobre ellos por todas partes. Se defendieron lo mejor que pudieron, pero ¿de qué sirvió? Estaban desarmados y les habían cogido por sorpresa, ¿y qué pueden hacer dos animales contra cientos? Agarraron y golpearon duramente con palos a esas dos pobres criaturas fieles, y las echaron al frío y a la humedad, con muchos insultos e improperios. El insensible Sapo soltó una carcajada, se recompuso y trató de parecer especialmente solemne.

—Y los animales del Bosque Salvaje han estado viviendo en el Salón de Sapo desde entonces —continuó Rata—; ¡y andando sencillamente de cualquier manera! Tumbados en la cama la mitad del día, desayunando a toda hora, ¡y el lugar con tal desorden, me dijeron, que no es digno de verse! Comiendo tu comida y bebiendo tu bebida, haciendo chistes malos sobre ti, cantando canciones vulgares sobre... bueno, sobre prisiones, magistrados y policías; horribles canciones personales, sin ningún humor. Y dicen a los comerciantes y a todo el mundo que han venido para quedarse.

—¡Ah, sí! —dijo Sapo levantándose y agarrando un palo—. ¡Ya me encargaré yo de eso!

—¡Es inútil, Sapo! —gritó Rata yendo tras él—. Mejor regresa y siéntate; sólo te meterás en problemas. Pero Sapo estaba fuera, y no había manera de retenerlo. Marchó rápidamente por el camino, con su bastón al hombro, echando humo y murmurando para sí en su ira, hasta que llegó cerca de su puerta principal, cuando de repente apareció de detrás de los palos un largo hurón amarillo con una pistola.

—¿Quién viene ahí? —dijo bruscamente el hurón.

—¡Tonterías! —dijo Sapo, muy enojado—. ¿Qué quieres decir hablándome así? Sal de ahí de una vez o te...

El hurón no dijo ni una palabra, pero se acercó la pistola al hombro. Sapo se dejó caer prudentemente en el camino, y ¡pum! una bala silbó sobre su cabeza.

El sobresaltado Sapo se puso de pie y corrió por el camino lo más fuerte que pudo; y mientras corría oyó al hurón reírse y otras horribles y delgadas carcajadas que continuaban el sonido.

Volvió, muy cabizbajo, y se lo contó a Rata de Agua.

—¿Qué te dije? —dijo Rata—. No sirve de nada. Tienen centinelas apostados, y están todos armados. Sólo tienes que esperar.

Pero Sapo no estaba dispuesto a rendirse aún. Así que sacó la barca y empezó a remar río arriba hasta donde el jardín del Salón de Sapo llegaba hasta la orilla.

Al llegar a la vista de su antiguo hogar, descansó sobre sus remos y observó el terreno con cautela. Todo parecía muy tranquilo, desierto y silencioso. Pudo ver toda la fachada del Salón de Sapo, resplandeciente bajo el sol del atardecer, las palomas posándose de dos en

dos y de tres en tres a lo largo de la línea recta del tejado; el jardín, un resplandor de flores; el arroyo que conducía a la casa-bote, el pequeño puente de madera que lo cruzaba; todo tranquilo, deshabitado, esperando aparentemente su regreso. Pensó que primero probaría en el cobertizo. Muy cautelosamente remó hasta la desembocadura del arroyo, y justo estaba pasando por debajo del puente, cuando... ¡Crash!

Una gran piedra, lanzada desde arriba, atravesó el fondo de la barca. Se llenó y se hundió, y Sapo se encontró luchando en aguas profundas. Al mirar hacia arriba, vio a dos armiños que se inclinaban sobre el puente y lo observaban con gran regocijo.

—¡La próxima vez será tu cabeza, Sapito! —le gritaron. Sapo, indignado, nadó hasta la orilla, mientras los armiños reían y reían, se apoyaban mutuamente y volvían a reír, hasta que casi les dan dos ataques, es decir, un ataque a cada uno, por supuesto.

Sapo recorrió su cansador camino a pie, y relató sus decepcionantes experiencias a Rata de Agua una vez más.

—Bueno, ¿qué te dije? —dijo Rata muy enfadada—. ¡Y ahora, mira aquí! ¡Ve lo que has sido y has hecho! Me has hecho perder el barco que tanto me gustaba. Y simplemente arruinaste ese bonito traje que te presté. De verdad, Sapo, de todos los animales que lo intentan, ¡me sorprende que te las arregles para conservar algún amigo.

Sapo vio de inmediato cuán equivocada y tontamente había actuado. Admitió sus errores y torpezas y se

disculpó plenamente con Rata por haber perdido su bote y estropeado su ropa. Y terminó diciendo, con esa franca resignación que siempre desarmaba las críticas de sus amigos y los ganaba de nuevo a su lado:

—¡Ratita! Veo que he sido un sapo testarudo y obstinado. En adelante, créeme, seré humilde y sumiso, y no emprenderé ninguna acción sin tu amable consejo y tu plena aprobación.

—Si eso es realmente así —dijo Rata de buen carácter, ya apaciguada—, entonces mi consejo es que, considerando lo tarde que es, te sientes y tomes tu cena, que estará en la mesa en un minuto, y seas muy paciente. Porque estoy convencido de que no podemos hacer nada hasta que hayamos visto al Topo y al Tejón, y hayamos oído sus últimas noticias, hayamos celebrado una conferencia y seguido su consejo en este difícil asunto.

—Oh, sí, bueno, por supuesto; Topo y Tejón —dijo Sapo, con ligereza—. ¿Qué ha sido de ellos, los queridos compañeros? Me había olvidado de ellos.

—Al fin lo preguntas —dijo Rata con reproche—. Mientras tú te paseabas por el país en caros coches de motor, y galopabas orgulloso sobre caballos pura sangre, y desayunabas en abundancia, esos dos pobres y devotos animales han estado acampando a la intemperie, con todo tipo de



clima, viviendo en condiciones muy duras de día y durmiendo muy mal por la noche; vigilando tu casa, patrullando sus límites, manteniendo un ojo constante sobre los armiños y las comadreja, maquinando y planeando cómo recuperar tu propiedad para ti. No te mereces tener amigos tan verdaderos y leales, Sapo, de verdad que no. Algún día, cuando sea demasiado tarde, lamentarás no haberlos valorado más mientras los tuviste.

—Soy una bestia desagradecida, lo sé —sollozó Sapo, derramando amargas lágrimas—. Déjame salir a buscarlos a la fría y oscura noche y compartir sus penurias, y tratar de demostrarles... ¡espera un poco! Seguro que he oído el tintineo de los platos en una bandeja. Por fin llegó la cena, ¡hurra! ¡Vamos, Ratita! Rata recordó que el pobre Sapo había estado en la cárcel durante un tiempo considerable, y que por lo tanto había que hacer grandes concesiones. Lo siguió a la mesa en consecuencia, y hospitalariamente lo alentó en sus esfuerzos valientes para compensar las privaciones pasadas.

Acababan de terminar de comer y volvieron a sus sillones cuando llamaron a la puerta.

Sapo estaba nervioso, pero Rata, asintiéndole misteriosamente, fue directamente a la puerta, la abrió, y entró el Sr. Tejón.

Tenía todo el aspecto de alguien que durante varias noches había estado lejos de casa y de todas sus pequeñas comodidades. Tenía los zapatos cubiertos de barro y un aspecto muy tosco y desaliñado; pero Tejón

nunca había sido un hombre muy inteligente. Se acercó solemnemente a Sapo, le estrechó la pata y le dijo: —¡Bienvenido a casa, Sapo! ¿Qué estoy diciendo? ¡Bienvenido a casa! Esta es una pobre bienvenida a casa. Infeliz Sapo —luego le dio la espalda, se sentó a la mesa, y se sirvió un gran trozo de tarta fría.

Sapo se alarmó bastante ante este estilo de saludo tan serio y portentoso; pero Rata le susurró:

—No importa; no le hagas caso; y no le digas nada todavía. Siempre está bastante decaído y abatido cuando le faltan provisiones. Dentro de media hora será un animal muy diferente.

Así que esperaron en silencio, y al poco rato se oyó otro golpe más ligero. Rata, con una inclinación de cabeza a Sapo, fue a la puerta e hizo entrar al Topo, muy andrajoso y sin lavar, con pedazos de heno y paja pegados en su pelaje.

—¡Hurra! ¡Aquí está el viejo Sapo! —gritó Topo, con la cara radiante—. ¡Qué alegría tenerte de vuelta! —y empezó a bailar a su alrededor—. Nunca soñamos que aparecerías tan pronto. Vaya, te las habrás arreglado para escapar, Sapo listo, ingenioso e inteligente.

Rata, alarmada, tiró de él por el codo; pero era demasiado tarde. Sapo ya resoplaba y se hinchaba.

—¿Inteligente? ¡Oh, no! —dijo—. No soy muy listo, según mis amigos. Sólo he escapado de la prisión más fuerte de Inglaterra, ¡eso es todo! Y capturado un tren y escapado en él, ¡eso es todo! Y me disfracé y anduve por el país fastidiando a todo el mundo, ¡eso es todo!

¡Oh, no! ¡Soy un imbécil! Te contaré una o dos de mis pequeñas aventuras, Topo, y juzgarás por ti mismo.

—Bueno, bueno —dijo Topo, acercándose a la mesa—; supongamos que hablas mientras yo como. No he probado bocado desde el desayuno. ¡Caramba! ¡Madre mía! —y se sentó y se sirvió abundantemente carne fría y pepinillos.

Sapo se sentó a horcajadas en la alfombra de la chimenea, metió la pata en el bolsillo del pantalón y sacó un puñado de plata.

—¡Mira esto! —gritó, mostrándolo—. No está mal, ¿verdad? Para unos minutos de trabajo... ¿Y cómo crees que lo hice, Topo? Traficando con caballos. ¡Así es como lo hice!

—Continúa, Sapo —dijo Topo, enormemente interesado.

—Sapo, cállate por favor —dijo Rata—. Y no le des cuerda, Topo, sabiendo lo que es; pero, por favor, dinos cuanto antes cuál es la situación, y qué es lo mejor que se puede hacer, ahora que Sapo ha vuelto por fin.

—La posición es tan mala como puede serlo —respondió Topo malhumorado—; y en cuanto a lo que hay que hacer, ¡vaya si lo sé! El Tejón y yo hemos dado vueltas y vueltas por el lugar, de noche y de día; siempre lo mismo. Centinelas apostados por todas partes, armas apuntándonos, arrojándonos piedras; siempre un animal al acecho, y cuando nos ven, ¡cómo se ríen! Eso es lo que más me molesta.

—Es una situación muy difícil —dijo Rata, reflexionando profundamente—. Pero creo que ahora veo, en lo más

profundo de mi mente, lo que Sapo realmente debería hacer. Se lo diré. Debería...

—¡No, no debería! —gritó Topo, con la boca llena—. ¡Nada de eso! No lo entiendes, lo que debería hacer es...

—¡Bueno, de todos modos, no lo haré! —gritó Sapo, excitándose—. ¡No voy a recibir órdenes de ustedes! Es mi casa de la que estamos hablando, y sé exactamente qué hacer, y se los diré. Voy a...

Los tres estaban hablando a la vez, a viva voz, y el ruido era ensordecedor, cuando se oyó una voz afilada y seca que decía:

—¡Cállense todos de una vez! —y al instante todos se callaron.

Era Tejón, quien, habiendo terminado su pastel, se había dado vuelta en su silla y los miraba severamente. Cuando vio que había captado su atención y que evidentemente esperaban que se dirigiera a ellos, se volvió de nuevo a la mesa y cogió el queso. Y tan grande era el respeto que inspiraban las sólidas cualidades de aquel admirable animal, que no se pronunció una palabra más hasta que hubo terminado por completo su banquete y se quitó las migas de las rodillas. Sapo se inquietó bastante, pero Rata lo sujetó firmemente.

Cuando Tejón hubo terminado, se levantó de su asiento y permaneció de pie ante la chimenea, reflexionando profundamente. Por fin habló.

—Sapo —dijo seriamente—, ¡Pequeño animal malo y molesto! ¿No te da vergüenza? ¿Qué crees que habría dicho tu padre, mi viejo amigo, si hubiera estado aquí

esta noche y se hubiera enterado de todas tus andanzas?

Sapo, que para entonces estaba en el sofá, con las piernas en alto, se tapó la cara, sacudido por sollozos de arrepentimiento.

—¡Ya, ya! —continuó Tejón, más amablemente—. No te preocupes. Deja de llorar. Vamos a dejar lo pasado en el pasado e intentar pasar página. Pero lo que dice Topo es muy cierto. Los armiños están de guardia, en cada punto, y son los mejores centinelas del mundo. Es inútil pensar en atacar el lugar. Son demasiado fuertes para nosotros. —Entonces todo ha terminado —sollozó Sapo, llorando entre los cojines del sofá—. ¡Iré a enlistarme como soldado, y no volveré a ver mi querido Salón de Sapo nunca más!

—¡Vamos, ánimo, Sapito! —dijo Tejón—. Hay más formas de recuperar un lugar que tomarlo por asalto. Aún no he dicho mi última palabra. Ahora voy a contarte un gran secreto.

Sapo se incorporó lentamente y se secó los ojos. Los secretos lo atraían inmensamente, porque nunca podía guardar uno, y disfrutaba de esa especie de emoción profana que experimentaba cuando iba y se lo contaba a otro animal, después de haber prometido fielmente que no lo haría.

—Hay-un-pasadizo-subterráneo— dijo Tejón, grandilocuente—, que va desde la orilla del río, muy cerca de aquí, hasta el centro del Salón de Sapo.

—¡Oh, tonterías! —dijo Sapo, con cierta ligereza—. Has estado escuchando algunas de las historias que se

cuentan en los bares de por aquí. Conozco cada centímetro de Salón de Sapo, por dentro y por fuera. Nada de eso, te lo aseguro.

—Mi joven amigo —dijo Tejón, con gran severidad—, tu padre, que era un animal digno (mucho más digno que otros que conozco), era amigo mío en particular, y me contó muchas cosas que no se le habría ocurrido decirte. Descubrió aquel pasadizo, que no hizo él, por supuesto; eso se hizo cientos de años antes de que él llegara a vivir allí, lo reparó y lo limpió, porque pensó que podría ser útil algún día, en caso de apuro o peligro; y me lo enseñó. '¡No dejes que mi hijo lo sepa!', me dijo. 'Es un buen niño, pero de carácter muy ligero y volátil, y no sabe contener la lengua. Si alguna vez se encuentra en un aprieto y le resulta útil, puedes contarle lo del pasadizo secreto, pero no antes'.

Los otros animales miraron a Sapo para ver cómo se lo tomaba. Al principio Sapo se mostró malhumorado, pero enseguida se animó, como buen muchacho que era.

—Bueno, bueno —dijo—; tal vez soy un poco hablador. Un tipo popular como yo, mis amigos se reúnen a mi alrededor, charlamos, chismorreamos, contamos historias ingeniosas, y de alguna manera mi lengua se mueve.

Tengo el don de la conversación. Me han dicho que debería tener una peluquería, vaya uno a saber por qué. No importa. Continúa, Tejón. ¿Cómo nos va a ayudar este pasaje tuyo?

—He descubierto un par de cosas últimamente —continuó Tejón—. Conseguí que Nutria se disfrazara de barrendero y llamara a la puerta trasera con cepillos al hombro,

pidiendo trabajo. Mañana por la noche habrá un gran banquete. Es el cumpleaños de alguien, creo que del Jefe Comadreja, y todas las comadrejas estarán reunidas en el comedor, comiendo, bebiendo, riendo y charlando, sin sospechar nada. Sin pistolas, sin espadas, sin palos, sin armas de ningún tipo.

—Pero los centinelas estarán apostados como siempre — comentó Rata.

—Exacto —dijo Tejón—, ese es mi punto. Las comadrejas confiarán enteramente en sus excelentes centinelas. Y ahí es donde entra el pasadizo. Ese túnel tan útil conduce justo debajo de la despensa del mayordomo, al lado del comedor.

—¡Ajá! ¡Esa tabla chirriante de la despensa del mayordomo! —dijo Sapo—. ¡Ahora lo entiendo!

—Entraremos sigilosamente en la despensa del mayordomo —gritó Topo.

—...con nuestras pistolas, espadas y palos... —gritó Rata.

—...y nos abalanzaremos sobre ellos —dijo Tejón.

—¡Y aprenderlos, aprenderlos, aprenderlos! —gritó Sapo en éxtasis, corriendo alrededor de la habitación y saltando por encima de las sillas.

—Muy bien entonces —dijo Tejón, retomando su habitual sequedad—, nuestro plan está resuelto y no hay nada más que discutir. Así que, como se está haciendo tarde, vayan todos a la cama inmediatamente. Mañana por la mañana haremos todos los preparativos necesarios.

Sapo, por supuesto, se fue a la cama obedientemente con el resto; sabía que no debía negarse, aunque se sentía demasiado excitado para dormir. Pero había

tenido un día largo, con muchos acontecimientos acumulados; y las sábanas y las mantas eran cosas muy agradables y reconfortantes, después de la simple paja, y no demasiada, esparcida sobre el suelo de piedra de una celda con corrientes de aire; y su cabeza no había estado muchos segundos sobre la almohada antes de estar roncando alegremente. Naturalmente, soñaba mucho: con carreteras que se le escapaban justo cuando él las quería, con canales que lo perseguían y lo atrapaban, y con una barca que entraba en el salón de banquetes con la ropa de la semana, justo cuando estaba dando una cena; y él estaba solo en el pasadizo secreto, empujando hacia adelante, pero se retorció y giraba y se sacudía, y se sentaba en su extremo; sin embargo, de alguna manera, al final, se encontró de nuevo en el Salón de Sapo, seguro y triunfante, con todos sus amigos reunidos a su alrededor, asegurándole seriamente que realmente era un sapo inteligente. A la mañana siguiente durmió hasta muy tarde, y cuando bajó se dio cuenta de que los demás animales habían terminado de desayunar hacía rato. Topo se había escabullido solo, sin decir a nadie adónde iba. El Tejón estaba sentado en el sillón, leyendo el periódico, sin preocuparse lo más mínimo de lo que iba a ocurrir aquella misma noche. Rata, en cambio, corría afanosamente por la habitación, con los brazos llenos de armas de todas clases, distribuyéndolas en cuatro montoncitos por el suelo, y diciendo excitadamente en voz baja, mientras corría:

—¡Aquí hay una espada para Rata, aquí hay una espada para Topo, aquí hay una espada para Sapo, aquí hay una espada para Tejón! Aquí hay una pistola para Rata, aquí hay una pistola para Topo, aquí hay una pistola para Sapo, aquí hay una pistola para Tejón —y así sucesivamente, de forma regular y rítmica, mientras los cuatro montoncitos crecían y crecían poco a poco.

—Todo eso está muy bien, Rata —dijo Tejón, mirando al pequeño animal por encima del borde de su periódico—. No te estoy culpando. Pero dejemos pasar a los armiños, con sus detestables armas, y te aseguro que no necesitaremos espadas ni pistolas. Nosotros cuatro, con nuestros palos, una vez dentro del comedor, limpiaremos el suelo de todos ellos en cinco minutos. Lo habría hecho todo yo solo, pero no quería privaros de la diversión.

—Es mejor estar seguros —dijo Rata reflexivamente, puliendo el cañón de una pistola con su manga, y mirando a lo largo de ella.

Sapo, habiendo terminado su desayuno, tomó un palo robusto y lo balanceó vigorosamente, derribando animales imaginarios.

—¡Yo les aprenderé a robar mi casa! ¡Les aprenderé! ¡Les aprenderé!

—No digas `aprenderé', Sapo —dijo Rata, muy sorprendida—. No es buen español.

—¿Por qué siempre estás regañando a Sapo? —preguntó Tejón, bastante malhumorado. —¿Qué le pasa a su español? Es el mismo que yo uso, y si es lo suficientemente bueno para mí, ¡debería serlo para ti!

—Lo siento mucho —dijo Rata humildemente—. Sólo creo que debería ser `enseñaré', no `aprenderé'.

—Pero no queremos enseñarles —respondió Tejón—.

¡Queremos aprenderlos, aprenderlos, aprenderlos! Y es más, ¡vamos a hacerlo también!

—Oh, muy bien, hazlo a tu manera —dijo Rata. Él mismo se estaba haciendo un lío, y en seguida se retiró a un rincón, donde se le oía murmurar `aprender, enseñar, enseñar, aprender', hasta que Tejón le dijo bruscamente que lo dejara.

De pronto Topo entró en la habitación, evidentemente muy satisfecho de sí mismo.

—He estado divirtiéndome mucho —empezó a decir—. ¡He estado sacando de quicio a los armiños!

—Espero que hayas tenido mucho cuidado, Topo —dijo Rata ansiosamente.

—Yo también lo espero —dijo Topo con confianza—. Se me ocurrió la idea cuando fui a la cocina a ver si le mantenían caliente el desayuno a Sapo. Encontré el viejo vestido de lavandera con el que llegó a casa ayer, colgado de un gancho delante del fuego. Así que me lo puse, y también la cofia y el chal, y me fui a Salón de Sapo, tan atrevida como quieras. Los centinelas estaban al acecho, por supuesto, con sus armas y me dijeron:

—¿Quién viene ahí?

—Buenos días, caballeros —dije muy respetuosamente—

¿Quieren lavar algo hoy?

Me miraron muy orgullosos, tiesos y altaneros, y me dijeron:

—Vete, lavandera. No lavamos cuando estamos de servicio.

—¿O en cualquier otro momento? —dije yo.

—¡Jajaja! ¿No fui gracioso, Sapo?

—Pobre animal frívolo —dijo Sapo, muy altivo. El hecho es que se sentía sumamente celoso de Topo por lo que acababa de hacer. Era exactamente lo que le habría gustado hacer a él, si se le hubiera ocurrido antes y no se hubiera quedado dormido.

—Algunos de los armiños se pusieron bastante rojos —continuó Topo—, y el sargento al mando, me dijo, muy bajito, me dijo:

—¡Ahora huye, mi buena mujer, huye! No tengas a mis hombres holgazaneando y hablando en sus puestos.

—¿Huir? No seré yo la que huya dentro de poco —le dije.

—Oh, Topito, ¿cómo pudiste? —dijo Rata, consternada. El Tejón dejó su papel.

—Pude ver cómo aguzaban las orejas y se miraban unos a otros —continuó Topo—. Y el sargento les dijo:

—No le hagan caso; no sabe de lo que habla.

—Oh, ¿no es así? —dije yo—. Bueno, déjame decirte esto. Mi hija lava para el señor Tejón, y eso te demostrará si sé de lo que hablo; ¡y tú también lo sabrás muy pronto! Cien tejones sedientos de sangre, armados con rifles, van a atacar el Salón de Sapo esta misma noche, por el potrero. Seis botes llenos de Ratas, con pistolas y sables, subirán por el río y desembarcarán en el jardín; mientras que un grupo de Sapos, conocidos como los Mortalistas o los Sapos de Muerte o Gloria, asaltarán el huerto y se llevarán todo por delante, gritando

venganza. Para cuando hayan acabado contigo, no quedará mucho de ti que lavar, a menos que te marches mientras tengas la oportunidad.

—Entonces eché a correr, y cuando estuve fuera de vista me escondí; y al poco rato volví arrastrándome a lo largo de la zanja y les eché un vistazo a través del arbusto. Estaban todos tan nerviosos como era posible, corriendo en todas direcciones a la vez, y cayéndose unos encima de otros, y cada uno dando órdenes a los demás sin escuchar; y el Sargento seguía enviando grupos de armiños a partes distantes de los terrenos, y luego enviaba a otros compañeros a traerlos de vuelta; Y los oí decirse unos a otros:

—Eso es igual que las comadreas; ellos van a instalarse cómodamente en el salón de banquetes, y a celebrar banquetes y brindis y canciones y toda clase de diversiones, mientras que nosotros debemos permanecer de guardia en el frío y la oscuridad, y al final ser despedazados por tejones sedientos de sangre.

—¡Oh, Topo tonto! —gritó Sapo—. ¡Has ido y lo has estropeado todo!

—Topo —dijo Tejón, a su manera seca y tranquila—, percibo que tienes más sentido común en tu dedo meñique que algunos otros animales en todo su gordo cuerpo. Te las has arreglado muy bien y empiezo a tener grandes esperanzas en ti. ¡Buen topo! Topo listo. Sapo estaba simplemente loco de celos, sobre todo porque no podía entender qué había hecho Topo para ser tan inteligente; pero, afortunadamente para él, antes

de que pudiera mostrar su mal genio o exponerse al sarcasmo del Tejón, sonó la campana para el almuerzo. Fue una comida sencilla pero sustanciosa: tocino y habas, y un budín de macarrones; y cuando terminaron, Tejón se acomodó en un sillón y dijo:

—Bueno, esta noche tenemos mucho trabajo por delante, y probablemente será muy tarde antes de que terminemos; así que voy a echar cuarenta cabezadas, mientras pueda —se cubrió la cara con un pañuelo y no tardó en roncar.

Rata, ansiosa y laboriosa, reanudó enseguida sus preparativos y empezó a correr entre sus cuatro montoncitos, murmurando:

—¡Aquí hay un cinturón para Rata, aquí hay un cinturón para Topo, aquí hay un cinturón para Sapo, aquí hay un cinturón para Tejón! —y así sucesivamente, con todos los nuevos accesorios que traía, lo cual parecía no tener fin; de modo que Topo pasó su brazo por el de Sapo, lo llevó al aire libre, lo empujó a una silla de mimbre y lo obligó a contarle todas sus aventuras de principio a fin, cosa que Sapo estaba muy dispuesto a hacer. Topo era un buen oyente, y Sapo, sin nadie que comprobara sus afirmaciones o lo criticara con espíritu hostil, se dejaba llevar. De hecho, muchas de las cosas que contaba pertenecían más bien a la categoría de lo que podría haber pasado si sólo lo hubiera pensado a tiempo en lugar de diez minutos después. Ésas son siempre las mejores y más emocionantes aventuras, y ¿por qué no habrían de ser verdaderamente nuestras, tanto como las cosas algo inadecuadas que realmente suceden?

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El viento en los sauces: El regreso de Ulises (12/12)

Cuando empezó a oscurecer, Rata, con un aire de excitación y misterio, los hizo volver al salón, los colocó a cada uno junto a su montoncito y procedió a vestirlos para la próxima expedición. Era muy serio y minucioso, y el asunto le llevó bastante tiempo. En primer lugar, había que poner un cinturón alrededor de cada animal, y luego colgar una espada en cada cinturón; luego un machete en el otro lado para equilibrarlo. Después, un par de pistolas, una porra de policía, varios juegos de esposas, vendas y esparadrapo, una petaca y una caja de bocadillos. El Tejón se rio con buen humor y dijo: —¡Muy bien, Ratita! A ti te divierte y a mí no me hace daño. Voy a hacer todo lo que tenga que hacer con este palo de aquí.

Pero Rata solo dijo:

—Por favor, Tejón. Sabes que no me gustaría que después me echaras la culpa y dijeras que me había olvidado de algo.

Cuando todo estuvo listo, Tejón tomó una linterna sorda en una pata, agarró su gran bastón con la otra y dijo: —¡Ahora, síganme! Topo primero, porque estoy muy contento con él; Rata después; Sapo, por último. Y mira, Sapito. No hables tanto como de costumbre, o te mandaré de vuelta, como que me llamo Tejón.

Sapo estaba tan ansioso por no ser dejado de lado que ocupó sin murmurar el puesto inferior que se le había asignado, y los animales se pusieron en marcha. El Tejón los condujo a lo largo del río durante un trecho, y de pronto se columpió en un agujero de la orilla, un poco por encima del agua. Topo y Rata los siguieron en silencio, columpiándose con éxito en el agujero como habían visto hacer al Tejón; pero cuando llegó el turno de Sapo, por supuesto consiguió resbalar y caer al agua con un fuerte chapoteo y un chillido de alarma. Sus amigos lo sacaron, lo frotaron y escurrieron rápidamente, lo consolaron y lo pusieron sobre sus patas; pero Tejón estaba muy enojado y le dijo que la próxima vez que hiciera el ridículo, con toda seguridad lo dejarían atrás.

Así que por fin estaban en el pasadizo secreto, y la expedición de captura había comenzado de verdad. Era frío, oscuro, húmedo, bajo y estrecho, y el pobre Sapo empezó a temblar, en parte por el miedo a lo que le esperaba y en parte porque estaba completamente mojado. La linterna estaba muy adelante, y no pudo evitar quedarse un poco rezagado en la oscuridad.

Entonces oyó que Rata lo llamaba advirtiéndole:

—¡Vamos, Sapo! —y se apoderó de él el terror de quedarse atrás, solo en la oscuridad, y siguió adelante con tanta prisa que hizo chocar a Rata con Topo y al Topo con Tejón, y por un momento todo fue confusión. El Tejón pensó que estaban siendo atacados por la espalda y, como no había espacio para usar un palo o un alfanje, sacó una pistola y estuvo a punto de meterle un balazo

a Sapo. Cuando se enteró de lo que realmente había sucedido, se enfadó mucho y dijo:

—¡Esta vez ese fastidioso Sapo se quedará atrás!

Pero Sapo lloriqueó, y los otros dos prometieron que responderían por su buena conducta, y finalmente Tejón se calmó, y la procesión siguió adelante; sólo que esta vez Rata iba en la retaguardia, con un firme agarre en el hombro de Sapo.

Así avanzaron a tientas y arrastrando los pies, con las orejas erguidas y las patas sobre las pistolas, hasta que por fin Tejón dijo:

—Ya deberíamos estar casi debajo del Salón.

De pronto oyeron un murmullo confuso, lejano, pero aparentemente casi por encima de sus cabezas, como si la gente gritara, aclamara, zapateara en el suelo y golpeará las mesas. Sapo recobró el terror nervioso, pero Tejón se limitó a comentar plácidamente:

—¡Las comadreas se lo pasan en grande!

El pasadizo empezaba a inclinarse hacia arriba; avanzaron a tientas un poco más, y entonces el ruido estalló de nuevo, muy claro esta vez, y muy cerca de ellos. Oyeron "¡Hurra, hurra!", el golpeteo de los piecitos en el suelo, el tintineo de los vasos y los puñetazos sobre la mesa.

—¡Qué bien lo están pasando! —dijo Tejón—. ¡Vamos!

Se apresuraron por el pasadizo hasta que éste se detuvo y se encontraron bajo la trampilla que conducía a la despensa del mayordomo.

En la sala de banquetes se oía un ruido tan tremendo que había poco peligro de que los oyeran. El Tejón dijo:

—¡Ahora, chicos, todos juntos! —y los cuatro arrimaron los hombros a la trampa y la echaron hacia arriba. Levantándose unos a otros, se encontraron de pie en la despensa, con sólo una puerta entre ellos y el salón de banquetes, donde sus inconscientes enemigos estaban de juerga.

Cuando salieron del pasadizo, el ruido era ensordecedor. Por fin, cuando los gritos de alegría y los martillazos disminuyeron lentamente, se oyó una voz que decía:

—Bueno, no tengo intención de entretenerlos mucho más (grandes aplausos), pero antes de volver a mi asiento (nuevos aplausos), me gustaría decir unas palabras sobre nuestro amable anfitrión, el señor Sapo. Todos conocemos a Sapo (grandes carcajadas) ¡Sapo bueno, Sapo modesto, Sapo honrado! (gritos de júbilo).

—¡Sólo déjame llegar a él! —murmuró Sapo, rechinando los dientes.

—¡Espera un momento! —dijo Tejón, sujetándolo con dificultad—. ¡Prepárense todos!

—...déjenme cantarles una cancioncita —continuó la voz—, que he compuesto sobre el tema de Sapo (aplausos prolongados).

Entonces el Jefe Comadreja —porque era él— comenzó con voz aguda y chillona...

"Sapo iba alegremente
alegremente por la calle..."

El Tejón se incorporó, agarró firmemente su bastón con ambas patas, miró a sus camaradas y gritó:

—¡Ha llegado la hora! Síganme —y abrió la puerta de par en par.

¡Caramba!

¡Cuántos chillidos, berridos y alaridos llenaron el aire! ¡Las aterrorizadas comadreas se zambulleron bajo las mesas y saltaron enloquecidas hacia las ventanas! ¡Los hurones se precipitaron salvajemente hacia la chimenea y quedaron irremediablemente atascados en ella! Se volcaron las mesas y las sillas, y el cristal y la vajilla se estrellaron contra el suelo, en el pánico de aquel terrible momento en que los cuatro Héroes entraron furiosamente en la habitación. El poderoso Tejón, con sus bigotes erizados, su gran garrote silbando en el aire; Topo, negro y sombrío, empuñando su bastón y gritando su terrible grito de guerra: "¡Un Topo! Un topo". Rata, desesperada y decidida, con su cinturón abultado de armas de todas las épocas y variedades; Sapo, frenético por la excitación y el orgullo herido, hinchado al doble de su tamaño ordinario, saltando por los aires y emitiendo unos "Aullidos de Sapo" que los helaron hasta los tuétanos.

—¡Sapo vino a complacerlos! —gritó—. ¡Será un placer! —y fue directo hacia la Comadreja Jefe. No eran más que cuatro, pero a las comadreas, presas del pánico, la sala les pareció llena de animales monstruosos, grises, negros, marrones y amarillos, que chillaban y agitaban enormes garrotes; corrieron y huyeron con chillidos de terror y consternación, de un lado a otro, por las ventanas, por la chimenea, por cualquier sitio que les permitiera ponerse fuera del alcance de aquellos terribles palos.

El asunto terminó pronto. Arriba y abajo, a todo lo largo de la sala, caminaban los cuatro Amigos, golpeando con sus palos a cada cabeza que se asomaba; y en cinco minutos la habitación estaba despejada. A través de las ventanas rotas llegaban débilmente a sus oídos los chillidos de las aterrorizadas comadreas que escapaban por el césped; en el suelo yacían postrados una docena de enemigos, a los que Topo se dedicaba afanosamente a colocar las esposas. El Tejón, descansando de su trabajo, se apoyó en su bastón y se secó la frente.

—Topo —dijo—, ¡eres el mejor de los compañeros! Sal fuera y vigila a esos armiños tuyos, a ver qué hacen. Tengo la idea de que, gracias a ti, no tendremos muchos problemas con ellos esta noche.

Topo desapareció rápidamente por una ventana y Tejón ordenó a los otros dos que volvieran a poner una mesa sobre sus patas, que recogieran cuchillos, tenedores, platos y vasos de los escombros del suelo y que vieran si podían encontrar materiales para una cena.

—Quiero algo de comer —dijo, en esa forma tan común que tenía de hablar—. ¡Mueve tus muñones, Sapo, ¡y muéstrate animado! Hemos recuperado tu casa y no nos ofreces ni un bocadillo.

Sapo se sintió bastante dolido de que Tejón no le dijera cosas agradables, como había hecho con Topo, y le dijera lo buen tipo que era, y lo espléndidamente que había luchado; porque estaba bastante satisfecho de sí mismo y de la forma en que había ido a por el Jefe Comadreja y lo había mandado volando por encima de la mesa con un golpe de su bastón. Pero se apresuró a dar vueltas, y

lo mismo hizo Rata, y pronto encontraron jalea de guayaba en un plato de cristal, y un pollo frío, una lengua que apenas había sido tocada, algo de pastel y bastante ensalada de langosta; y en la despensa encontraron una cesta llena de panecillos franceses y una buena cantidad de queso, mantequilla y apio. Estaban a punto de sentarse cuando Topo entró por la ventana, riéndose, con el brazo lleno de rifles.

—Todo ha terminado —informó—. Por lo que he podido ver, tan pronto los armiños, que ya estaban muy nerviosos, oyeron los gritos y los alaridos y el alboroto dentro de la sala, algunos de ellos tiraron sus rifles y huyeron. Los demás se mantuvieron firmes durante un rato, pero cuando las comadreas se abalanzaron sobre ellos pensaron que habían sido traicionados; y los armiños forcejearon con las comadreas, y las comadreas lucharon por escapar, y forcejearon y se retorcieron y se dieron puñetazos, y rodaron una y otra vez, ¡hasta que la mayoría de ellos rodaron hasta el río! Todos han desaparecido ya, de un modo u otro, y yo tengo sus rifles. Así que no pasa nada.

—¡Excelente y magnífico animal! —dijo Tejón, con la boca llena de pollo y menudencias—. Ahora, sólo hay una cosa más que quiero que hagas, Topo, antes de que te sientes a cenar junto a nosotros; y no te molestaría si no fuera porque sé que puedo confiar en ti para ver que se haga una cosa, y ojalá pudiera decir lo mismo de todos los que conozco. Enviaría a Rata, si no fuera poeta. Quiero que te lleses a los que están en el suelo al piso de arriba contigo, y que limpies y arregles algunas

habitaciones y las hagas realmente cómodas. Procura que barran debajo de las camas, que pongan sábanas y fundas de almohada limpias, y que doblen una esquina de la ropa de cama, tal como sabes que debe hacerse; y haz que pongan en cada habitación un cubo de agua caliente, toallas limpias y pastillas de jabón frescas. Y luego puedes darles un bofetón, si te parece bien, y sacarlos por la puerta de atrás, y creo que no volveremos a verlos. Entonces ven y toma un poco de esta lengua fría. Es de primera. ¡Estoy muy contento contigo, Topo!

El bondadoso Topo cogió un palo, formó a sus prisioneros en fila, les dio la orden de "¡Marchen rápido!" y condujo a su pelotón al piso superior. Al cabo de un rato, apareció de nuevo, sonriente, y dijo que todas las habitaciones estaban listas, y tan limpias como un alfiler nuevo.

—Y tampoco tuve que abofetearlos —añadió—. Pensé que en general, ya habían recibido bastante por una noche, y las comadreas, cuando se lo dije, estuvieron de acuerdo conmigo y dijeron que no pensarían en molestarme. Se mostraron muy arrepentidas y dijeron que sentían mucho lo que habían hecho, pero que todo era culpa del Jefe Comadreja y de los armiños, y que, si alguna vez podían hacer algo por nosotros para compensarnos, sólo teníamos que mencionarlo. Así que les di un panecillo cada uno y los dejé salir por detrás, y echaron a correr tan rápido como pudieron.

Entonces Topo acercó su silla a la mesa y se echó sobre la fría lengua; y Sapo, como el caballero que era, apartó de sí todos sus celos y dijo cordialmente:

—Gracias, querido Topo, por todos tus dolores y molestias de esta noche, ¡y especialmente por tu astucia de esta mañana!

El Tejón se alegró de ello y dijo:

—¡Así habla mi valiente Sapo!

Terminaron de cenar con gran alegría y satisfacción, y se retiraron a descansar entre sábanas limpias, a salvo en el hogar ancestral de Sapo, recuperado gracias a un valor sin igual, una estrategia consumada y un manejo adecuado de los palos.

A la mañana siguiente, Sapo, que se había quedado dormido como de costumbre, bajó a desayunar vergonzosamente tarde, y encontró sobre la mesa una cierta cantidad de cáscaras de huevo, algunos fragmentos de tostadas frías y correosas, una cafetera vacía en tres cuartas partes, y realmente muy poco más; lo cual no tendía a mejorar su humor, considerando que, después de todo, era su propia casa. A través de las ventanas francesas de la sala de desayunos podía ver a Topo y a Rata de Agua sentados en sillas de mimbre en el césped, contándose historias, rugiendo de risa y levantando sus cortas patas en el aire. El Tejón, que estaba en un sillón leyendo el periódico de la mañana, se limitó a levantar la vista y asentir cuando Sapo entró en la habitación. Pero Sapo conocía al hombre, así que se sentó y preparó el mejor desayuno que pudo, pensando que tarde o temprano se las vería con los demás. Cuando

estaba a punto de terminar, Tejón levantó la vista y le dijo brevemente:

—Lo siento, Sapo, pero me temo que te espera una mañana de mucho trabajo. Verás, realmente deberíamos tener un banquete de una vez, para celebrar este asunto. Es lo que se espera de ti, de hecho, es la norma. —¡Oh, está bien! —dijo Sapo, de buena gana—. Cualquier cosa con tal de complacerte. Aunque no puedo entender por qué querrías tener un banquete por la mañana. Pero tú sabes que yo no vivo para complacerme a mí mismo, sino simplemente para averiguar lo que mis amigos quieren, y luego tratar de arreglarlo para ellos, ¡querido viejo Tejón!

—No finjas ser más estúpido de lo que realmente eres — replicó Tejón, enojado—; y no te rías ni balbucees en el café mientras hablas; no es de buena educación. Lo que quiero decir es que el

banquete será por la noche, por supuesto, pero las invitaciones tendrán que escribirse y enviarse enseguida, y tú tienes que escribirlas. Ahora, siéntate a esa mesa; hay montones de papel de carta sobre ella, con "Salón de Sapo" en la parte superior en azul y dorado; y escribe invitaciones para todos nuestros amigos, y si te atienes a ello, las enviaremos antes del almuerzo. Y yo



también echaré una mano, y asumiré mi parte de la carga. Ordenaré el banquete.

—¿Qué? —gritó Sapo, consternado—. ¡Yo quedarme en casa y escribir un montón de cartas podridas en una mañana tan alegre como ésta, cuando quiero recorrer mi propiedad y poner todo y a todos en orden, y pavonearme y divertirme! Desde luego que no. Estaré... te veré... ¡Espera un momento! ¡Por supuesto, querido Tejón! ¿Qué es mi placer o conveniencia comparado con el de otros? Deseas que se haga, y se hará. Ve, Tejón, ordena el banquete, ordena lo que quieras; luego únete a nuestros jóvenes amigos afuera en su inocente alegría, ajenos a mí y a mis preocupaciones y afanes. Sacrifico esta hermosa mañana en el altar del deber y la amistad.

El Tejón lo miró con mucha desconfianza, pero el semblante franco y abierto de Sapo hacía difícil sugerir algún motivo indigno en ese cambio de actitud. Salió de la habitación en dirección a la cocina y, en cuanto la puerta se cerró tras él, Sapo se apresuró a acercarse a la mesa de escribir. Se le había ocurrido una buena idea mientras hablaba. Escribiría las invitaciones, y se encargaría de mencionar el papel protagónico que había tomado en la pelea, y cómo había derribado a la Comadreja Jefa; y aludiría a sus aventuras, y a la carrera triunfal que tenía para contar; y en la hoja volante establecería una especie de programa de entretenimiento para la velada, algo así, fue como lo esbozó en su cabeza:

DISCURSO.... POR SAPO

(Habrá otros discursos de Sapo durante la velada)

DIRECCIÓN...POR SAPO

SINOPSIS – Nuestro sistema penitenciario – las vías fluviales de la vieja Inglaterra – tráfico de caballos y cómo negociar – La propiedad, sus derechos y sus deberes – Volver a la tierra – Un típico terrateniente inglés.

CANCIÓN...POR SAPO

OTRAS COMPOSICIONES... POR SAPO

Serán cantadas en el transcurso de la velada por el...
COMPOSITOR.

La idea le agradó mucho, y trabajó muy duro y terminó todas las cartas al mediodía, hora en que le informaron de que había una comadreja pequeña y bastante desaliñada en la puerta, preguntando tímidamente si podía ser de alguna utilidad a los caballeros. Sapo se apresuró a salir y descubrió que se trataba de uno de los prisioneros de la noche anterior, muy respetuoso y ansioso por complacer. Le dio una palmadita en la cabeza, le puso el paquete de invitaciones en la pata y le dijo que se apresurara a entregarlas tan pronto como pudiera, y que, si quería volver por la noche, tal vez habría un chelín para él, o tal vez no; y la pobre comadreja pareció realmente muy agradecida y se apresuró a cumplir su misión.

Cuando los demás animales volvieron a almorzar, muy alborotados y bulliciosos después de una mañana en el río, Topo, a quien le remordía la conciencia, miró dubitativo a Sapo, esperando encontrarlo malhumorado o

deprimido. En cambio, estaba tan altanero e inflado que Topo empezó a sospechar algo, mientras Rata y Tejón intercambiaban miradas significativas.

En cuanto terminó la comida, Sapo se metió las patas en los bolsillos de los pantalones y dijo despreocupadamente:

—¡Cuídense, muchachos! Pidan lo que quieran —y se iba pavoneando en dirección al jardín, donde quería pensar en una o dos ideas para sus próximos discursos, cuando Rata lo agarró por el brazo.

Sapo sospechó lo que buscaba e hizo todo lo posible por escapar; pero cuando Tejón lo tomó firmemente por el otro brazo, empezó a darse cuenta de que el juego había terminado. Los dos animales lo condujeron entre los dos a la pequeña sala de fumadores que se abría desde el vestíbulo, cerraron la puerta y lo sentaron en una silla. Luego ambos se pararon frente a él, mientras Sapo permanecía sentado en silencio y los miraba con mucho recelo y mal humor.

—Mira, Sapo —dijo Rata—. Se trata de este Banquete, y lamento mucho tener que hablarte así. Pero queremos que entiendas claramente, de una vez por todas, que no habrá discursos ni canciones. Intenta comprender que en esta ocasión no estamos discutiendo contigo; sólo te lo estamos diciendo.

Sapo vio que estaba atrapado. Lo habían entendido, habían visto a través de él, se le habían adelantado. Su agradable sueño se hizo añicos.

—¿No puedo cantarles sólo una cancioncita? —suplicó lastimeramente.

—No, ni una cancioncita —respondió Rata con firmeza, aunque su corazón sangró al notar el labio tembloroso del pobre Sapo decepcionado—. No es bueno, Sapito; tú sabes bien que tus canciones son todo presunción, jactancia y vanidad; y tus discursos son todo autoalabanza y... y bueno, y exageración gruesa y...y...
—Y gas —añadió al Tejón a su manera.

—Es por tu propio bien, Sapito —continuó Rata—. Sabes que tarde o temprano debes pasar de página, y ahora parece un momento espléndido para empezar; una especie de punto de inflexión en tu carrera. Por favor, no creas que decir todo esto no me duele más a mí que a ti.

Sapo permaneció largo rato sumido en sus pensamientos. Por fin levantó la cabeza, y en sus facciones se apreciaron las huellas de una fuerte emoción.

—Han ganado, amigos míos —dijo con la voz entrecortada—. Era, sin duda, una pequeñez lo que pedía; simplemente que me dejaran florecer y expandirme una noche más, dejarme llevar y escuchar el tumultuoso aplauso que siempre me parece, de alguna manera, que saca a relucir mis mejores cualidades. Sin embargo, tienen razón, lo sé, y yo me equivoco. De ahora en adelante, seré un Sapo muy diferente. Amigos míos, nunca más se sonrojarán por mí. Pero, ¡vaya, este es un mundo muy duro!

Y, apretándose el pañuelo contra la cara, salió de la habitación, con pasos vacilantes.

—Tejón —dijo Rata—, me siento como un bruto; me pregunto cómo te sentirás tú.

—Oh, si, lo sé —dijo Tejón sombríamente—. Pero la cosa tenía que hacerse. Este buen hombre tiene que vivir aquí, mantenerse y ser respetado. ¿Quieres que se convierta en el hazmerreír de los armiños y las comadreas?

—Por supuesto que no —dijo Rata—. Y, hablando de comadreas, es una suerte que nos encontráramos con esa pequeña comadreja, justo cuando partía con las invitaciones de Sapo. Sospeché algo por lo que me contaste, y eché un vistazo a una o dos; eran sencillamente vergonzosas. Confisqué el lote, y el buen Topo está ahora sentado en el tocador azul, rellenando tarjetas de invitación simples y sencillas

Por fin se acercaba la hora del banquete, y Sapo, que dejando a los demás se había retirado a su dormitorio, seguía allí sentado, melancólico y pensativo. Con la frente apoyada en la pata, reflexionaba larga y profundamente. Poco a poco se le fue despejando el semblante y empezó a esbozar largas y lentas sonrisas. Luego empezó a reírse de forma tímida y cohibida. Por fin se levantó, cerró la puerta, corrió las cortinas de las ventanas, recogió todas las sillas de la habitación, las colocó en semicírculo y se colocó frente a ellas, hinchándose visiblemente. Luego se inclinó, tosió dos veces y, dejándose llevar, con voz alzada cantó, al público embelesado que su imaginación veía tan claramente.

¡LA ÚLTIMA CANCIONCITA DEL SAPO!

¡Sapo vuelve a casa!

Hubo pánico en los pasillos y aullidos en los salones,
Hubo llantos en los establos y chillidos en los rincones,
¡Cuando Sapo volvió a casa!

Cuando Sapo volvió a casa.

Hubo golpes en las ventanas y también en las puertas,
Las comadreas se desmayaban por no estar sueltas,

¡Cuando Sapo llegó a casa!

¡Bang! ¡Suenan el tambor!

Los trompeteros tocan y los soldados saludan,

Y los cañones disparan y los coches aúllan,

¡Cuando llega el Héroe mayor!

Griten todos ¡Viva!

Y que cada uno de ustedes lo grite muy fuerte,

En honor de un animal que está de suerte,

¡Porque de Sapo es el gran día!

Lo cantó muy alto, con gran expresión y emoción; y
cuando hubo terminado, lo volvió a cantar.

Luego lanzó un profundo suspiro; un largo, largo, largo
suspiro.

Luego mojó el cepillo en la jarra de agua, se separó el
pelo por la mitad y se lo colocó muy liso a cada lado de
la cara; y, abriendo la puerta, bajó tranquilamente las
escaleras para recibir a sus invitados, que sabía que
debían de estar reunidos en el salón.

Todos los animales se alegraron cuando entró, y se
agolparon a su alrededor para felicitarlo y decirle cosas
bonitas sobre su valor, su astucia y sus cualidades para
la lucha; pero Sapo sólo sonreía débilmente y
murmuraba "¡en absoluto!"; o a veces, para variar "¡al

contrario!". Nutria, que estaba de pie en la chimenea, describiendo a un admirado círculo de amigos exactamente cómo habría manejado las cosas si hubiera estado allí, se adelantó con un grito, lanzó su brazo alrededor del cuello de Sapo, y trató de llevarlo alrededor de la habitación en una gira triunfal; pero Sapo, de una manera calmada, se deshizo sutilmente de él comentando con suavidad mientras se soltaba.

—Tejón fue el cerebro; Topo y Rata de Agua llevaron la peor parte de la lucha; yo simplemente serví en las filas e hice poco y nada.

Los animales estaban evidentemente desconcertados y sorprendidos por esta inesperada actitud suya, y Sapo sintió, mientras se movía de un invitado a otro, dando sus modestas respuestas, que eran objeto de absorbente interés para todos.

El Tejón había pedido todo lo mejor, y el banquete fue un gran éxito. Hubo mucha charla, risas y cháchara entre los animales, pero Sapo —que, por supuesto, ocupaba la silla—, miraba de reojo y murmuraba cosas agradables a los animales que tenía a cada lado. A intervalos echaba una mirada al Tejón y a Rata, y siempre que los miraba, ellos se miraban entre sí con la boca abierta, lo que le producía la mayor satisfacción. Algunos de los animales más jóvenes y vivaces, a medida que avanzaba la velada, empezaron a murmurar entre ellos que las cosas ya no eran tan divertidas como en los viejos tiempos; y hubo algunos golpes en la mesa y gritos de "¡Sapo! ¡Discurso! ¡Discurso de Sapo! ¡Canción! ¡Canción del señor Sapo!". Pero Sapo se limitó a sacudir

suavemente la cabeza, a levantar una pata en señal de leve protesta y, a base de insistir a sus invitados en que comieran manjares, de charlas tópicas y de serias preguntas por los miembros de sus familias que aún no tenían edad para asistir a actos sociales, consiguió transmitirles que aquella cena se desarrollaba siguiendo pautas estrictamente convencionales.

Era realmente un Sapo cambiado.

Después de este clímax, los cuatro animales continuaron llevando sus vidas, tan bruscamente interrumpidas por la guerra civil, con gran alegría y satisfacción, sin ser molestados por nuevos levantamientos o invasiones. Sapo, después de consultar con sus amigos, eligió una hermosa cadena de oro y un medallón con perlas, que envió a la hija del carcelero con una carta que incluso Tejón admitió que era modesta, agradecida y apreciativa; y el maquinista, a su vez, fue debidamente agradecido y compensado por todas sus penas y molestias. Por la severa coacción de Tejón, incluso la mujer de la barca fue, con algunos problemas, buscada y el valor de su caballo discretamente compensado; aunque Sapo pataleó terriblemente por esto, considerándose a sí mismo como un instrumento del Destino, enviado para castigar a mujeres gordas con brazos moteados que no podían distinguir a un verdadero caballero cuando lo veían. La cantidad en cuestión, es cierto, no fue muy elevada, ya que los tasadores locales admitían que la valoración del gitano era aproximadamente correcta.

A veces, en el curso de largas tardes de verano, los amigos daban un paseo juntos por el Bosque Salvaje, ahora exitosamente domesticado en lo que a ellos concernía; y era agradable ver cuán respetuosamente eran saludados por los habitantes, y cómo las comadreja madres llevaban a sus crías a las bocas de sus agujeros, y decían, señalando: "¡Mira, bebé! ¡Ahí va el gran señor Sapo! ¡Y esa es la galante Rata de Agua, una terrible luchadora, caminando junto a él! Y ahí viene el famoso Sr. Topo, del que tanto has oído hablar a tu padre". Pero cuando los niños se ponían intranquilos y perdían el control, los calmaban diciéndoles que, si no se callaban y no se quedaban quietos, el terrible Tejón gris se levantaría y los atraparía. Esto era una calumnia contra Tejón, quien, aunque se preocupaba poco por la sociedad, apreciaba bastante a los niños; pero nunca dejaba de tener su efecto.